El Primogénito
DE ALBURQUERQUE.

EL PRIMOGÉNITO
de
Alburquerque.

POR

DON GREGORIO PEREZ
DE MIRANDA.

TOMO IV.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS. — ENERO DE 1834.

EL PRIMOGÉNITO

DE

Alburquerque.

CAPITULO I.

Asustado el rey de la sublevacion de los toledanos y de la pérdida de su capital, que arrastró consigo la de otras muchas ciudades, habíase visto reducido á implorar el ausilio de su madre, á quien detestaba. Pero como poseía la inespugnable fortaleza de Toro, se acogieron á ella varios grandes señores, que vacilaban en unirse con los confederados y resolvieron seguir la próspera ó adversa fortuna de la altiva doña María, y cuando los toledanos proclamaron la soberanía de Blanca de Borbon, con esclusion del rey, hízose Toro centro de un partido muy

considerable. Sin embargo, los caballeros que lo formaban no consintieron en usar sus fuerzas é influjo para disolver la confederacion si don Pedro no se obligaba por su parte á separarse de María y desterrar de la corte á los Padillas y al judío Samuel.

Hizo el rey cuantas promesas le exigieron; y para empezar á cumplirlas abandonó á María y á sus favoritos en el castillo de Urueña, donde entonces se hallaba con ellos, situado á tres leguas del norte de Toro, y vino á esta ciudad, entregándose á la reina y sus amigos. Reducíase su comitiva á los oficiales indispensables para el servicio de su persona, y sus tropas, en número de ochocientos caballeros, estaban capitaneadas por don Martin. El gran canciller y Benavides constituían el consejo.

El rey, hasta entonces tan impetuoso, se mostraba apacible y resignado. Vivia devotamente en el convento de los Dominicos, asistia á los divinos oficios, y no se entregaba al placer de la caza sino

con visible moderacion. Solo hablaba del designio de reformar sus costumbres, de mantenerse en adelante en buena inteligencia con sus grandes vasallos, y de ocuparse esclusivamente del gobierno de sus pueblos, á los cuales queria hacer dichosos. Ni una sola palabra de María de Padilla, ni asomo de nuevo amor. La reina madre y los caballeros le creían convertido sinceramente; pero don Martin pensaba que el miedo solo habia logrado vencer un genio hasta entonces indomable, y que á falta de otros medios, este solo bastaba para el establecimiento de un orden de cosas tan sólido que no pudiesen turbarlo en lo sucesivo las pasiones personales de don Pedro. Instruido por otra parte de su secreto enlace con María, que acabaca de darle un hijo, no dudaba don Martin que volveria á reunirse con ella asi que las circunstancias dejasen de ser tan inminentes.

Benavides, que nunca habia querido al rey, despreciaba su carácter; pero persistia en la constante idea de que la

usurpacion de Trastamara, que no podia tener efecto sin violencia, necesitaria, para sostenerse, de tiranías y cadalsos, siendo inagotable fuente de intestinas divisiones y de guerras estrangeras. Su ardiente amor al bien público fue el único móvil para que el virtuoso Benavides trabajase con todo el empeño del espíritu de partido en asegurar las riendas del poder en las manos de un rey cuya persona estaba muy lejos de estimar.

Pasados algunos dias, el desprecio hizo lugar á mas enérgico sentimiento. En Avila sorprendió al rey en conferencia secreta con el doctor romano Maese-Paolo, y hallábase tambien en Urueña, dentro de la cámara de don Pedro, cuando el propio médico se presentó de vuelta de Medina del Campo. La premura del rey por encerrarse con este hombre, y la viva satisfaccion que resplandecia en sus ojos despues de la secreta conferencia, debieron dispertar las sospechas de Benavides, que no pudo menos de ver confirmadas en el hipócrita dolor de don Pedro al re-

ferirle don Martin el fin trágico de Alburquerque. Su odio violento al gefe de la rebelion, las incalculables ventajas que sacaba de la muerte de un enemigo tan poderoso, la natural vehemencia de su temperamento, todo presagiaba que las nuevas de Medina transportarian de júbilo su alma vengativa. Asi lo aguardaba Benavides; pero nada de esto sucedió; por el contrario, el rey manifestó sorpresa, afliccion, y aun llegó á mezclar sus lágrimas con el llanto que arrancaba á don Martin el recuerdo de los dolores de Alburquerque. Esta afectacion pareció altamente sospechosa al justicia mayor, el cual á la mañana siguiente vió sobre la mesa del gran canciller el despacho de contador mayor de la casa real estendido á favor de Maese-Paolo, y el acto de donacion de una tierra de cien mil maravedís próxima á Sevilla.

No era ya posible dudar de que don Pedro fuese el asesino de Alburquerque, y tan magníficas recompensas el premio de la derramada sangre. Desde entonces

Benavides solo sintió aversion, y aun horror, al falso carácter y cruel corazon de este mal rey. Pero fiel á sus principios, independientes de toda cuestion personal, continuó en la persuasion de que el poder establecido y fundado en un derecho incontestable seria siempre una prenda de seguridad pública mas firme que ninguna de aquellas que la rebelion pretendia sustituirle. Convencido ademas, como don Martin, de que las lecciones de lo pasado no se habrian perdido para los consejeros de la corona, discurria que en adelante el solo miedo les contendria, lo mismo que á su dueño, en los límites de la justicia. Por estas consideraciones resolvió Benavides no participar á su buen amigo el funesto secreto que acababa de sorprender, y continuar concurriendo con todos sus esfuerzos al triunfo de la causa real. Declaróle únicamente con toda formalidad que al punto de disolverse la confederacion y restablecerse el orden abandonaria para siempre el reino de Castilla, yéndose con él á Francia.

Tres dias despues de la llegada de don Martin, una mañana al salir el sol se presentó un heraldo anunciando al gran canciller que los confederados habian llegado por la noche á Morales, donde aguardaban las órdenes del rey su señor. Respondió don Pedro que saldria de Toro á la hora de prima con cincuenta caballeros armados de corazas y espadas, pero que ninguno llevaria lanza sino él solo. En consecuencia mandó á los confederados que partiesen de su campo á la misma hora en número igual y con las propias armas para encontrarlos en la aldea de Tejadillo, á la mitad del camino entre Morales y Toro. Hizo el rey este corto viaje de una legua á la cabeza de los grandes señores que el crédito de la madre habia reunido bajo sus banderas: don Martin y Benavides formaban parte de la noble escolta. Al llegar junto á Tejadillo vió en la llanura venir hácia él por la ribera del Duero los cincuenta diputados de la confederacion, á caballo, sin lanzas, y con las espadas envainadas; pre-

cedíales un ataud que se iba acercando lentamente traido en hombros de seis heraldos magníficamente vestidos. Sobre el paño funerario que lo cubria descollaba una corona de conde cuajada de pedrería, y la cinta roja de la orden de la Banda. Dos escuderos caminaban delante, trayendo el uno el estandarte y el otro la caldera, insignias de la dignidad de ricohombre; cuatro caballeros á pie y armados de punta en blanco sostenian los estremos del fúnebre paño. Ruy-Diaz Cabeza de Vaca cabalgaba á la derecha del cuerpo, y á la izquierda venia un page trayendo la espada, lanza y escudo del difunto. Asombrado el rey suspendió su marcha, y el ataud se detuvo á diez pasos de él. El conde de Trastamara, el gran maestre de Santiago, el príncipe de la Cerda, los infantes de Aragon y los dos hermanos Castro se colocaron en una misma línea detras del ataud, y algo mas adelante del resto de los confederados.

— ¿Para qué ese muerto? preguntó el rey perdiendo el color.

Don Martin no estaba menos conmovido, pues no pudo creer que los caballeros llevasen hasta tal grado de escrúpulo la ejecucion de la postrera voluntad de su padre, especialmente en la solemne ocasion en que se trataba de una paz. En efecto, cuanto recordaba la memoria de la ambicion de Alburquerque no podia menos de indisponer al rey y reanimar sus ideas belicosas. Al menos asi interpretaba don Martin la violenta agitacion de don Pedro, que Benavides observaba con atentos ojos.

— ¿Para qué ese muerto? repitió temblando el rey.

— Es mi padre, señor, esclamó don Martin con voz colérica; mi padre, á quien unas manos sacrílegas...

— ¡Pero bien! ¿qué me quiere? preguntó don Pedro, cuyos dientes castañeteaban con fracaso. ¿Qué me quiere ese muerto? ¿Oraciones? Yo mandaré que se le rece en la iglesia de Santo Domingo. Quitadle... que lo aparten de aqui...

— No lo espereis, señor - repuso don

Martin; no, no os concederán ni la ausencia de este lúgubre espectáculo. Mi padre mismo es quien...

—¡Tu padre mismo! repitió el rey estremeciéndose de horror y con los ojos clavados en el féretro.

A vista de este espantoso desorden, hostigando Benavides su caballo, se colocó entre el rey y aquel aparato fúnebre, quitándole la vista de él. —Ricos-hombres de Castilla y de Leon, y caballeros todos, dijo en alta voz, el rey mi señor y vuestro contempla con disgusto que tantos príncipes, grandes y nobles hidalgos de sus reinos, la mayor parte á él unidos por los vínculos de la sangre, se hayan alejado de la corte y sublevado contra su autoridad, sin que hasta el dia ni todos juntos ni ninguno en particular haya dado á entender á su alteza la verdadera causa de todas estas turbulencias. Háblase de una humilde demanda, donde se esponen vuestros agravios. ¿Y será justo quejaros de que no se haya atendido su razon, cuando no la habeis dado á cono-

cer? Por el amor de la paz viene hoy hasta vosotros, deseando escucharos con atenta intencion para satisfaceros. Hablad, príncipes, ricos-hombres y caballeros.

Y volviéndose Benavides hácia el rey prosiguió: — Señor, ¿no me habeis mandado que diga cuanto he dicho? ¿No me habeis mandado hacer la declaracion que he hecho?

— Sí, respondió el rey.

Los seis primeros capitanes se manifestaban agitados y guardaban silencio. Adelantóse Trastamara para hablar, é imitaron los demas su movimiento. Hallábanse entonces agrupados delante del féretro, y Benavides se retiró. Los gefes de la confederacion acordaron en voz baja entre sí, que no habiéndoles dirigido el propio rey la palabra, convenia que ninguno de los principales capitanes respondiese: en consecuencia encargaron á un simple caballero el discurso de su contestacion. Estendióse el orador prolijamente, enumerando todos los motivos de queja de los confederados, y concluyó supli-

cando al rey que apartase de la corte á María de Padilla, á todos sus parientes, como tambien á Samuel Leví, y restituyese á su palacio, con todos los honores que su dignidad reclamaba, á la reina, su muger legítima, Blanca de Borbon. Hé aqui, continuó, lo que demandan estos ricos-hombres, príncipes, señores y caballeros, por sí y á nombre de todos los de la confederacion, prometiendo á este precio servir con humilde reverencia á vuestra real magestad, de quien son fieles vasallos y súbditos.

Volviendo entonces la cabeza el orador hácia los caballeros confederados, les preguntó si habia respondido segun sus intenciones.—Sí, gritaron todos á la vez.

El rey, á quien entonces ocultaban la vista del ataud de Alburquerque, y que habia recobrado su serenidad, les dijo: — Si asi es, no hay obstáculo que impida ponernos en buena armonía, pues quiero satisfaceros á todos.

— ¡A todos! repitió don Fernando de Castro en tono provocativo. Aun no te

he dicho yo la satisfaccion que necesito, rey de Castilla, que ya no lo eres mio...

— No, interrumpió don Pedro con afectuosa sonrisa; pero me lo dirás, Fernando, de quien siempre fui buen primo y quiero ser amigo.

— ¿Y pensais, señor, dijo la Cerda ásperamente, que basta para contentarme el lanzar á los Padillas de vuestro palacio?...

— ¡Oh! respondió el rey sonriéndose, bien sé que tú deseas aun mas su destierro de los estados y castillos de tu suegro Fernandez Coronel. De esto hablaremos de tí á mí; calma esa terrible cólera, que sabré disipar enteramente. Mis primos, los infantes de Aragon, tambien tienen que hacerme sus confianzas particulares; y no estoy menos dispuesto á escuchar favorablemente las de mis buenos hermanos Trastamara, Fadrique y Tello. Tambien vosotros, oh vasallos fieles, que volveis á mí, me direis vuestros personales motivos de descontento...

— Ante todo la pública paz, dijo en

voz muy alta Ruy-Diaz mandando acercar el féretro de Alburquerque á dos pasos del rey.

— Quitad ese muerto, esclamó con el acento del terror. ¿Qué hace ahí ese viejo loco de Cabeza de Vaca entre estos príncipes y grandes señores?...

— Estoy aqui, replicó con arrogancia Ruy-Diaz, en nombre del conde de Alburquerque mi señor y dueño, de quien soy vasallo; él es quien por mi voz se dirige á vuestra alteza. A vosotros habla tambien el gefe de la santa empresa de la *humilde demanda*, ricos-hombres y caballeros, y se admira de que tan pronto hayais olvidado vuestro deber y sus derechos, fundados en los mas sacros juramentos. No ha mucho que vuestro orgullo repugnaba responder al rey nuestro señor porque habia echado mano del órgano de uno de sus oficiales para interrogaros acerca de los agravios del pais, y ahora estais todos, todos dispuestos á esponerle vuestras quejas personales. ¡Vive Dios! continuó el anciano con vehe-

mencia, el estandarte de Alburquerque, mi estandarte que estais mirando, ondea en el dia del combate sobre ocho mil lanzas, cuya irresistible fuerza puede hacer ó deshacer un rey. ¡Pues bien! traédselas una á una á mi fiel Ruy-Diaz Cabeza de Vaca, y su brazo septuagenario las arrojará hechas astillas á vuestros pies. ¿Pero qué esfuerzo humano lograria romperlas todas juntas?

Ilustres compañeros, reunámoslas cada dia mas y mas; guardaos para esto de ningun tratado particular. Os lo aconsejo como amigo, y sino basta, os lo mando como gefe.

— Bien dicho, esclamó el conde de Trastamara mirando con ojos irritados á don Fernando de Castro y á la Cerda.

— Por lo que á mí hace, observó el mayor de los infantes de Aragon, en los tratados particulares veo una preparacion para la paz general y...

— Yo veo todo lo contrario, interrumpió el gran maestre de Santiago.

Contemplaba el rey con visible júbi-

lo estos primeros síntomas de division entre los confederados.

— Amigos, replicó Ruy-Diaz, no es este lugar para deliberaciones; dejad que el solo conde de Alburquerque hable al rey nuestro señor...

— Insolente, dijo indignado don Martin, ¿no pondrás término á esta odiosa truhanería? Vuélveme el cuerpo de mi padre.

— Tu padre mismo es quien te habla, Martin, respeta su voluntad...

— Cumple la mia, vasallo rebelde. Yo soy tu dueño y señor: mi padre es muerto...

— No enteramente...

— Calla, mal cristiano, profanador impío. Ese cadáver me pertenece: ¿por qué lo guardas? Quiero depositarle en tierra sagrada y disponer sus honras. Vuélvemele.

— No, respondió el anciano lanzándole una mirada feroz. No lo lograrás antes del término que él mismo señaló. No ha abandonado el alma este cuerpo frio;

la veo, la oigo, está aqui, inspirando mi pensamiento y mis discursos; y si te maldigo, tu padre te habrá maldecido por mi boca. Y vos, gran rey de Castilla y de Leon, sabed que tambien os desprecia esta alma inmortal; vuestro orgullo y vuestro poder han venido á estrellarse contra un féretro. Ceded, que él no retrocede; ceded, que es depositario de sagrados juramentos recibidos por el cielo; ceded, que como el arca del Señor, es signo y prenda de la alianza entre Dios y un pueblo entero.

El espanto del rey iba creciendo durante este discurso de Ruy-Diaz, cuya vehemencia habia tambien impuesto á don Martin. — ¡Pues bien! tartamudeó don Pedro, consiento... concedo... habla, Benavides, participales mi voluntad.

Elevando entonces la voz, dijo el justicia mayor: — Ricos-hombres, príncipes y caballeros, el rey nuestro señor os manda elegir cuatro diputados que enviareis mañana á hora de prima á esta aldea de Tejadillo; aqui encontrarán otros cua-

tro caballeros nombrados por su alteza para discutir con los vuestros las condiciones de un tratado definitivo y general que asegure para siempre la paz interior del reino. Señor, ¿he dicho lo que debia? ¿Es esta vuestra voluntad?

— Sí, respondió el rey con tono de desacuerdo y fijos los ojos en el féretro. Sí, lo quiero y lo mando... Yo soy su dueño y señor... Mi poder procede de Dios... Dios lo defenderá... He debido hacer lo que he hecho... Dios es quien me lo ha mandado.

Dichas estas palabras, que pronunció con voz cortada, volvió don Pedro su caballo repentinamente, y tomó á galope el camino de Toro. Los confederados, heridos de estupor, se disponian á volver á Morales. — No, señores, esclamó Ruy-Diaz, no, el conde de Alburquerque ha dicho que no retrocede. Ahora os lo repite: Aqui me quedo: levántense las tiendas; vengan mis compañías y las vuestras, y acámpense hoy junto á Tejadillo. Esta tarde presidiré el consejo, y

mañana marcharemos á Toro. Declaro á la faz del cielo que don Pedro me envenenó. Mude Dios el corazon del tirano, ó yo le precipitaré desde su trono al infierno.

CAPITULO II.

Solo un momento se detuvo en Toro el rey; despues de una breve conferencia con los Dominicos, sus huéspedes, prosiguió casi solo el camino de la villa de Urueña, distante pocas leguas, en donde habitaba María de Padilla. La reina madre y sus caballeros, indignados del abandono del rey y de su falta de fé, le dirigieron, aunque en vano, muchos mensages para obligarle á volver, pero ni siquiera quiso recibirlos.

El dia siguiente, al salir el sol, se presentó ante las murallas de Toro el ejército entero de los confederados; Alburquerque, en su féretro, rodeado de la régia pompa que desplegaba en los dias de la mayor solemnidad, venia á la cabeza de sus imponentes fuerzas; y Ruy-Diaz *en su nombre hizo que los heraldos in*timaran al gobernador de Toro que abriese las puertas sin demora, si queria evi-

tar los horrores de un asalto. No titubeó la reina madre en enarbolar el estandarte de la *humilde demanda* y en asociarse, por medio de un tratado, asi como todos los señores reunidos en la ciudad, á los confederados, á quienes se invitó en seguida á presentarse como amigos. No quiso Ruy-Diaz permitir á ninguno de los gefes que fuese delante de su dueñó y señor, *de quien era vasallo*; y sosteniendo hasta el fin la dignidad del difunto, dispuso que los seis capitanes principales lo llevasen en hombros al alojamiento de la reina para firmar con ellos el tratado de alianza.

En efecto, cargado en los hombros del conde de Trastamara, del gran maestre de Santiago, de los dos infantes de Aragon y de los hermanos Castro, hizo su entrada triunfal en la ciudad conquistada el cadáver del gefe de la confederacion, y fue conducido al convento de las Agustinas de la Magdalena, que habitaba la reina madre. Designáronle en seguida el mejor alojamiento de Toro, en el cual

cuidó Ruy-Diaz de que se le tributasen los mismos honores que durante su vida, y de convocar periódicamente el consejo, en el cual continuó hasta el fin hablando y mandando en su nombre.

De este modo se desvaneció la postrera esperanza del rey don Pedro. Faltábanle todos los apoyos á la vez, y su caida parecia inevitable. Don Martin y Benavides, enviados por la reina para ir á darle cuenta del último suceso, partieron de Toro el mismo dia. — Amigo Benavides, le dijo don Martin en el camino, ¿no es espectáculo digno de lástima el del abatimiento de todos estos grandes señores, sometidos al imperio de un cuerpo muerto por efecto de una vil supersticion?

— Los juzgais con escesiva dulzura, amigo mio, respondió el justicia mayor. Si estuviesen convencidos del sobrenatural poder que ese pobre insensato de Ruy-Diaz atribuye de buena fé al féretro de su señor, compadeceria la debilidad de su espíritu, sin despreciar sus carac-

téres. Pero no sucede asi: ni una supersticiosa creencia, ni el respeto mismo á sus juramentos les induce á sufrir sin resistencia las absolutas órdenes de ese cadáver que habla por boca de Ruy-Diaz. Pero este buen hombre, en su imprudente locura, ha ido mucho mas lejos que ninguno de ellos, y estendiéndose mas allá de la *humilde demanda*, ha declarado abiertamente la guerra al rey, y amenazado destronarle, acusándole públicamente de envenenador de vuestro padre...

— ¿Será verdad? interrumpió don Martin. ¿Ha cometido el rey un crímen tan infame?

— Yo, repuso Benavides con calma, me limito á repetiros que Ruy-Diaz le ha acusado de él públicamente ante todos los caballeros confederados, despues de contemplar el espantoso desorden de sus sentidos, y aun el estravío de su razon, al aspecto del lúgubre ataud. Ruy-Diaz hablaba como oráculo, cual si realmente le hubiese inspirado el alma del señor de Alburquerque, presente á su imaginacion,

y tambien en su nombre ha declarado el designio de precipitar á don Pedro de su trono. Nada habia que mejor pudiese lisonjear las intenciones del ambicioso Trastamara; yo le he visto estremecerse de placer al escuchar por primera vez en voz alta el secreto anhelo de su alma. En efecto, el aparente gefe de la confederacion tomaba sobre sí solo la responsabilidad de esta empresa temeraria. Sus juramentos, que hubiera sabido despreciar si fuesen obstáculo á su designio, le sirven ahora de salvaguardia contra las consecuencias de un acontecimiento aventurado, pues suceda lo que quiera, él sabrá refugiarse á la sombra de la santidad de la fé jurada que le liga con su gefe. Este es el verdadero motivo de la obediencia, aparentemente servil, á las órdenes del espectro evocado por un viejo imbécil, que es el único que lo ha visto. Trastamara no se ha descuidado en dar el ejemplo de sumision; los demas, que nada temen tanto como la dominacion del conde, han aprovechado esta ocasion de robuste-

cer el imperio que les conviene dejar en manos de Ruy-Diaz en nombre de un fantasma, cuya sombra se desvanecerá al punto que deje de serles útil esta astucia.

— Dios sabe cuándo, dijo tristemente don Martin, pues ya no descubro el término de estas discordias sanguinarias, ni sé qué éxito puede razonablemente apetecerse.

— Yo, repuso Benavides, no titubeo en desear el que parece mas favorable al bien comun.

— ¿Y cuál es?

— El mantenimiento y firmeza del poder real en las manos de don Pedro.

— ¿Pero cómo? si todos los géneros de locura turban su estraviado espíritu; el amor, el odio furioso, una rabia sanguinaria, insaciable de venganza. Él es el asesino de mi padre...

— Estoy de ello convencido, don Martin.

— ¿Y quereis?...

— Quiero arrebatar á unos lobos voraces, aun mas hambrientos que él, la

presa sobre que intentan precipitarse para desgarrarla á dentelladas y repartirse los despojos. El poder que anhelo restituir á don Pedro no es el de un tirano déspota, sino el antiguo y venerable poderío de los reyes de Castilla, apoyado, no en los castillos y compañías de algunos grandes vasallos, sino en la fuerza del pueblo y de las ciudades representadas en la asamblea de las cortes. Las alteraciones que esta institucion ha sufrido en el discurso de algunos años la han variado muy poco en la sustancia, y es muy fácil volverle todo su vigor. Este es mi plan, sencillo y de no dificil ejecucion.

— El rey no lo favorecerá, observó don Martin.

— El rey no tiene otro recurso, repuso Benavides, y no dudo que lo adopte con ardor, pues en otro tiempo le hice conocer este proyecto, que desbarataron Samuel y vuestro padre. El canciller, las mejores cabezas del consejo y la misma María estan acordes con nosotros sobre este punto; en la actual situacion de los nego-

cios, no veo obstáculo al buen éxito de mi plan, y todo puede salvarse si vos me ayudais.

— ¿Yo, Benavides?

— Sí, vos, don Martin Gil de Alburquerque, que sois ahora el mas grande y poderoso señor del reino.

— ¿Dónde está mi grandeza, amigo mio? ¿dónde mi poder? Un criado retiene mi herencia, y ocho mil lanzas sostienen su insolente pretension.

— Esas ocho mil lanzas van á inclinarse mañana ante un rey prisionero que vamos á llevarles vos y yo, dócil y sumiso á la entera voluntad de los gefes confederados.

— Ya no os entiendo, Benavides.

— Mañana habrá triunfado la *humilde demanda*, don Martin. En presencia del rey vencido y puesto á su merced, satisfecha y calmada el alma del gran Alburquerque, mandará al fanático Ruy-Diaz que cumpla el juramento que hizo de conceder á sus restos el descanso de la sepultura. Entonces entrareis en posesion

de los inagotables tesoros que sostienen las compañías de los rebeldes, tomareis el mando de las vuestras, que componen la mayor fuerza del ejército de los confederados. Desde tal punto os responderé de todo. Yo sé cómo satisfacer la avidez de los infantes de Aragon, y cómo calmar el gran resentimiento de don Fernando de Castro. La reina madre, como ellos, no tiene sino miras personales é interesadas, y la reduciremos sin trabajo. Solo quedan entonces Trastamara y el gran maestre de Santiago...

— Amigo, interrumpió don Martin, nunca consentiré en separarme de don Fadrique. A nada me obligo tampoco si la reina y Margarita no logran su libertad, y si yo no alcanzo la de conducirlas á Francia.

— Ese es el constante anhelo de mi corazon, don Martin, repuso el anciano. Despues de la felicidad de mi pais, lo que mas deseo es asegurar la vuestra y la de vuestros amigos. Ya os he dicho que mi designio es unirme en adelante á vuestra

suerte y seguiros á Francia. La persona del rey me es odiosa, y aunque pretendo volverle un poder establecido en sólidas bases, no desisto de la idea de desterrarme voluntariamente y de huir con vos del aborrecido asesino de vuestro padre.

— Vos lo sereis para mí, buen Benavides, y yo os guardaré hasta mi muerte el respeto y ternura de un hijo. Trabajemos, pues, de concierto en la ejecucion de vuestro plan, y que el primer resultado de nuestros esfuerzos sea la libertad de doña Blanca y de mi prometida Margarita.

Acercábanse entonces á los muros de Urueña; y viendo al rey que salia á recibirles, suspendieron la conversacion para volar á su encuentro.

Instruido de la ocupacion de Toro por los confederados, y del abandono de su madre, el desesperado don Pedro se mostró tan vil en el infortunio como orgulloso é insolente en la prosperidad. Lloraba y pedia la vida como único favor; la seguridad de que seria respetada le vol-

vió la calma necesaria para escuchar las condiciones impuestas por los vencedores. Aceptólas todas sin la menor objecion, y María y sus parientes salieron al momento de Urueña con direccion á Segovia. En el discurso de la tarde, compadecidos don Martin y Benavides del estúpido abatimiento de don Pedro, le dejaron entrever la esperanza de un porvenir mas dichoso si queria obligarse sinceramente á no reinar en lo sucesivo sino por las leyes, y á confiar el ejercicio del soberano poder á hombres sabios, espertos é investidos de la pública consideracion. Reanimado por estas palabras, quiso el rey jurar sin demora á Benavides que se abandonaria ciegamente á sus consejos. — Mirad, le respondió el anciano, que ese juramento ha de ser para vos mismo y para vuestro propio interes, pues se trata del trono y de la vida. Facil es disolver una junta de rebeldes con la fuerza de las armas ó con la astucia; pero cuando la rebelion subsiste en los corazones renace mucho mas terrible, y entonces es

implacable. Solo hay un medio de vencerla, y este se logra satisfaciendo, no los insensatos y culpables deseos de los rebeldes, sino las necesidades efectivas del pais, cuyo justo descontento presta espantosa energía á la rebelion. Quitadles este apoyo; únanse los pueblos de Castilla con lazos de afecto y utilidad á la persona y poder de un rey justo y bondadoso; y entonces, ¿qué podrán contra él, no digo las ocho mil lanzas que encierran hoy los muros de Toro, sino cien mil otras que, como por encanto, brotasen repentinamente en las llanuras del reino?

— Prudente Benavides, respondió consolado el rey, vuestras palabras han llegado á mi corazon y convencido mi entendimiento. Dios se ha dignado abrirme los ojos: yo os seguiré á Toro, y me retiraré al convento de predicadores de Santo Domingo; alli aceptaré como penitencia para la absolucion de mis culpas las humillaciones y ultrajes que me preparan mis hermanos y mis grandes vasallos, suscitados contra mí por la supre-

ma voluntad. Aguardaré con paciencia la libertad que me inducis á aguardar; y si place al cielo que, con vuestro ausilio y el de mi fiel amigo Martin, recobre lo que he perdido, juro por la salud de mi alma no emplear mi cetro sino como buen rey y buen cristiano, segun vuestros consejos y los de las personas honradas que pongais á mi lado.

— Señor, dijo don Martin, un solo premio os pido por el ardor con que voy á trabajar en favor vuestro: este es la libertad de Blanca de Borbon y de Margarita de Lara, mi dama y señora, con quien tengo empeñada mi fé.

— Martin, repuso el rey con la mayor dulzura, tú me pides una cosa que está en tu mano. Blanca de Borbon es libre y dueña de sí misma; quiera el cielo que para la paz de este reino y nuestra dicha comun haga uso de su libertad retirándose á Francia.

— Ese, señor, es su designio; yo os doy mi palabra de caballero de que lo ejecutará.

—Y yo, Martin, te doy la mia de no oponer á ello estorbo alguno aun cuando pudiera hacerlo. Perdónole con toda el alma los agravios que me ha hecho; perdono tambien á mi hermano don Fadrique, á Trastamara, á cuantos me han ofendido. Perdónenme tambien ellos mis defectos, y tenga Dios misericordia de mí. No quiero pensar ya sino en la obra de mi salvacion. Andad, fieles amigos, mañana os seguiré á Toro.

Todo sucedia á medida del deseo de Benavides. Sorprendidos y desconcertados los seis grandes capitanes con la pronta y entera sumision del rey, se vieron obligados por Ruy-Diaz y los demas confederados á proclamar el triunfo de la *humilde demanda*; el rey firmó con la mayor docilidad la vergonzosa capitulacion que les plugo imponerle. Repartiéronse las dignidades y empleos de la real casa y del estado, como tambien los gobiernos de las provincias y ciudades. Encargóse una diputacion de los caballeros de ir á Toledo á buscar á la reina Blanca de

Borbon, y de traerla en triunfo al lado del rey, que debia continuar habitando en Toro hasta la entera sumision del reino al nuevo orden establecido por la confederacion.

Arregladas todas estas cosas, pidió Alburquerque por boca de su intérprete que le llevasen á la iglesia para recibir los honores de la sepultura; y don Martin entró por último en el goce de su herencia.

En tanto el rey, fiel á su promesa, vivia en profundo retiro, encerrado en el convento de Santo Domingo, y practicando las mas duras penitencias. La dignidad de camarero mayor habia cabido al gran maestre de Santiago. Este encargo debia ponerle en continua relacion con el rey, y Fadrique, cuyo corazon no tenia hiel alguna, se proponia sacar partido de esta situacion para reconquistar el de su hermano. Pero fue forzoso renunciar á este proyecto. Don Pedro, tan bajamente sometido á los menores caprichos del partido vencedor, se negó obs-

tinadamente á ver á don Fadrique. En vano le manifestaron Benavides y don Martin la imprudencia de su tenacidad; no hubo medio de vencerla. — No, esclamaba con feroz desesperacion, la muerte, primero la muerte que este suplicio: perdono á Fadrique, ¿no es bastante? Por mas que hago y ruego á Dios, detesto al gran maestre, le aborrezco cada vez mas, y quien me obligue á verle me asesina.

Fue forzoso ceder á este ciego furor que amenazaba comprometerlo todo; y don Lope de Avendaño fue el encargado de desempeñar con el rey las funciones de camarero mayor. Este hombre duro é implacable aprovechó ábidamente esta ocasion de vengar sus antiguas injurias. Todo el dia en compañía de don Pedro, y durmiendo por la noche en su cámara, se complacia en abrumarle de ultrajes y humillaciones; seguíale á la iglesia para burlarse de su hipócrita devocion, y muchas veces le detenia cuando iba á recibir los sacramentos, declarándole en alta voz impío y sacrílego.

Nadie entraba ya en el convento de los Dominicos. Benavides y don Martin habian sido de los primeros escluidos; y la misma reina madre, cansada de no ver á su hijo sino en presencia de don Lope, que tan indignamente le trataba, renunció enteramente al gusto de visitarle. En tal estremo, el confesonario del padre prior de los Domicos se hizo depósito de las secretas comunicaciones del rey con don Martin. Alli se negociaron los tratados particulares, por los cuales se obligaban los principales conjurados á retirarse de la confederacion, sin saberlo los unos de los otros, y bajo la garantia del nuevo señor de Alburquerque y Cea, que con sus grandes tesoros é inmensos estados salió fiador de las sumas estipuladas en estos contratos.

Dispuesto todo para la ejecucion del plan concebido por Benavides, propuso éste al consejo que permitiese en adelante algo mayor libertad al rey, y el inocente recreo de la caza, á vista de todos. Aplaudió la reina madre esta idea, que no tu-

vo mas contrarios que el conde de Trastamara y don Lope de Avendaño; pero á despecho suyo se aprobó la resolucion sin mas obstáculo. Dió el rey en el primer ensayo una prueba de su docilidad, resignacion y cumplida obediencia á las menores insinuaciones de sus guardas, y se le prometió concederle por segunda vez esta favorita diversion.

No mostró don Pedro priesa alguna para usar de este permiso. Sin embargo, pasados pocos dias amanecieron las orillas del Duero cubiertas de espesa niebla, y manifestó el deseo de aprovechar una circunstancia tan favorable para cazar, con halcones, los alcarabanes y garzas reales á la inmediacion del rio. Acogió la reina madre con placer esta demanda; y despues de avisados los principales señores de la corte, fue á buscar al rey al convento de Santo Domingo, acompañada de Trastamara y del gran maestre de Santiago. Hallábanse aguardando en las puertas de Toro los infantes de Aragon, los dos hermanos Castro, don Martin y Benavides, se-

guidos de un gran número de caballeros y de un tren considerable.

Despues de una hora de caza estendióse la niebla por toda la llanura, y no tardó en hacerse tan densa qne á poca distancia interceptaba la vista de los árboles. Don Lope de Avendaño y Trastamara se acercaban cada vez mas á su prisionero, que parecia esclusivamente ocupado del placer de animar á los cazadores en el descubrimiento de una pieza á la cual anhelaba echar el ave que tenia en la mano. Llegando apresuradamente don Fadrique junto á Trastamara, le detuvo un momento para hablarle de un negocio importante. Poco despues, levantando su voz la reina madre á veinte pasos de distancia, llamó á don Lope de Avendaño. Resistíase á obedecer, pero don Fernando de Castro se lo llevó consigo, insistiendo en la necesidad de escuchar lo que la reina queria confiarle.

Apenas hubieron vuelto grupa, cuando don Martin dijo al rey en voz muy baja: — Señor, pronto será tiempo, y voy á restituiros la libertad; ¿me jurais no

atentar jamas contra la de Blanca de Borbon ni la de Margarita de Lara?...

— Te lo juro, Martin, respondió don Pedro precipitadamente.

— ¿Y permitirme que las vuelva con honor al territorio de Francia?

— Te lo juro, Martin.

— ¿Y conceder vuestra amistad á don Fadrique?

— Sí, te lo juro.

— ¿Jurais, replicó Benavides, gobernar como buen rey y hombre honrado?

— Sí, Benavides, lo juro.

— Respetar los fueros de las ciudades y provincias, observar religiosamente las leyes...

— Sí, lo juro ante Dios, que me escucha; partamos ya, no perdamos mas tiempo.

— No basta, repuso vivamente don Martin; jurad sobre el fragmento de la verdadera cruz que traeis en vuestro escapulario, y recordad las imprecaciones de Fez-Alhamar contra el perjuro despues de un juramento prestado sobre esta reliquia.

—¿Qué exiges de mí, dijo el rey espantado mirando á Lope de Avendaño, que la niebla empezaba á ocultarle enteramente.

—¿Os negareis? replicó Benavides; recordad que se trata de la vida ó de la muerte.

—No, no me niego, respondió el rey, pero no tengo aqui el escapulario, porque lo puse al cuello de mi hija Beatriz. Martin, dame el tuyo: en él juraré.

No tardó don Martin en presentarle la caja que traía siempre debajo de sus vestidos colgada de una cadena de oro; y el rey hizo en efecto los juramentos que sus libertadores exigian. Ya nada se veía en torno, tan denso era el vapor.

—Llegó el momento, dijo don Martin, seguidme.

Y oprimiendo al mismo tiempo los hijares de su corcel, partió con la rapidez del rayo; el rey y Benavides se lanzaron en pos de él, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron los tres atravesando la nube.

CAPITULO III.

No hubo obstáculo á la fuga del rey, protegida por las compañías de don Martin, colocadas de trecho en trecho en el camino de Morales y mas allá hasta Tordesillas, por donde pasaron el Duero los prófugos. En todas partes hallaron caballos de refresco; y corriendo todo lo que restaba de dia y la noche entera, pudieron llegar á Coca la mañana siguiente. En este castillo, distante pocas leguas de Segovia, hallaron al comendador Hinestrosa, que vino de la ciudad al encuentro de don Pedro, con una tropa numerosa de hombres de armas de la guardia del rey.

Viéndose seguro, recobró el rey toda su audacia, y dió ensanche á unos sentimientos tan largo tiempo comprimidos. — ¡Estoy libre! esclamó al entrar en el salon del castillo; ¡libre y con mas poder que nunca! ¡Ah! vasallos rebeldes, pér-

fidos caballeros, miserables perjuros, no, no emplearé esta libertad, este poder que Dios os ha obligado á volverme, sino para perderos y aniquilaros á todos.

—¡A todos! repitió don Martin petrificado; ¡y vuestros juramentos, señor! ¿los habeis olvidado ya?

—Me acuerdo, respondió el rey con el mayor orgullo, de los que me importa observar. Mi madre obtendrá doscientos mil maravedís, y la propiedad de las ciudades de Toro y Zamora con su territorio; el marqués de Tortosa igual suma y la ciudad de Cuenca; su hermano la misma cantidad y el castillo de Roa; el mayor de los Castros las ciudades de Tuy y Orense y el gobierno general de Galicia; don Alvaro su hermano el del reino de Leon. La Cerda nada, ya que tuvo la insolencia de pedirme los bienes que he dado á mi hija Beatriz. Bástanme los cuatro capitanes que he nombrado para el mando de mis mas numerosas y mejores compañías, que me traerán con las suyas y con todas las má-

quinas de guerra. Caeré sobre Toledo á la cabeza de estas fuerzas, y aguardo ver en breve destruidas hasta los cimientos las murallas de la odiosa ciudad, é inundadas con la sangre de sus habitantes. Y tú, Blanca, su reina, continuó con un movimiento de rabia, y tú, vil adúltera, infame prostituta, darás cuenta de tus delitos á un verdugo. Pagarás con la vida las de tantos millares de vasallos hebreos asesinados de tu orden, á tu vista...

— Blanca de Borbon no es rea de ese crímen, interrumpió don Martin con energía, ni tampoco del adulterio de que la acusan unos calumniadores abominables...

— ¡Qué es esto! esclamó el rey echando fuego por los ojos. ¿Ha salido otra vez de su tumba el señor de Alburquerque con otra *humilde demanda* en la mano? ¿ha renacido el rebelde en un hijo digno de él?

— No, señor, no soy rebelde, bien lo sabeis. No os presento una *demanda*, ni conviene la *humildad* á quien invoca la santidad del juramento pronunciado sobre la cruz del señor.

— Pero no sobre ésta, repuso vivamente el rey sacando de su seno el escapulario que dijo haber dado á su hija Beatriz. ¿No sabias tú, Martin, continuó con burlona sonrisa, que Dios no acepta sino los juramentos que hago sobre esta sagrada reliquia? Solo temo su justa cólera cuando infrinjo alguno de estos.

— Señor, dijo Benavides con severidad, si el temor de Dios no os contiene, considerad al menos que el interes de vuestra propia seguridad os aconseja no suscitar con la muerte de doña Blanca los horrores de una guerra estrangera.

— Sin embargo morirá, replicó el rey sofocado de furor, y su cómplice tambien. Suceda lo que quiera, me vengaré de Blanca y de Fadrique, á quien, si es posible, aborrezco mas que á ella. Él era quien animaba á aquel Lope que me dió por carcelero en Toro, cuando el miserable me abrumaba en mi carcel con tan crueles ultrajes, cuyo recuerdo hace aun palpitar de rabia mi desgarrado pecho. ¡Morirán, lo juro á Dios! morirán en el su-

plicio mas lento y doloroso; toda su sangre no basta para apagar la sed de venganza que me devora... Ven, Hinestrosa, ven; tú solo me comprendes y compadeces. Estos otros son servidores perversos, almas indignas, corrompidas con el veneno de la *humilde demanda*, falsos amigos, traidores... Ven, comendador.

Dicho esto, entró en su cámara con Hinestrosa.

— Benavides, dijo don Martin fuera de sí, hemos desencadenado un tigre.

— Es cierto, respondió el anciano con sombrío dolor. Me he fiado mucho en la esperiencia de mis años; me he engañado; ¡y este error precipita á mi pais en un abismo de calamidades! Sí, Martin, hemos desencadenado un tigre.

— Le abandono, esclamó don Martin, voy á desnaturalizarme...

— Id, pues, ardoroso jóven, repuso Benavides con fuerza; huid un peligro harto inminente. Yo me quedo á sacrificar mi cabeza por la salud de Blanca, de Margarita y de don Fadrique...

—¡Ah! tambien me quedo yo. Perdonad el involuntario arrebato de mi justa indignacion. Pero, ¡ay! ¿qué esperanza puede quedarnos en favor de nuestros amigos?

—Unámonos estrechamente con María de Padilla...

—No... jamas... no puedo...

—Abjurad un odio indigno de vuestro pecho...

—Si la aborreciese, no vacilaria; iria á implorar por ellos... Pero verla... ¡Oh María!...

—¿De qué nace esa turbacion? ¿por qué os estremeceis? Si no es odio...

—Es amor, Benavides; un amor aun mas furioso que el del rey...

—¡Infeliz! ella es su esposa.

—Ya lo sé. Pero fue mia antes que de él.

—Don Martin, ¿qué decís?

—La verdad. María se educó en el castillo de Alburquerque. Alli empezó nuestro amor en la niñez. La ví en Sevilla el dia de la exaltacion de don Pe-

dro, y mi pasagero favor logró para Hinestrosa el gobierno de la ciudad de Leon. Pero ella no acompañó allá á su tio, segun los Padillas y mi padre mismo se lo han dicho al rey. Condujéronla al castillo de Sahagun, donde estuve yo desterrado por dos años...

— Ya lo veo todo, interrumpió Benavides frunciendo las cejas; ahora conozco el motivo de su temor en traeros á la corte, y despues el amoroso capricho que hizo desear tan ardientemente á esta culpable esposa la vuelta de su amante, que yo mismo le propuse... ¡Fui su juguete, y el instrumento de una intriga vergonzosa!

— No, Benavides; yo soy quien debe defenderla contra vuestro injusto resentimiento, y el honor me lo prescribe. María se muere de amor por mí; pero lo combate heróicamente. No ha querido verme sino esta sola vez, y el motivo que la decidió á ello hallará disculpa á vuestros ojos: era madre, y no podia dirigirse en la tierra sino á mí

para saber la suerte de su hijo. Este secreto...

—¡Ah! dijo Benavides, déle Dios valor para ocultarlo eternamente, pues los furiosos zelos del rey no perdonarian á la madre, ni al hijo, ni á vos mismo...

—Engañado yo por la demencia de un anciano de Toledo, en cuyo poder estaba mi hijo, declaré á María que este habia muerto. Créelo aun, y no la desengañaré. Los dos huimos uno de otro, amándonos cada vez mas. Ya veis á qué peligros nos espondriais obligándonos á vernos en presencia del rey. ¿Cómo podria ella ocultarle su amor? ¿Cómo resistiria yo al placer de decirle que he encontrado á nuestro hijo, y que podrá todavia estrechar en sus brazos á nuestro Enrique?...

—¡Enrique! repitió admirado Benavides: ¿no hablabais hace poco de la demencia de un anciano de Toledo? ¿Seria el platero Perez Cuellar?

—El mismo. ¿Por qué?

—¿Dónde está ahora vuestro hijo?

—En el alcázar de Toledo, bajo la proteccion de la reina Blanca.

—¿Es el mismo que don Fadrique llevaba en sus brazos al entrar en la catedral el dia de la rebelion de aquella ciudad?

—Sí. El ciego Matías reconoció por la voz al gran maestre de Santiago; este amigo, á quien en el bosque de Saldaña encargué que entregase mi hijo Alfonso á Paloma, quien le dió el nombre de Enrique...

—¡Oh juicios de los hombres! esclamó Benavides con vehemencia; ¿y con signos tan equívocos he podido reconocer el crímen de la reina Blanca? Mi voto fue el que decidió su encarcelamiento como rea de alta traicion...

—¡Es posible! Benavides...

—Sí; acusábala Samuel de adulterio; persuadió al rey, al gran canciller, á mí mismo, que el niño llamado Enrique era fruto de los incestuosos amores del gran maestre y de la esposa del rey su hermano. Pareciéronme tan convin-

centes las pruebas que produjo, que yo juez los hubiera condenado al cadalso. ¡Y son inocentes!

—Vamos, amigo, gritó don Martin entusiasmado, corramos á desengañar al rey...

—Sí, replicó Benavides deteniéndole, y á enviar al suplicio á la no menos inocente María, á la madre de vuestro hijo...

—¡María! ¡pobre María! No, no puedo... Pero, ¡oh cielos! ¿qué haré? ¡Blanca!... ¡Fadrique!...

—Aun estan libres y lejos del brazo que les amenaza. María está á tiro del puñal, y ya conoceis á don Pedro.

—¡Fue el asesino de mi padre! esclamó asombrado don Martin. Tambien la mataría... Sí, Benavides, callaré. Encerraré en mi pecho este secreto, y os hago dueño absoluto de él.

—Basta, don Martin. Me reservo emplearlo segun la necesidad y las circunstancias lo exijan. Convirtamos ahora nuestros esfuerzos en apartar de la cabe-

za de Blanca de Borbon los tiros de la cólera *del rey*, y *tambien los del cielo*, amigo mio, pues al cabo, si no está culpada del crímen de que se atrevió á acusarla la vil calumnia de un judío, sé que ama á don Fadrique...

—No puedo negarlo, respondió don Martin con marcada confusion. El orgullo de su virtud, la satisfaccion del testimonio de *su propia conciencia* la hacen inocente á su parecer, y la dan fuerzas para no sucumbir; y su altivez rehusa combatir un enemigo que le parece harto facil de vencer. Blanca se burla del peligro...

—En el borde de un abismo, don Martin. Precaved una caida irreparable abriendo los ojos de esta desdichada. El rey va á dirigirse á Toledo: seguidle, y no le deis motivo á que dude de vuestra fidelidad. Sin embargo, enviad á la reina y á don Fadrique un mensagero fiel que les convenza de la necesidad de la fuga, y disponed algunos de vuestros hombres de armas de modo que protejan su

retirada hasta las fronteras de Aragon. Separémonos ahora, amigo mio; vuestra presencia en este palacio solo lograria irritar al rey, y en Segovia no podríais evitar la de María. Yo me encargo de empeñarla en nuestros proyectos. Id á reunir vuestras compañías con las de los infantes de Aragon. A Dios, hijo mio, el cielo os guie y os bendiga.

CAPITULO IV.

Desde el amanecer corria en Toledo la voz de que las tropas reales acudian por el camino de Avila; que el rey habia dormido en la Puebla de Montalvan, distante seis leguas de la ciudad, y que á la hora de sexta aparecerian frente á la puerta de Visagra sus cinco mil lanzas con enjambres de archeros y ballesteros. Estas tropas, segun se decia, traían un inmenso aparato de máquinas guerreras de todas formas en desmesurados carros tirados por mas de cien pares de mulas y bueyes. No tardó en llenarse el Zocodover de un inmenso tropel, ni fue de los últimos el barbero Sanchez, orador el mas acreditado de aquel foro, oráculo de los artesanos partidarios de la reina Blanca.

Rodeáronle al momento que apareció; preguntáronle todos á una, pero él tomó digno y sosegado continente. — Sí por cierto, respondió, no niego que vienen:

sea en hora buena. La puerta de Visagra es inespugnable. Armen por este lado sus balistas y máquinas terribles; y aunque las piedras que con ellas lancen sean peñascos enteros y troncos de encina los tiros de sus balistas, todos se estrellarán sin fruto contra el doble muro septentrional.

— Pero, señor Sanchez, dijo un mercader, ayer tarde se vieron muchas tropas que pasaban el puente de Guadarrama, y se dirigian despues por Olías hácia Villaseca.

— En hora buena, replicó el barbero con frescura; pasarán el Tajo y vendrán á presentarse por el oriente ante el puente de Alcántara; veremos si los enemigos tienen mejor suerte en las dos torres que lo defienden suspendidas sobre unos abismos sin fondo, y cuyas almenas estan armadas de máquinas mucho mas temibles que sus castillos de corcho.

— ¿Y no está Dios por nosotros? añadió un religioso que se hallaba entre la turba. ¿No es su santa causa la que

defendemos contra la infame casta de Judas, encerrada en su barrio grande?

— Harto bien encerrada, repuso el barbero. ¡Ah! reverendo padre, si todo hubiese andado á derechas, como era justo, no estarian ya ahí los malvados judíos; lo primero hubiera sido apoderarse de esta ciudadela; esto aconsejaban nuestros mejores caballeros, pero hay traidores...

— ¿Quiénes son? gritaron mil voces con el acento del furor. Nómbralos, Sanchez.

— Muchos son, respondió el barbero; pero básteos saber que ayer mismo propuso el gran maestre de Santiago al consejo que se atacase el barrio de los judíos, respondiendo tomarlo con sus caballeros si querian darle con que abrir una brecha frente al convento de San Agustin, y le dijeron que era imposible.

— ¿Y quién ha dicho eso?

— Los traidores.

— ¡Sus nombres, sus nombres, Sanchez!

— El primero es el alcalde mayor, luego los prohombres y todos los jurados, escepto el platero Perez Cuellar. Entre los caballeros teneis á don Juan Fernando el Ayo, á Íñigo Ortiz de las Cuevas, á Ruy-Perez de Soto y á toda la familia de los Toledos...

— Sanchez, interrumpió un artesano hendiendo la turba, todos esos que nombras y otros muchos acaban de entrar en el barrio, cuyo puente ha mandado bajar Samuel para recibirlos con sus hijos y mugeres.

Esta nueva escitó gran tumulto, que aun duraba cuando se supo que el grueso de las tropas reales habia pasado el Tajo por el vado de la Perusa, á dos leguas de Toledo, y que venia aceleradamente hácia el puente de San Martin. Este, mas accesible que el de Alcántara, estaba tambien defendido por otras dos torres, aunque menos fuertes y mas bajas. Sus almenas, desmoronadas de vejez, no se habian reparado, de modo que las plataformas, enteramente rasas y poco elevadas,

no eran susceptibles de defensa alguna. En general todo aquel lado de las murallas estaba mal conservado por causa de la proximidad del barrio de los judíos, formidable ciudadela que en tiempos comunes formaba su defensa principal. Pero esta vez, como opuesta á la ciudad, era el mejor apoyo y el mas poderoso ausiliar del ataque.

Los caballeros esplicaban todas estas circunstancias á los hombres del pueblo, cuyos espíritus se exasperaban mas y mas contra la traicion de sus magistrados. Sanchez dió el consejo de subir al alcázar para suplicar á la reina que dispusiese el sitio de aquel barrio. Pero vieron al mismo tiempo que el conde de Trastamara y el gran maestre de Santiago bajaban del castillo con todos sus hombres de armas y caballeros, los cuales se detuvieron en medio de la plaza, donde arengó el conde á la multitud, y declaró que ni él ni su hermano abandonarian á los habitantes de Toledo.

— Señor conde, esclamó Sanchez, es

preciso apoderarse del barrio grande.

— A eso vamos nosotros, señor mio, mientras vos estais gastando saliva, respondió Trastamara con altivez. Ya se ha dado orden para sacar del arsenal los materiales necesarios para las máquinas; acudan los buenos oficiales, y apresúrense á poner manos á la obra; antes de una hora se podrá batir el muro en brecha. Id, hijos mios, y no perdais el tiempo escuchando la cháchara de ese hombre, que quiere pasar por entendido.

La multitud se dirigió inmediatamente hácia el punto que acababa de indicar el conde; todos iban llenos de ardor, pues sabian que el rey habia jurado vengar la mortandad de los judíos pasando á cuchillo toda la poblacion. Quedóse Sanchez junto á Trastamara, rodeado de un grupo bastante numeroso. — Señor, le dijo el barbero algo picado del tono de su respuesta, ¿es verdad que Toledo no podrá resistir á las fuerzas del rey?

— ¿Por qué dices eso, bribon? repuso el conde. Es falso: nada tiene que

temer Toledo del ataque que se prepara si peleamos con valor y con la ayuda de Dios.

— ¿Pues por qué quiere abandonarnos la reina?

— ¿Quién te ha dicho tal, miserable? preguntó el gran maestre poniéndose colorado.

— Personas bien informadas, señor don Fadrique, respondió el rapista con fuerza. Yo sé que esta misma noche se ha introducido por la puerta de Visagra, que guardan vuestros caballeros, cierto page del señor don Martin de Alburquerque, y que este page, llamado Zafiro, á quien conozco perfectamente, ha traido una carta al alcázar...

— Calla, interrumpió el gran maestre arrebatadamente. Calla, hablador maldito...

— ¿Y por qué ha de callar? dijo el conde en tono de autoridad; al contrario, que hable, yo quiero oirle: acaba, buen hombre.

— Señor conde, prosiguió el barbe-

ro, es cierto que en esta carta avisaban á la reina de que un grueso de ginetes del señor don Martin la aguardaba en el pueblo de Olías, á tres leguas de aqui, para escoltarla hasta las fronteras de Aragon.

— Sea de esto lo que fuere, dijo resueltamente el conde, juro á Dios, hijos mios, que la reina no se separará de los toledanos, sus buenos vasallos.

— ¿Y qué mal habria en que saliese de la ciudad? preguntó un jovencito acercándose al grupo. ¿Y por qué no habian de salir tambien con ella los viejos, las mugeres y los niños?

— No, no, Perico, replicó el barbero; el señor conde acaba de declarar que no corremos riesgo alguno.

— Los viejos son inútiles para la defensa, repuso Perico; permítase al menos que salgan con la reina los viejos y las muchachas.

— Nadie, nadie, gritó el pueblo trasportado de furor. Si la reina Blanca nos abandona todo se ha perdido. ¡Mueran

los traidores y los cobardes! ¡Viva la reina, y quédese con nosotros!

— Se quedará, dijo el conde mirando al gran maestre con aire imperioso. Yo respondo de ello, amigos mios. Id, trabajad en la construccion de las máquinas para sitiar á los judíos. Por lo demas, dejadnos obrar con la ayuda de Dios.

Dichas estas palabras, que fueron recibidas con grandes aclamaciones, el conde de Trastamara habló en voz muy baja con su hermano, y volvió grupa dirigiéndose hácia la puerta de Visagra seguido de sus hombres de armas; el gran maestre tomó con sus caballeros el camino del barrio grande.

Afligido Perico del mal éxito de su tentativa, volvió á entrar en casa de su abuelo el platero Perez Cuellar. Obligáronle á abrir la puerta muchos golpes violentos, y entró Zafiro precipitadamente dejándola cerrada. — Majadero, le dijo el page lleno de cólera, te sacaria esa lengua que todo lo charla: Sanchez...

—Nada le he dicho, respondió el mancebo con la mayor turbacion.

—Pero se lo has contado todo á su hija Paquita, tu novia. Nos has perdido, traidor.

—¿Y habia de resolverme á dejar aqui á la pobrecilla espuesta á tantos peligros?

—¡Vive Dios! ¿y no podias llevártela sin participarle nuestro secreto, secreto del cual dependia la vida de tu abuelo, á quien finges amar tanto? Paquita se lo ha descubierto todo á su padre, que es el charlatan mas impertinente de toda la ciudad. Gracias á él, lo sabe todo el conde de Trastamara, que acaba de ocupar la puerta de Visagra con sus hombres de armas, enviando á los caballeros de Santiago á sitiar á los judíos. Ya no queda esperanza de evasion.

—¡Oh Dios! esclamó Perico perdiendo el color, ¿no habrá otro medio de salir de la ciudad? ¡Pobre abuelo! ¡pobre Paquita!...

—Tú los asesinas, infeliz, y tambien

á la reina Blanca, pues tan cierto como el sol que nos alumbra, te digo que antes que se oculte en el horizonte estará en Toledo el ejército del rey, y todos perecereis. Justo castigo de Dios, pues tu abuelo fue el primero que tan indignamente calumnió á la reina...

—Zafiro, interrumpió desesperado el mancebo, te juro nuevamente que mi pobre abuelo no dijo ni una sola de todas esas infamias que el judío Samuel le hizo firmar por sorpresa en su tribunal; yo me hallaba presente...

—¿Y aquel anillo? ¿quién le dió aquel anillo que hizo todo el daño?...

—No se lo dió él, Zafiro, sino yo, ¡triste de mí! creyendo hacer una gran cosa. Caiga la cólera del cielo en mi cabeza, y perdone á mi abuelito, que de nada tiene la culpa. Su demencia...

—¡Qué par de cabezas sois los dos! pero al menos hoy se halla en su cabal juicio, ¿no es verdad?

—Sí, Zafiro: el espanto que le sobrecogió el dia en que perecieron Ma-

tías, Paloma y los judíos, ha obrado en él una revolucion asombrosa y le ha restituido todo el juicio.

— ¡Pues bien! es preciso que yo le hable, dijo el page entrando en la habitacion del platero.

Hallábase éste en un gran sillon rezando sus oraciones. Interrumpióle Zafiro, diciéndole: — Señor Perez Cuellar, pedid á Dios que os dé fuerzas para soportar la prueba que os amenaza. La puerta de Visagra está cerrada, y la ciudad se hallará esta tarde en poder del monarca. Os llevarán á su presencia, y os obligarán á declarar que la deposicion que firmásteis...

— Haré mi deber, interrumpió el anciano en imponente tono; anda, déjame rogar á Dios.

— Perez Cuellar, repuso vivamente Zafiro, vuestro nieto Perico, y no la reina, tiene la culpa de que se os niegue la salida de la ciudad; no acuseis, pues, á Blanca de Borbon. Pero sabed que el rey ha hablado de potros y torturas para for-

zaros á confirmar públicamente la declaracion que el judío...

— Diré lo que debo, déjame orar.

— ¡Vive Dios! mejor fuera no decir nada; y para esto ocultaos en algun escondite impenetrable, pues la fuga es imposible. ¿Podreis resistir la violencia de los tormentos?...

— ¡Justo Dios! esclamó Perico, ¿seria el rey tan bárbaro?...

— Si no lo es él, respondió Zafiro, lo será Samuel, que querrá sostener á todo trance su indigna acusacion. ¿No basta ya el mal que hicisteis á la reina? Si pronunciais otra palabra, levantais contra su cabeza el hacha del verdugo.

— No la pronunciaré, repuso Perez Cuellar, pues seria una mentira, y no quiero recargar con una accion vergonzosa y criminal la cuenta que he de dar muy pronto á Dios de mi vida entera. No conozco ni al padre ni á la madre del niño, esto es cuanto he de responder á los verdugos del rey. Déjame, Zafiro, déjame rezar.

— Ven, ven, dijo Perico en voz baja llevándose consigo al page.; sus ojos empiezan á turbarse. Voy á hacer los mayores esfuerzos para convencerle de la necesidad de esconderse. Pero es preciso hablarle con dulzura...

— ¡Ah! Perico, repuso Zafiro pateando de cólera cuando se hallaron en la primera sala, tú hiciste todo el daño: tú entregaste el anillo á Samuel: tú has vendido nuestro secreto confiándoselo á Paquita... Recaiga sobre tí la sangre de la reina, pues su muerte y tambien la de tu abuelo son obra tuya.

Dicho esto desapareció.

— ¡Oh Dios mio! esclamó Perico levantando las manos hácia el cielo y con los ojos inundados de lágrimas; defiende la vida de mi pobre abuelo, y recibe la mia para espiacion de mi falta.

Desde lo alto de la torre mas elevada del alcázar que dominaba toda la ciudad veían Blanca y Margarita la confusa multitud que se agitaba en la plaza del Zocodover. Descubrian mas allá el

barrio grande desde las almenas hasta los fosos, como tambien una parte de la esplanada que lo dividia de las casas del cuartel de la Solana; á la derecha, junto á la ciudadela, las dos torres del puente de San Martin, y á la otra orilla del Tajo la llanura cubierta de cinco mil lanzas que precedian á millares de archeros y ballesteros, y protegian á los trabajadores ocupados en disponer las máquinas de guerra.

—¡Oh! Blanca, Blanca, dijo Margarita suspirando, ¿será posible la resistencia á tantas fuerzas que van á desplomarse sobre la ciudad?

—No lo dudes, respondió la reina con entusiasmo; Dios está por nosotros. Mira mas cerca, continuó señalando el refugio de los judíos que el gran maestre sitiaba con sus caballeros por el lado de la ciudad. Alli está la salvacion.

—¡Ay señora! desde esta mañana solo han logrado sus esfuerzos abrir en la densa muralla algunas brechas que los judíos reparan al momento. Los nuestros pierden su trabajo.

— Aun no está con ellos don Fadrique, Margarita. ¡Pero ahora qué ardor los anima! ¿No oyes resonar los golpes de aquella enorme viga ferrada que valancean colgada de unas cadenas? ¡Con qué furia choca en la muralla! ¿No ves mas abajo aquellos peones que la estan minando? Tranquilízate: acaso se desplomará muy en breve, y don Fadrique entrará vencedor; entonces tendremos completa seguridad.

— ¡Ay! aun necesita todo el dia; y me han dicho que las tropas del rey llegarán antes de una hora á escalar las torres del puente de San Martin.

— Pero antes la Vírgen Santa concederá la victoria á mi buen hermano Fadrique. ¡Oh, qué placer entonces, Margarita! ¡No se enagena tu alma con la idea de verle aqui lleno de gloria! ¡Cuán dulce me será proclamarle libertador de la ciudad imperial, y por el mas valiente, bello y piadoso de todos esos nobles guerreros castellanos que le admiran y le aprecian!

— Blanca, reina mia, esclamó Margarita uniendo sus manos en ademan de súplica, por todos los santos del cielo escuchad mi consejo, y hagamos lo que desea don Martin. Zafiro no puede tardar; yo le mandé que fuese á buscar á un anciano que ha de venir con nosotras, y que tuviese prontos los caballos en el patio del alcázar. Mirad hácia el norte: no hay aun tropa alguna en esta ribera del Tajo, y la puerta de Visagra está custodiada por los caballeros de Santiago, que tienen orden de abrírnosla. Bajemos, dispongámonos á marchar asi que Zafiro vuelva...

— No, respondió Blanca, que apenas escuchaba contemplando absorta los movimientos del sitio. No, no me iré sin mi hermano; y menos en tan crítico momento... Mira, mira... los judíos abandonan sus almenas... sus balistas no arrojan ya piedra alguna... ¡Ah! continuó lanzando un grito de júbilo. ¿No te lo dije, Margarita? ya está abierta la brecha, todo un lienzo del muro se ha desplomado... ¡Victoria! ¡victoria!

— Por piedad, Blanca, replicó Margarita, bajemos. Zafiro estará ya de vuelta; mientras que la atencion de todos está fija en el asalto, huyamos; ese es el mayor deseo del gran maestre, que no tardará en reunirse con nosotras... Blanca, no me escuchais...

La reina cogió á su amiga del brazo mostrándole los caballeros de Santiago que se agolpaban á la brecha. Contenia su aliento, fijaba en ellos sus atentos ojos, mientras que su corazon palpitaba tumultuosamente. De improviso exhala un grito penetrante, pues la brecha acababa de vomitar un diluvio de piedras y materias inflamadas; los caballeros, arrastrados por el torrente, rodaban revueltos precipitándose al foso. Levantóse en esto espesa nube de polvo y humo que veló todo el barrio.

Apareció entonces Zafiro en la plataforma del mirador, y Margarita corrió hácia él. — ¿Por qué has tardado tanto? le preguntó.

— Ya no estan en la puerta de Vi-

sagra los caballeros de Santiago, respondió el page; sabedor el conde de Trastamara del proyecto de la reina, ha prohibido á sus hombres de armas que la abran á su alteza. He corrido hácia la de San Martin, y desde lo alto del terraplen he divisado á don Martin frente del barrio grande...

— Si está alli, interrumpió consolada Margarita, no nos ha abandonado Dios.

Acababa de disipar el viento la nube que ocultaba el barrio, sitiado á los impacientes ojos de la reina, y vió la esplanada cubierta de gente ocupada en levantar y trasportar los heridos. — ¡ Vírgen Santa ! ¡ protege á mi hermano ! esclamó corriendo hácia la escalera de la torre seguida de Margarita y el page.

CAPITULO V.

El arzobispo de Toledo, el obispo de Segovia, muchos abades y religiosos, las damas nobles de la ciudad y las de la comitiva de la reina se hallaban reunidos en el salon del alcázar cuando Blanca se presentó en él. Salieron á su encuentro los prelados manifestando mucha premura. — Señora, le dijo el arzobispo, la casa de Dios ha ofrecido ya á vuestra alteza seguro asilo contra sus enemigos, y es necesario que recurrais otra vez á su divina proteccion.

— ¡Pues qué! ¿estamos ya reducidos á ese estremo? preguntó la reina quedando sin color.

— Señora, respondió el prelado, los judíos resisten á todos los esfuerzos de los caballeros de Santiago...

— ¿Y el gran maestre?...

— No se sabe si estará en el número de los heridos...

— ¡Herido! ¡gran Dios! ¿No habeis enviado?...

— Estamos aguardando nuevas de un momento á otro, señora; pero las del ataque del puente de San Martin son cada vez mas tristes. Los archeros del rey y sus balistas han forzado á los nuestros á abandonar la primera torre, cuya plataforma no tiene almenas ni parapetos. Muchos caballeros han muerto en ella, y los enemigos lanzan ahora materias incendiarias contra la armazon de nuestras máquinas, que tambien ha sido forzoso abandonar.

En esto entró en la sala un religioso francisco gritando en voz lamentable: — *Nisi Deus custodierit civitatem, frustrà vigilat que custodit eam* (1).

— ¿Pues qué hay? preguntó el arzobispo con la mayor impaciencia.

— Somos perdidos, contestó el religioso: los ballesteros del rey pasan el Tajo por delante del barrio de los judíos.

(1) Si Dios no protege la ciudad, velan inútilmente los que la guardan.

—¿Cómo puede ser, si en ese punto tiene el rio mayor profundidad?

—Señor arzobispo, refiero lo que acabo de ver. Los judíos han atado á sus almenas una maroma, y con ausilio de una balista han lanzado el otro estremo, sujeto á una gran piedra sobre la ribera opuesta del Tajo, donde los soldados del rey lo han fijado á una gruesa estaca. Sostenidos con la cuerda pasan por encima de las azudes junto al puente de San Martin, cuya torre desarmada no defiende ya el curso del rio.

—Dios nos asista, dijo el arzobispo demudado. Samuel los introducirá en su barrio.

—Eso es cabalmente lo que está haciendo, acudió el religioso; los judíos han colgado de las murallas otras cuerdas con nudos y largas escalas, por las cuales suben ya los ballesteros...

—¿Lo oís, señora? dijo el arzobispo á la reina; ya es tiempo de ir á encerrarnos en el santuario y de implorar el ausilio de la divina misericordia.

Interrumpió al prelado el camarero mayor de la reina anunciando la llegada del gran maestre de Santiago. Blanca anduvo involuntariamente algunos pasos, y se detuvo trémula á la vista de cuatro escuderos, precedidos por Juan Cavedo, que traían en una camilla al príncipe, cuya armadura, rota por todas partes, estaba llena de sangre y polvo: el herido clavaba en ella los ojos casi cerrados y ya cubiertos con el velo de la muerte.

—¡Vírgen Santísima! murmuró Blanca cayendo de rodillas con las manos cruzadas, Reina de los ángeles, concédeme la vida de mi hermano Fadrique...

—Señora, dijo el arzobispo en tono severo, en la iglesia es donde debemos orar. No carecerá el gran maestre de los ausilios del arte y de la religion; mas la seguridad de vuestra preciosa vida nos obliga á insistir en que bajeis sin mas demora á la catedral.

Permanecia Blanca de rodillas con los ojos fijos en don Fadrique, y proseguia rezando con voz que los sollozos ahogaban.

— Reina, dijo Juan Cavedo, mi dueño suplica á vuestra alteza como postrero y único favor que se sirva detenerse otro momento. El dardo que le hirió está aun dentro de la llaga, y puede espirar al punto que se lo saquen...

— Sí, me quedo, esclamó Blanca levantándose. Bajad á la iglesia, señor arzobispo, seguid al prelado, nobles damas, yo iré á reunirme con vosotros asi que sepa fijamente el estado de la salud de mi hermano. No, no le abandonaré...

En vano reunieron sus esfuerzos los dos prelados y las damas para convencer á la reina de la necesidad de salir al instante del alcázar; su exaltacion no le permitia escuchar nada, ni aun las vehementes reconvenciones del arzobispo, cuando la oyó mandar que llevasen al gran maestre á la cámara en donde dormia, y que le colocasen en su propio lecho.

— Esto es ya demasiado, dijo por último el arzobispo deteniéndola por el brazo; al menos no le seguireis.

— Le seguiré, esclamó ella fuera de

sí. ¡Cómo! ¡cuando la religion me ordena prestar mi ausilio y consolar al último cristiano que se halle en tan deplorable situacion, podré abandonar á mi hermano! Fadrique es hermano mio.

—Éslo de vuestro marido, y ¡ay! de quien escandaliza...

—¡Ah! esclamó Blanca desprendiendo su brazo, mi verdadero juez está allí arriba, Dios lee en mi corazon, ve su inocencia, y me manda que no abandone á mi hermano.

Entró Blanca con paso rápido en su cámara, adonde la siguió Margarita; quiso quedarse tambien el obispo de Segovia, enternecido de compasion á vista del estravío de la reina; pero indignado el arzobispo arrastró consigo al pobre anciano, repitiendo muchas veces la palabra ¡*escándalo*! y todos los circunstantes bajaron en pos de ellos á la catedral, cuyas puertas se cerraron inmediatamente.

Don Martin fue el primero que se lanzó á la ciudadela desde el Tajo atándose á la cuerda que arrojaron los judíos,

los cuales le ayudaron á encaramarse hasta el terraplen. Juzgó que debia pasar necesariamente mas de una hora antes de lograr con este medio la introduccion del suficiente número de hombres para intentar un ataque contra la ciudad. Esto bastaba para su proyecto: corrió á la brecha abierta por los caballeros de Santiago, y sosteniéndose con precaucion en las puntas de muchas piedras desquiciadas logró bajar al foso, cegado en aquel punto por los sitiadores: luego subió rápidamente al alcázar.

En tanto un monje benedictino, célebre por su habilidad en la cirujía, reconoció la herida de don Fadrique y la halló poco profunda, estrajo de ella el hierro, y respondió de la vida del gran maestre. Sin embargo, magullado éste de otros golpes al caer desde los muros, y debilitado por la pérdida de sangre, yacía sin voz ni movimiento en el lecho de la reina, que sentada junto á él oprimia dulcemente una de sus manos, contemplándole con amor. Lloraba Margarita al

lado del tierno Enrique, tranquilamente dormido. No se percibia rumor alguno que turbase la calma de aquella escena silenciosa, pues Blanca habia mandado salir á cuantos se hallaban en la cámara, confiando que su hermano pudiera descansar un momento.

Ni la idea de los sitiadores, que iban ya ocupando la ciudad, ni la del rey con sus verdugos, próximos á caer sobre ella, agitaban ya su pensamiento; Blanca no atendia mas que al doloroso lecho en que Fadrique pagaba con dulce sonrisa sus amorosas miradas.

Ábrese la puerta de repente, y aparece don Martin. Lanza Margarita un grito de júbilo, y corre hácia él, pero deteniéndose espantada dice: -- ¡Santo Dios! ¿está el rey en Toledo?

-- Todavia no, responde don Martin, que apenas podia respirar. Huid ó sois víctimas los tres, y tambien el niño... Venid...

-- ¿Cómo es posible? dijo fuera de sí la reina señalando al gran maestre,

¿cómo huirá? ¿cómo huiré yo sin él?

A este punto entraba Juan Cavedo con los cuatro escuderos de don Fadrique y la camilla en que lo habian traido. Mandó don Martin que le colocaran en ella.

— Va á espirar, esclamó la reina deshecha en lágrimas, dejadle...

— Obedece, Juan Cavedo, gritó don Martin deteniéndola; ejecuta las órdenes que te he dado; en ello va la vida de tu dueño, dentro de una hora llegará el rey.

— Martin, salva á la reina... murmuró el gran maestre con apagada voz mientras que sus escuderos le tendian en la camilla.

— Respondo de ella. Apresuraos, amigos mios; trasportadle á la puerta de Alcántara, que por alli saldrán sus caballeros. A Dios, Fadrique; protéjate el cielo.

— El infeliz va á espirar, gritaba Blanca con el acento de la desesperacion. No me detengais... quiero seguirle.

— No, señora, respondió el caballero estorbándole el paso; escuchadme.

En tanto salian los escuderos lleván-

dose al gran maestre, y Margarita cerró inmediatamente la puerta.

— Nada escucho, replicó Blanca; con él desafio la muerte...

— ¿Y la deshonra?

— ¡Qué lenguaje!... ¿hablas conmigo, Martin?...

— Sí, con vos hablo, reina de Castilla y de Leon; con vos, esposa del rey don Pedro...

— ¿Me recordais que soy esposa y reina, gritó indignada doña Blanca, insultándome con tal audacia?...

— Yo os recuerdo los deberes que os imponen esos títulos sagrados.

— Yo aprecio esos deberes mas que la vida; tanto como el honor...

— Pero aun quereis mas á don Fadrique.

— ¿No es Fadrique hermano mio?

— Es vuestro amante.

— Y tú su mas cruel enemigo y el mas implacable de los mios.

— Soy vuestro mejor amigo, pero un amigo severo, cuya obligacion es abriros

los ojos. Fadrique os ama con pasion, y no sois vos menos criminal que él.

—¡Yo criminal! esclamó Blanca juntando las manos con un movimiento convulsivo: Santísima Madre del Salvador, tú lo sabes...

—¡Ah Blanca de Borbon! el tierno nombre de hermano ocultaba un lazo en que se enredó vuestra inocencia. Conociólo Fadrique, y huyó de vos. Vuestro destino funesto os ha reunido nuevamente y á vista de vuestros enemigos verdaderos; el odio mismo os perseguia espiando vuestras acciones, interpretando, envenenando vuestras palabras mas sencillas, refiriéndolo todo al rey, todo, hasta la misma espresion de vuestros ojos. ¿Sabeis hasta dónde llegó su audacia? ¿lo creeriais, Blanca de Borbon? Ahora mismo, al cruzar esos salones para venir hasta aqui, he preguntado por vos, y vuestros propios escuderos me han respondido: Ahí está, en su cámara, junto á su amante, á quien ha cedido su propio lecho, y ahí está tambien con ellos su hijo...

—¡Su hijo! gritó Blanca penetrada de horror: ¡justo cielo! ¿qué hijo?

— Este, respondió don Martin señalando á Enrique. Han dicho al rey que este es el fruto del adulterio... y el rey lo cree.

No pudo Blanca resistir mas, y cayó anonadada en un sillon.

— Esa calumnia ha salido del infierno... esclamó indignada Margarita: primo, tú no la crees.

—¡No, y perdóneme Dios el haberla repetido! No, Margarita, cuando llegue el caso, bastará una palabra mia para confundir á los autores de tan infame delacion; mas yo debí desgarrar de una vez la venda que cubria los ojos de la reina. Ella queria seguir al gran maestre... y era fuerza decirle que el deber y el honor le imponen la ley de no verle jamas. Reina, venid conmigo, aun es tiempo. La puerta de Visagra tenemos abierta...

— Ya no lo está, interrumpió Margarita, el conde nos la ha cerrado.

— ¡Maldito él sea!... Corramos al puente de Alcántara.

— Eso seria seguir al gran maestre, respondió Blanca con fiereza: nunca, nunca... yo me quedo: yo acepto la muerte en espiacion de mi falta. Tú has dicho que con sola una palabra puedes confundir la execrable calumnia. Pues bien, oiga esa palabra el rey en mi presencia... Ya le aguardo sin temor.

— Blanca, repitió don Martin tomando en los brazos á su hijo, venid en nombre del cielo, que el rey no puede tardar...

— No: justifícame, y mas que despues me mate. Háblale...

— No puedo hacerlo aqui, ni en este dia... ¿Quereis condenar á muerte esta inocente criatura?

— ¡No importa! moriré...

— Yo no quiero sacrificar á este inocente... Huyamos, Blanca; ¿no oís los horribles gritos que llegan hasta aqui y os dicen que el combate del puente de San Martin se va encarnizando cada vez mas?

Las tropas reales ocupan ya el barrio de los judíos...

— Corred, señor, gritó Zafiro entrando precipitadamente en la cámara: aun hay tiempo; los caballos estan prontos.

— ¿Y el platero? preguntóle don Martin.

— Se ha escondido, y no pude encontrarle.

— Partamos, señora, dijo don Martin á la reina. Ven, Margarita.

— Yo me quedo, respondió Blanca resueltamente.

— Toma, Zafiro, continuó don Martin dándole el niño; llévatele. Pronto te alcanzaremos, anda. Y tú, Margarita, ayúdame, llevémonos á la reina.

— No os acerqueis, gritó Blanca fuera de sí. No, quiero morir, pero justificada... tú me lo prometiste.

Abrióse nuevamente la puerta con estrépito, y entró impetuosamente don Lope de Avendaño sin casco, con los cabellos medio abrasados, hecho giras el tabardo y todo salpicado de sangre.

— ¡Por todos los demonios del infierno! gritó desaforadamente, ¿dónde está, dónde está don Fadrique?

— ¡Amparadme, Vírgen Santa! esclamó la reina espantada y metiéndose en un gabinete, adonde la siguió Margarita lanzando alaridos de horror y cerrando la puerta.

— ¿Sois vos, don Lope? díjole don Martin no menos azorado.

— El fuego devora ya las puertas de la torre de San Martin; yo he peleado en las llamas hasta el último momento, el enemigo es dueño de ella... ¿Dónde está don Fadrique?

— En el puente de Alcántara.

— ¡Se ha salvado! esclamó don Lope con la mayor alegría.

— Pero la reina está ahí... es preciso...

— Que no se mueva, respondió don Lope ásperamente.

— ¡Qué decís! el rey va á degollarla...

— Tanto mejor, prosiguió Avendaño en el tono mas feroz. Cometa este

nuevo crímen, y ojalá que la muerte de Blanca de Borbon subleve la Francia entera contra el execrable Pedro. Ese es el afan de Trastamara, ese es mi anhelo... A Dios.

—¡Ah infames! la habeis sacrificado... ¡Maldígaos el cielo como os maldigo yo!

Perseguian de cerca á don Lope tres hombres de la guardia del rey conducidos por el Zurdo, armado de su terrible maza. Habian entrado en la cámara en el momento en que dirigia á don Martin la respuesta que provocó la ira del caballero, y que no pudo menos de oir el tártaro. A vista de los ballesteros retrocedió don Lope; aunque solo y debilitado por las heridas, sacó al momento la espada y trató de defenderse, oponiéndoles una heróica resistencia. Durante el combate corrió don Martin al balcon de la galería, debajo del cual le aguardaba Zafiro con las hacaneas de la reina y Margarita; vióle á caballo y con Enrique en los brazos. — Page, le gritó, vuela á la

puerta de Alcántara, y luego á todo correr hasta Olías, donde recibirás mis órdenes.

Volvióse al aposento de la reina; aturdido don Lope con un golpe de la enorme maza del Zurdo, acababa de caer á sus pies vomitando horribles blasfemias, y mientras que los ballesteros ataban fuertemente las manos de Avendaño, dirigíase el tártaro hácia el gabinete donde se habian refugiado doña Blanca y Margarita. — En nombre del rey, esclamó don Martin cortándole el paso, detente. Su alteza me ha encargado conservar la vida de la reina; sal con los tuyos, el rey lo manda.

Sorprendido el tártaro, pero respetando al amigo del rey, al señor mas poderoso de la corte y del reino, detúvose inmediatamente. — Vete, Zurdo, repitió don Martin con fuerza; el rey va á llegar, y me ha mandado que le aguarde aqui. Pon tus hombres á la puerta de la galería, y no consintais que los Padillas entren.

Obedeció el Zurdo, y sus soldados se llevaron á don Lope. Apareció Benavides con una compañía de archeros, que concertado con don Martin, dispuso de modo que defendiesen el aposento de la reina, al menos contra los primeros ataques de don Diego García y sus hermanos.

Entre tanto el rey entraba en Toledo por el puente de San Martin y corria desalentado hácia el de Alcántara, por el cual acababan de salir el conde de Trastamara, los caballeros de la ciudad y los de Santiago. Creyó hallar libre el paso y aprovechar el desorden de la retirada para lanzar sobre ellos de una vez todas sus tropas y conseguir una victoria completa y decisiva. Pero el escudero del gran maestre, el valiente Juan Cavedo, ocupaba aun las torres del puente, y sostuvo en ellas el ataque del rey en persona hasta el fin del dia sin rendirse, hasta que á lo lejos descubrió el ejército del conde, libre ya de todos los obstáculos que se oponian á su marcha y en buen orden para defenderse. Persiguiéronle entonces las tro-

pas reales, aunque sin fruto, pues en el postrer combate fueron rechazadas á la ciudad. Era ya de noche; negóse don Pedro á subir al alcázar, alegando su juramento de no dormir bajo el mismo techo que Blanca de Borbon. En consecuencia fue á alojarse en el palacio de Meneses, propio de don Martin y situado en el Zocodover. Encerróse alli con los Padillas y Samuel, mandando que nadie pareciese á su presencia hasta la mañana siguiente.

CAPITULO VI.

Dos horas habian pasado despues de la salida del sol, cuando Benavides, que bajó al amanecer al palacio de Meneses para recibir las órdenes del rey, volvia al alcázar con la frente cargada de inquietud. — ¿Qué tenemos? le preguntó con ansia don Martin, ¿cuál será la suerte de Blanca?

— Amigo, respondió el justicia mayor, vuestra presencia de ánimo salvó ayer tarde la vida de la reina, pues el Zurdo llevaba orden de inmolarla. Pero solo hubiérais logrado retardar la hora de su suplicio si el arrebatado don Lope no hubiese descubierto en presencia del tártaro el secreto de su partido. La relacion de este hombre no ha dejado duda alguna acerca de lo que yo he dicho cien veces en el consejo: el mas ardiente deseo de Trastamara es que Blanca de Borbon muera asesinada por el rey. Hé

aqui por qué el conde hizo ayer que sus tropas guardasen la puerta de Visagra. Él fue quien mandó á Juan Cavedo que introdujese en el alcázar al moribundo gran maestre para detener á la reina y acabar de comprometerla; de todo se ha valido para facilitar al rey la ejecucion de un crímen que rompia para siempre la buena inteligencia de las cortes de Francia y de Castilla. Comprendiendo Hinestrosa este peligro, acerca del cual le abrí los ojos hace mucho tiempo, ha combatido vigorosamente en el consejo de esta noche las proposiciones de sus sobrinos y de Samuel Leví, que querian la muerte de Blanca y la vuestra en castigo de la resistencia que opusísteis al tártaro. Por último, ha vencido el comendador. La vida de la reina será respetada.

—¡Pero ay! mucho temo, Benavides, que un duro cautiverio...

—Con eso me contentaría, repuso el enciano con acento sombrío; ¡pero un juicio público, una sentencia deshonrosa!

—¿Y qué temeis? si el juicio es pú-

blico no pueden condenar á la reina. ¿En qué pruebas se fundarian?...

— En la declaracion firmada por Perez Cuellar.

— Aquel anciano habia perdido la cabeza y sorprendieron su firma: infinitos testigos podrán certificarlo. Yo me hallaba en el tribunal de Samuel durante el interrogarorio, y conozco muchas personas que estaban tambien en el ayuntamiento; haré que las citen, é invocaré su testimonio. Perez Cuellar no pudo huir, pero está escondido.

— Ya le han hallado, y Samuel le ha puesto preso.

— ¡Dios todopoderoso! ¿tendrá aliento el pobre hombre para decir la verdad?

— No lo creo, ademas de que todas las personas que pudiérais nombrar como testigos del interrogatorio, estan acusadas de rebelion, encarceladas y condenadas al suplicio por una sentencia general pronunciada esta noche contra cuantos tomaron parte en la mortandad de los ju-

díos, y se aplicará indistintamente á cuantos quieran sacrificar. No, no queda ya esperanza alguna.

—Aun hay un medio, Benavides, esclamó don Martin, y este es infalible. Yo declararé que soy padre de Enrique...

—Ese secreto no es solo vuestro, replicó con fuerza el justicia mayor, sino tambien de María; recordad que me hicísteis dueño de él.

—¿Y he de sufrir que deshonren á la reina?...

—¿Y entregareis á María á los verdugos?

—No, no, respondió don Martin estremeciéndose de horror.

—No quiero hablar de vuestra persona, honrado jóven, pues sé que sin vacilar daríais la vida por salvar á una ú otra de ambas infelices. Pero al cabo tambien conduciríais al suplicio á vuestro amigo Benavides, á quien el honor impondria la ley de declarar que era sabedor de tan funesto secreto. Confiemos aun, que Dios inspirará al anciano Perez Cue-

llar, el cual dirá, sino la verdad entera, pues gracias al cielo la ignora, al menos lo que baste para confundir la mentira de Samuel. A todo estremo, no se trata mas que de una sentencia que autorice al rey á pedir al pontífice la anulacion del matrimonio celebrado en Valladolid, y que justifique este paso á los ojos del rey de Francia. Vos y yo, que sabemos que don Pedro está legítimamente casado con María, y que anhela derramar la sangre de Blanca, aceptemos como favor especial del Altísimo una sentencia que al menos le conserva la vida. El dia de la justicia ha de llegar; ganemos tiempo, y dejémoslo todo en manos de Dios. Os lo repito, María no tiene menos derecho á vuestro interes que la misma Blanca. Es esposa, es madre, y está tan inocente como la reina. ¡Y tendriais por hazaña el inmolarla á su rival, el publicar el secreto de su debilidad, el sumergir un puñal en el seno de aquella á quien tanto amásteis! No, don Martin, no imaginais tan vil infamia.

—Pues bien, dijo el caballero con la mayor exaltacion, callaré por mucho que me cueste, y tomo al cielo por testigo. Pero reciba tambien mi juramento de no tener en la tierra otro empleo ni otro afan que el de restituir á Blanca de Borbon su libertad, conducirla á Francia, y rehabilitar su honor. Juro consagrar mi vida al cumplimiento de este deber.

—Y yo me asocio á vuestro juramento, añadió Benavides. Ahora, amigo mio, bajemos; el rey nos aguarda en el palacio de Meneses. No olvideis la sagrada obligacion con que acabais de ligaros para con el cielo.

Al llegar á la plaza del Zocodover vieron los dos amigos, no sin sorpresa, los preparativos de una fiesta de toros, espectáculo favorito de los toledanos. Bajo la direccion del alcalde mayor trabajaban los judíos en construir los tendidos al rededor de la plaza y en colgar las ventanas de las casas. Los balcones del palacio de Meneses, y especialmente el que se disponia para el rey, se iban ador-

nando de magníficos tapices bordados de oro y plata. Este festivo aspecto pareció de buen agüero á don Martin. — Amigo, dijo, ¿habrá bajado del cielo la clemencia hasta el implacable del rey? ¿Habrá podido apagar sus sentimientos de odio y de venganza el halagüeño placer de la victoria?

Continuaron caminando, y hallaron cerrada la puerta del palacio que daba al Zocodover para dejar campo mas ancho á los juegos del circo, pero se entraba por otra de la calle de Santa Leocadia. Dirigiéronse á ella, y allí llamó su atencion un espectáculo muy diferente, pues delante de la carcel habian levantado una larga fila de horcas, que se prolongaba hasta debajo de las ventanas del palacio. Mientras que los verdugos, encaramados en largas escalas, se ocupaban en proporcionar los dogales, oíanse por todas partes los agudos sones del clarin y la chillona voz de los pregoneros, convidando á los habitantes para la corrida de toros que la ciudad ofrecia al

rey por la alegría de su triunfo.

La muger del alcalde mayor y sus amigotas corrian de casa en casa llamando á todos á la fiesta. Decian que las nobles damas que se negasen á concurrir á ella, y especialmente aquellas cuyos maridos se habian ido con el conde de Trastamara, los esponian á una sentencia de muerte inevitable. Aseguraban á la gente baja que no habria mas ajusticiados que los hombres presos por la noche y encerrados en Santa Leocadia; pero que para evitar otros rigores, era absolutamente preciso participar de las diversiones que los magistrados estaban disponiendo.

— Amigo, dijo Benavides á don Martin, ¡hé aqui la clemencia del rey! Guardaos de escitar la rabia de esta hiena sanguinaria. La vista de tantas víctimas irritará mas y mas la sed de sangre que le devora. ¡Acordaos de María!

Una guardia numerosa custodiaba la puerta del palacio: abriéronse sus filas para dejar paso á don Martin y al justicia mayor. Hallaron en el salon al rey floja-

mente sentado y rodeado de los Padillas, que estaban sentados con Samuel Leví. A pocos pasos del trono se veía el tribunal de los jurados de Toledo, presidido por el alguacil mayor; en una mesa separada habia un notario, y delante de él descollaba el tártaro Zurdo, apoyado en una hacha larguísima junto á un tajo.

El rey estaba risueño. — ¡Hola, hola! dijo alegremente á Benavides mirando á don Martin, ¿me traes ese rebelde? Yo creí que se habia ido á enarbolar de nuevo el estandarte de la *humilde demanda.*

— No, señor, replicó el heredero de Alburquerque con resolucion, no habeis creido de mí semejante villanía. No pretendo sostener con las armas la causa de la reina Blanca, sino probando la mentira y la perfidia de sus acusadores.

Los ojos de don Martin fulminaban rayos contra el judío Samuel, que respondió á esta agresion con desdeñosa sonrisa, imitada por los hermanos de María y el alguacil mayor. Pero Hinestrosa per-

dió los estribos y dijo con trémula voz: — Señor, pensadlo bien, y no os empeñeis en un combate cuyo éxito os seria no menos fatal que á...

— No habla con vos, interrumpió Benavides impaciente, y mejor fuera que no despegase los labios.

— ¿Y por qué? dijo el rey con ligereza. El comendador me ha hecho ofrecer, y aun jurar si mal no me acuerdo, que en todo esto obraria yo conforme á las reglas de la equidad y á las fórmulas de la justicia; luego es preciso que me entere de todo. Hablarás cuando te toque, Martin. Tú tambien, Benavides, has de tomar asiento entre mis consejeros, pues necesitaré de tus luces. Pero aun no nos ocupa el negocio de Blanca de Borbon. Que entre el buen Juan Cavedo.

Mientras cumplian esta orden, permanecieron fijos los ojos de don Martin en los del comendador, en los cuales leía el espanto, y al parecer le imploraban en favor de María. Recordó la generosa conducta de Hinestrosa para con la reina

Blanca en la plaza de la catedral, y lo que en la noche precedente acababa de hacer por ella. Aprovechando el movimiento que hubo en torno del rey cuando salieron los guardias para traer al prisionero, acercóse don Martin al comendador, diciéndole en voz muy baja: — Olvidad las imprudentes amenazas que os hice en otro tiempo; no os quiero daño alguno, ni tampoco á María.

Apretó Benavides la mano de don Martin, y al pasar dirigió una benévola mirada á Hinestrosa, que respiró recobrando su serenidad. Juan Cavedo acababa de entrar entre dos alguaciles y cargado de cadenas.

— ¿Qué significan esos hierros? preguntó el rey en tono de bondad: que se los quiten, ¿no le he concedido yo la libertad y la vida? Sin duda alguna, amigo Cavedo, continuó mientras le quitaban las cadenas, cometiste una accion digna de castigo defendiendo por tanto tiempo contra tu rey las torres del puente de Alcántara.

— Señor, respondió Cavedo, si cometí una falta punible, el perdon de vuestra alteza la ha borrado, y estoy absuelto.

— No digas mi perdon, querido amigo, sino una capitulacion en forma, un tratado de potencia á potencia, entre el muy poderoso señor don Juan Cavedo, escudero, príncipe del puente de Alcántara, marqués de la torre de Santa Justa y Rufina, conde de las almenas del baluarte de las máquinas y balistas, por una parte, y el simple rey de Castilla y Leon por otra. Hemos convenido por este tratado, tú en entregarme tus estados y ciudadelas con las máquinas de guerra, armas y municiones que contenian, y yò he jurado por la cruz de no atentar contra tu vida ni contra tu libertad, y cumpliré mi juramento. ¿Estás contento de mí, comendador Hinestrosa, sabio y venerable consejero?

— Sí señor, respondió éste conmovido hasta el estremo de verter lágrimas, el corazon de vuestro antiguo y fiel servidor salta de alegría al contemplar la se-

renidad de vuestra frente, en la cual creyó ver la obscura nube del enojo. Saboreo deliciosamente esas palabras de justicia, de clemencia y de respeto á la jurada *fé, que son segura prenda de la* magnanimidad y cristiana moderacion con que tratareis á los demas enemigos vencidos.

—— Hablemos solo de la justicia, valiente Hinestrosa, replicó el rey sin dejar de sonreirse, de la justicia que constituye el mas sólido cimiento de los tronos: ¿no es verdad, Benavides?

—— Sí señor, respondió éste esforzando la voz; la justicia por las leyes y en manos de magistrados rectos es la que asegura los tronos infundiendo respeto y amor á la real autoridad de que dimana.

—— Bien dicho, sabio Benavides; aqui ves un tribunal formado de los jueces que tú deseas para pronunciar muy en breve acerca de la suerte de Blanca de Borbon, de quien solo soy acusador; sus amigos podrán defenderla sin ofenderme; tú, Martin, y cuantos quieran hablarán en

su favor. Pero ante todo es fuerza terminar el negocio personal que el escudero y yo tenemos pendiente. Sí, Juan Cavedo, fiel á la religion del juramento, acabo de mandar que te quiten las cadenas, y no tardarás en ser dueño de salir de la ciudad y de ir adonde quieras. Pero segun nuestro tratado, tú te obligaste á no armar tus manos contra mí; necesito una prenda de tu buena fé, ¿juras concederme la que te pida?

—Sí señor; sin comprometer como es justo ni la vida ni la libertad que me habeis concedido, salvo tambien mi honor, que es un bien mas estimado que los otros. Mandadme ya, que estoy pronto á obedecer.

—Tus reservas son de hombre prudente y avisado, buen escudero mi amigo. No, no quiero tu cabeza, ni tu libertad, ni tu honor; lo que te exijo es las manos... Córtaselas, Zurdo, y tráemelas acá.

Las graciosas y femeniles facciones del rey conservaban su habitual espresion

de burlona alegría, y por esto su orden sanguinaria se tuvo al pronto por una ligereza impropia de tan grave circunstancia. Pero los alguaciles del Zurdo ataron las manos de Juan Cavedo en un abrir y cerrar de ojos; arrastráronlo hácia el tajo, y el tártaro levantó su hacha. Cubrió los gemidos del escudero un murmullo de indignacion, y lanzándose don Martin hácia los alguaciles, esclamó: — Deteneos; su alteza no quiere...

— ¡Santo Dios! interrumpió el rey, que levantándose rápidamente dirigió á toda la asamblea una mirada de cólera, fijándola despues en don Martin. ¿Quién será el temerario que se oponga á la mas mínima voluntad de su dueño y señor? Yo mando... obedeced... descarga, Zurdo.

Resonó el hacha sobre el tajo; llevárronse á Cavedo medio muerto, y recojiendo el tártaro las sangrientas manos, fue á deponerlas á los pies del rey, muellemente recostado en los cojines del trono, y llena la boca de su acostumbrada sonrisa. Pintóse el horror en los semblan-

tes de todos los concurrentes. Samuel y don Diego García eran los únicos que parecian identificados con los sentimientos de su dueño. Tétrico silencio reinaba en el salon, que colocado en una esquina del palacio, tenia varias ventanas abiertas al Zocodover y otras á la plazuela de la carcel: bajo las primeras resonaban los jubilosos ecos del clarin, de la flauta y del albogue, y los laúdes de los ciegos acompañaban el canto de los artesanos judíos, que trabajaban alegremente en el adorno del circo de los toros. Por las otras se percibian las exhortaciones de los religiosos que comenzaban á salir de la torre de Santa Leocadia sosteniendo á los sentenciados, que caminaban á la horca entre alguaciles. Los lastimeros acentos de estas víctimas se confundian con las fervorosas voces de los Franciscanos. — ¡Ah! hé ahí la música que mas me agrada, dijo el rey corriendo á una de las ventanas de la plazuela; tráeme aqui el almuerzo.

No tardaron en acercar al ancho bal-

con una mesa, ante la cual pusieron varios almohadones unos sobre otros para formar un asiento. Arrellanóse en él; y los primeros oficiales de su casa le sirvieron al momento suculentas viandas, que empezó á devorar, contemplando con alegres ojos el suplicio de mas de cuarenta de los principales vecinos de Toledo condenados aquella misma noche en el tribunal del alguacil mayor.

— Ahora me acuerdo, dijo riendo á sus oficiales; ninguno de vosotros sabe servirme como el camarero mayor que mi buen hermano Fadrique se sirvió regalarme en Toro; traedle acá.

Salió el Zurdo al momento seguido de cuatro satélites, y no tardó en volver con ellos conduciendo á don Lope de Avendaño con los brazos atados á la espalda, las cejas y cabellos abrasados, el rostro cicatrizado y negro, medio cubierto de harapos manchados de sangre: adelantóse el caballero con paso firme y engallada la cabeza hasta cerca del balcon. Estremeciéronse todos al verle tan espantoso,

y el rey soltó una ruidosa carcajada.

— Amigo Lope, dijo, enseña á estos hombres el modo de servir á un rey de Castilla. Ninguno sabe dirigirme aquellas palabras oportunas y nuevas para mí con que me saludabas al dispertar, que me repetias en la mesa, en la sala, en la iglesia, en todas partes y todos los dias, interrumpiendo tambien mi sueño para volver á encajármelas. ¿Te acuerdas de ellas, oh digno y respetuoso camarero mayor?

— Sí, monstruo sanguinario, respondió don Lope con voz furiosa; sí, disoluto vil, tan cobarde como cruel; sí, yo soy el único que te ha dicho la verdad.

— Ya lo oís, amigos mios, prosiguió el rey sin alterarse; esos mismos eran sus discursos, en nada los ha variado.

— ¿Creías tú, preguntó don Lope con altivez, que el miedo á la muerte me inspiraria otro lenguaje? te equivocas, la deseo.

— La deseas, Lope, dijo el rey paladeando lentamente una copa de esquisito

licor. Un jóven como tú, rico, valiente y lleno de gloria, ¿no estaria mejor viviendo en el seno de las delicias, acariciado de la belleza que le adora? Mira cuán dulce es la vida en la mesa, rodeado de amigos, de numerosos servidores; tú tienes hermosos castillos, vasallos, oro... ¿no sentirias perder tantos bienes y placeres?

— Tu odiosa tiranía me los ha envenenado todos. Acaba ya de jugar con tu presa, tigre; acaba de despedazarla. Pronto estoy á comparecer ante Dios; mátame.

— Don Lope, respondió el rey en tono grave, en otro tiempo me suplicaste que te concediese una gracia, y por cierto que estábamos en Sevilla, ¿te acuerdas? era el mismo dia en que empecé á reinar; quisiste abandonar inmediatamente mi servicio, y te concedí este favor sin vacilar. Hoy me pides que te mate, ¿es razonable esa *humilde demanda*? ¿Es oficio de un rey el matar la gente? ¿Qué dirian estos amigos mios que estan presentes, Hinestrosa, Benavides, á quienes he prometido no salir jamas del estrecho

círculo de la justicia y de la estricta observancia de las leyes? No, Lope, yo no puedo matarte; dirígete á otro. Zurdo, mira si puedes hacer algo en favor de este pobre hombre...

Y no habia acabado aun, cuando la enorme maza del tártaro hizo pedazos el cráneo del caballero, que vaciló y fue á caer á los pies del rey.

— Buen golpe, valiente Zurdo, dijo acabando de beber. Arroja eso al circo, prosiguió repeliendo con un pie el cuerpo aun palpitante del caballero, y que lo dejen ahí todo el dia.

Cargó el Zurdo el cadáver en sus robustos hombros, y lo precipitó por el balcon á la plaza del Zocodover. El espanto dejó helados á todos los espectadores: doña Martin y Benavides se miraron estremecidos de horror. El rey volvió entonces al asiento que ocupaba anteriormente junto al tribunal del alguacil mayor.— Ahora, dijo á Samuel Leví, llama los testigos que han de deponer en favor de tu acusacion contra Blanca de Borbon.

Obedeció el judío. Perez Cuellar venia el primero, traido en una silla, pues sus piernas paralizadas no podian sostenerle; su nieto Perico caminaba junto á él. Despues de las formalidades ordinarias, leyeron en voz alta, á ruego de Samuel, la declaracion que habia redactado con arte infernal y hecho firmar por sorpresa á Perez Cuellar. El anciano no pudo escuchar hasta el fin. — Todo eso es un tejido de mentiras abominables, esclamó con fuerza.

— Son sus propias palabras, dijo Samuel en tono firme. Él las pronunció en presencia de este mismo tribunal; y apelo á estos venerables jueces para que declaren si recibieron el juramento que Perez Cuellar prestó ante ellos sobre la cruz y los evangelios antes de hacer esta propia deposicion...

— Mientes, judío, repuso Perez Cuellar impetuosamente; no era un tribunal, pues tú tenias lugar entre cristianos. Y hoy mismo, esos venerables jueces que invocas en nombre de la cruz y de los

evangelios, hijo de Judas, no son mas que los jurados de la ciudad, compadres y camaradas mios, reunidos tal vez, como el dia de que hablas, para tasar el precio de las verduras, de la miel y de la volatería del mercado, ó para pronunciar sobre los altercados de vendedores y compradores. Y vos, señor alguacil mayor de Toledo, estareis aguardando en esa silla que los archeros os traigan algunos ladrones sorprendidos en el camino, ó los rateros de las ventillas, que anhelais condenar á los azotes ó á la horca; pero no descubro en esta sala un tribunal competente para juzgar á una reina de Castilla...

— Este hombre está loco, interrumpió Samuel dirigiéndose á don Pedro, que se habia levantado pálido de furor. ¿Pero qué importa? su propia mano firmó el escrito antes de que esa dolencia le turbase el juicio.

— Al contrario, judío, replicó el platero, entonces fue cuando Dios me habia privado de razon; pero hoy la poseo to-

da entera. Si firmé las inicuas imposturas que acabas de leer, abusaste de mi demencia, y el crímen de la calumnia debe recaer en tí solo. No, jamas dije ni dí á entender que el gran maestre me hubiese dado el niño Enrique; ignoro aun el nombre y calidad del caballero que me lo confió en el bosque de Saldaña; no, jamas afirmé ni pensé, Dios me es testigo, que la reina Blanca de Borbon fuese su madre...

— Samuel, dijo el rey trémulo de cólera, muéstrale su firma. ¿La reconoces, testigo?

— Sí señor, respondió Perez Cuellar, despues de mirar atentamente el escrito; reconozco los caractéres que trazó mi mano trémula; confiésolo sin vacilar, pues nunca mentí...

— ¿Y sin embargo has firmado una mentira? Tú propio lo confiesas.

— Sí; pero...

— Basta. Alguacil mayor, ¿qué pena impone la ley al que firma un testimonio falso despues de jurar sobre la cruz y el evangelio?

— La pena que por su perjurio hubiera recibido el acusado, respondió el alguacil mayor.

— ¿Y cuál hubiera sido en el presente caso?

— La muerte.

— Ya lo oyes, Hinestrosa, la ley es la que habla, díjole el rey sonriéndose. Benavides, no te quejarás de mí; esta es la justicia ejercida por un magistrado. Vamos, Zurdo, á la horca el perjuro.

Adelantóse el tártaro para apoderarse del anciano; pero don Martin, Benavides, Hinestrosa y hasta el alguacil mayor corrieron á detenerle. Perico en tanto se precipitaba á los pies del rey vertiendo un torrente de lágrimas.

— Perdon, señor, decia, perdonad á un anciano sin pecado, compadeceos de sus canas. ¡Ah! ¡señor! misericordia, en nombre de la Vírgen y de todos los santos. Si os ofendió, fue porque estaba demente... Perdonadle, como Dios os perdonará en el dia del juicio...

— No, respondió el rey con furia, á la horca inmediatamente.

— Señor, señor, dijo Perez Cuellar en tono de súplica, que me traigan un eclesiástico...

El Zurdo hacia esfuerzos para apartar á los que se interpusieron entre él y el anciano: iba ya á apoderarse de la víctima, cuando Perico se arrojó á él con ímpetu y lo repelió.

— Aguarda, tártaro, aguarda, gritó desesperadamente. Tomad mi vida, señor, prosiguió echándose nuevamente á los pies del rey, muera yo en su lugar...

— ¡Tú!

— Sí señor, proseguia Perico con el mayor entusiasmo y oprimiendo las rodillas del rey, para él la vida, y la muerte para mí... yo la sufriré sin pena, con placer, si satisfecha vuestra clemencia de este sacrificio conserva su cabeza venerable... ¡Ah! señor, el verdugo la profanaría... ¡Qué! ¡las angustias de la horca á su edad!... ¡Pobre abuelo mio!... La muerte para mí, ¡oh! la muerte, por piedad...

— No le escucheis, señor, decia Perez Cuellar llorando; él es el verdadero demente. ¡Calla, Perico, noble mancebo, querido hijo mio! ¡Tú morir! ¡oh Dios bondadoso! esto seria para tu anciano padre mil muertes en vez de una...

— ¡Mira lo que dices, viejo loco! gritó el rey; yo puedo y tengo derecho de hacerte sufrir esas mil muertes: tu hijo me ofrece su vida en cambio de la tuya, y la acepto. Piénsalo bien; desde ese balcon vas á verle colgado de una horca si no juras al momento que la declaracion que firmaste es verdadera.

Perez Cuellar clavó un instante los amorosos ojos en su nieto, y luego, levantándolos al cielo, oró fervorosamente vertiendo abundantes lágrimas. Todos los circunstantes estaban pendientes de sus labios, y don Martin, pálido y petrificado, parecia aguardar la sentencia que iba á decidir de su vida.

— Esa declaracion es calumniosa, esclamó Perez Cuellar con energía, venga el verdugo.

— Zurdo, llévate al hijo, dijo el rey ciego de rabia; que le ahorquen al instante. Y vosotros, alguaciles, colocad á su abuelo en ese balcon.

— Don Pedro, esclamó fuera de sí el heredero de Alburquerque mientras el Zurdo salia por la puerta llevándose á Perico cargado en sus hombros, revocad esa sentencia injusta: el padre es inocente, el hijo es digno del amor y admiracion de la tierra: ¡perdon para entrambos! ese es el anhelo de los verdaderos amigos de vuestra persona y gloria; clemencia, ¡oh rey! clemencia: la imploramos de rodillas.

Postráronse, á imitacion de don Martin, Benavides, los jurados, el alguacil mayor, los oficiales de la casa real, Hinestrosa, todos los circunstantes, escepto Samuel y don Diego, gritando: — ¡Clemencia! ¡misericordia! ¡oh rey! ¡perdonadlos!

— No, no, respondió furioso el rey.

— Temed que el cielo se canse de tantas injusticias y crueldades, le dijo

don Martin levantándose impetuosamente. ¡Acordaos de Fez-Alhamar! estas son sus palabras: Tiembla que en los torrentes de sangre que derrames con placer se confunda la tuya...

—¡Mi sangre, execrable rebelde! ¿tienes sed de la sangre de tu rey, digno hijo de Alburquerque? ¿conspiras contra mi vida?...

—No, repuso don Martin acercándose á él, yo quiero apartar la muerte de vuestra cabeza.

—¡Diego! gritó el rey á su favorito retrocediendo lleno de pavor, ¿me dejarás asesinar de este modo?...

—¡Favor al rey, muera el traidor! esclamó don Diego García desenvainando la espada y arrojándose sobre el desarmado don Martin, á quien derribó en el suelo de una estocada.

—¡La reina es inocente!... ¡escuchadme!... decia don Martin con apagada voz.

—Llevadle... Anda, pérfido, á morir lejos de aqui, y da gracias á Diego, cu-

yo acero te libra de un suplicio infame digno de tu negro atentado.

Lleváronse á don Martin, y Benavides salió tras él.

— Quédate, Benavides, ó te declaro traidor, gritóle don Pedro.

— ¿Y qué me importa, repuso Benavides con sombría desesperacion: los hombres no han de creeros, el cielo lee en mi corazon. Harto he vivido; á Dios.

— Señor, dijo don Diego agitando la espada, ¿le sigo?...

— No, quédate, Diego; yo sé que no teme la muerte... síguele, Samuel; convéncele... cuida tambien de Martin, pues no quiero que muera ni que se separe de mí... tráemelos inmediatamente: ¡anda!

— Señor, ¿qué disponeis de este infeliz? preguntó Hinestrosa al rey en tono suplicante mostrándole á Perez Cuellar, que permanecia inmóvil y como petrificado en su silla.

— Ya he dicho que lo pongan ahí, respondió el rey señalando la ventana que daba á la calle de Santa Leocadia. Ve-

nid, fieles amigos, vamos á intentar el último esfuerzo contra esta cabeza de hierro, y si persiste en su loca obstinacion, disfrutemos al menos el placer de una justa venganza.

Colocaron los archeros á Perez Cuellar en el punto mas visible del balcon, vuelto el rostro hácia el lugar del suplicio de su nieto. Ya estaban suspendidas de los patíbulos muchas víctimas. El pobre Perico, pálido como un espectro, estaba entre dos religiosos que le ausiliaban, mirando dolorosamente á su abuelo, deshecho en lágrimas. — ¡Vaya! viejo loco, le preguntó el rey en tono de chanza, ¿dejarás colgar á ese pobre muchacho? aun puedes salvarle... mira que en haciendo yo una seña... ¡cómo! ¡ni una palabra dice! ¡oh! ¡cuán dura y desapiadada es la vejez! piénsalo bien... tú le asesinas, tú solo... ¿no tienes entrañas? ¿nada dices?... ¿nada? voy á hacer la seña...

El anciano no pudo hablar. A vista de la angustia de su querido nieto, Perez Cuellar lanzó un grito penetrante, esten-

diendo sus desfallecidas manos para bendecirle, pero volvieron á caer inmediatamente; su corazon destrozado latía por última vez, y espiró.

Horrible sonrisa entreabrió los espumantes labios del rey, que saboreó hasta el fin la agonía del heróico Perico, encaminándose luego con aire de triunfo hácia el balcon que tenia dispuesto para la corrida de toros. — Ahora, dijo alegremente, vamos á la otra fiesta.

CAPITULO VII.

PERDIDA ya en Toledo la esperanza de resistir al rey, y justamente temerosos los principales factores de la rebelion de la terrible suerte que los amenazaba, huían á los retiros mas inaccesibles buscando un abrigo contra la venganza de don Pedro. El barbero Sanchez, mas comprometido que ningun otro, lloraba la desgracia de su hija Paquita, novia del infeliz Perico. Al recordar sus arengas contra los judíos en la plaza del Zocodover, dudaba de la inviolabilidad del asilo de las iglesias, donde otros podian al menos aguardar un refugio momentáneo. En tal estremo, sugiríole Paquita una idea, que adoptó con avidez. El conserge del palacio de Meneses era padrino de la muchacha, y la queria entrañablemente: como la habitacion del señor don Martin debia ser respetada cual la del amigo mas estimado del rey, podia hallar en ella un retiro impenetra-

ble. Corrió allá con su hija, y no les engañó la benévola acogida del conserge Bernardo.

Sin embargo, cuando por la tarde fue tomada la ciudad y señalaron el palacio de Meneses para alojamiento del rey, creyó el pobre barbero que el terror helaba la sangre de sus venas. Pero la fortuna, que le reservaba mayores pruebas, desvió el peligro que le estaba amenazando. La habitacíon del conserge quedó libre y reservada para el señor don Martin, que no fue á ocuparla por haberse quedado en el alcázar hasta la mañana siguiente. Durante esta noche, para él eterna, no disfrutó Sanchez ni un momento de reposo. Por una ventana que estaba cerca del arcon en que se habia metido, oyó muchas veces á los pregoneros que publicaban la sentencia de su muerte.

Atreviéndose al amanecer á salir de su escondíte, reconoció que el vasto arcon encerraba parte de los atavíos de la difunta muger de Bernardo. Vínole á las mientes usar de aquel espolio para disfra-

zarse. Como nunca dejaba de llevar consigo su barberil estuche, comenzó por rapar sus pelos y barbas blancas; y luego se puso tocas, guardapies, basquiña, mantilla y chinelas bordadas; colgóse al cuello un rosario de cuentas gordas, á la cintura un enorme manojo de llaves, y encorvando el espinazo y apoyándose en un báculo completó su metamorfósis en dueña. Su negro y arrugadísimo rostro, su diminuta estatura, su voz delgada, todo favorecia la ilusion, y hubiérasele tomado por una de aquellas asquerosas brujas que los gitanos llaman sus tias.

Al entrar Paquita se sobrecogió viendo la ridícula figura; pero desengañada inmediatamente, y á pesar de la gravedad de las circunstancias, no pudo contener una ruidosa carcajada que atrajo al buen Bernardo. La formalidad de este castellano viejo tampoco pudo resistir al grotesco espectáculo que se ofreció á sus ojos. Aplaudió sin embargo la invencion de Sanchez, y encareciendo su idea quiso que tambien Paquita se disfrazase con los ves-

tidos del page de don Martin confiados á su custodia. Las holgadas vestimentas y la emplumada toca de Zafiro disfrazaron completamente el sexo de Paquita, ademas de que los colores del amo de la casa debian alejar toda idea de supercheria para con los criados y escuderos del rey, que podian entrar á cada instante en la habitacion de Bernardo.

Todo estaba dispuesto en estos términos, cuando en el piso superior empezó la espantosa tragedia que hemos descrito en el capítulo antecedente. Advertido de que su señor acababa de llegar del alcázar, subia Bernardo á recibir sus órdenes al mismo tiempo que los archeros del Zurdo bajaban las escaleras acosando al pobre Juan Cavedo, cruelmente mutilado. Sobrecogido el conserge de horror y lástima, les rogó que le permitiesen conducir fuera del palacio á aquel infeliz, y no vacilaron en dejarle con él. Hízole entrar inmediatamente en su habitacion; pero debilitado por la pérdida de la sangre que brotaba á torrentes de sus muñecas cor-

tadas, cayó Juan Cavedo en el suelo sin conocimiento.

Felizmente era Sanchez muy hábil en el arte de la cirujía, y ayudado de su hija logró cortar la hemorragia y calmar la agitacion de los dolores. Juan Cavedo debió la vida á este pronto socorro. El cuidado que Paquita tuvo con él proporcionó á esta la ventaja de distraer enteramente su atencion del siniestro espectáculo de la calle de Santa Leocadia. No vió, pues, el trágico fin de Perico; mas era imposible que lo ignorase mucho tiempo, y temiendo Bernardo el estrépito de la desesperacion de la muchacha, que podia descubrir á Sanchez y comprometer su propia seguridad por haber dado asilo á dos proscriptos, cerró su puerta y no volvió á abrirla en todo el dia.

Esta circunstancia le impidió recibir poco despues á su dueño don Martin, á quien los esbirros del alguacil mayor trasportaron al alojamiento de Benavides. Allí se presentó Samuel, pero sin poder cumplir la comision que el rey le habia en-

cargado. No fue dueño Benavides de ver al judío sin esplicar á este monstruo todo el horror que le inspiraba: creyendo á don Martin próximo á espirar, resolvió no sobrevivirle, abandonó su consumada prudencia, y no pudo moderarse. Salió Samuel de su casa dueño del secreto de María y de la vida de don Martin.

Aunque grave la herida del caballero no pareció mortal al monje benedictino que habia curado el dia antes la del gran maestre. Reflexionando entonces Benavides acerca de las imprudentes palabras que la cólera acababa de arrancarle, juzgó que lo mas urgente era alejar de Toledo á don Martin: hízole, pues, colocar en una litera, y de este modo le trasportaron á Olías, donde le aguardaban sus tropas reunidas, como tambien Zafiro y el niño Enrique.

Fue Bernardo, á la mañana siguiente, á encontrar al alguacil mayor, que le estimaba, y le confió que movido de compasion habia ocultado en su casa al escudero del gran maestre de Santiago. El

magistrado, que lejos de ser tan perverso como Samuel, ni siquiera habia vacilado en unirse con Benavides y don Martin para obtener el perdon de Perez Cuellar, aprobó la accion de Bernardo y le tranquilizó, manifestándole que el rey se mostraba decidido á respetar el tratado que habia hecho con Juan Cavedo. — Bien puede salir de aqui, prosiguió en voz muy baja el alguacil mayor; y si tomais interes por ese pobre hombre, aconsejadle que aproveche sin tardanza una libertad que acaso pudieran quitarle. Voy á daros un salvoconducto que le protegerá en todas partes.

— ¡Dios os bendiga! dijo Bernardo sumamente agradecido. Pero os ruego que añadais á este favor el de inscribir en el salvoconducto el nombre de Zafiro, page de mi amo, que sale hoy de Toledo con su tia Zael.

No opuso el magistrado dificultad alguna en conceder esta demanda; escribió el salvoconducto de propio puño, firmólo, é imprimió en él el sello del tribu-

nal. Provisto ya de aquel documento necesario, hizo Bernardo los preparativos del viaje de sus huéspedes, á los cuales dió buenas mulas, guiándolos hasta las afueras de la puerta de San Martin, y al separarse de ellos puso en manos de Sanchez un bolsillo bien repleto.

El primer dia caminaron los viajeros cuanto permitió la debilidad del pobre Juan Cavedo, y hallaron asilo por la noche en una aldea, donde se habian detenido varios muleteros de Córdoba aguardando que concluyesen las turbulencias de la provincia y hubiese menos peligro en los caminos. Esta dilacion dió lugar á que Juan Cavedo recobrase las fuerzas necesarias para continuar su viaje sin mucha incomodidad.

Sanchez estaba resuelto á no detenerse en Córdoba, pues como en esta ciudad tenia parientes, temblaba, no sin razon, ser reconocido y entregado á la justicia del rey, cuya sentencia se habria comunicado á todos los tribunales del reino. En el salvoconducto de Juan Cavedo es-

tribaba su mas segura proteccion, y por esto decidió abrirle enteramente su pecho y rogarle que le permitiera seguirle hasta el lugar de su destino. — ¡Ay amigo! respondió el escudero, yo os hubiera pedido como el mas grande favor lo que me estais ofreciendo, pues debo la vida á vuestros esfuerzos, Sanchez, Paquita...

— Llamadme tia Zael, interrumpió Sanchez azorado. He resuelto conservar este disfraz; y tambien Paquita ha de ser para vos y para todo el mundo mi sobrino Zafiro, page del señor don Martin Gil de Alburquerque. Acordaos de que peligra mi pescuezo si este misterio se descubre.

— Basta, replicó el escudero, no lo olvidaré. ¡Qué seria de mí si me abandonaseis! ¡Ah! me haceis feliz consintiendo en acompañarme á mi retiro; pero nos queda mucho que andar para llegar á él.

— Os seguiremos muy gustosos, dijo el barbero, aunque sea al cabo del mundo. Nunca me parecerá estar bastante le-

jos de Toledo y de esta ciudad, donde tambien soy conocido.

— Pues bien, prosiguió Juan Cavedo, iremos juntos hasta el estremo de Andalucía, cuatro leguas mas allá de Jerez de la Frontera. Mi hacienda, compuesta de buenas viñas que pueblan las colinas de Rota, bastará para que vivamos con abundancia. Mi casa, que se halla á poco trecho de la última ciudad, y en una aldea llamada la Gallina, es una habitacion muy agradable en la ribera del mar. Alli viviremos protegidos por mi hermano Marcos Cavedo, alcaide de una fortaleza pequeña que está á dos leguas de alli y junto al Puerto de Santa María, en la bahía de Cádiz.

— Será un paraiso, esclamó Sanchez lleno de júbilo. Voy á comprar aqui lo que necesito para representar el papel de la tia Zael, gitana vieja que en otro tiempo conocí en Toledo, y que tenia drogas para toda clase de males, que yo sabré curar mejor que ella. Tambien me es preciso renovar mis trages de bruja y los del

page Zafiro, pues el salvoconducto cantá esos nombres y no pudieramos abandonarlos sin peligro.

Aprovechándose los viajeros de la salida de otro muletero cordobés, se pusieron en camino para Sevilla. Alli asaltaron á Sanchez nuevos temores. Oyó proclamar á son de trompeta los nombres de los proscriptos condenados á muerte por el alguacil mayor de Toledo, y figuraba el suyo en la lista con sus pelos y señales, que no podian menos de darle á conocer. Hablábase en todas partes de un festin que dió el rey á las nobles damas de Burgos en el palacio arzobispal de la ciudad, á cuyo postre presentaron en platos de oro las cabezas de los mas poderosos señores de Castilla. Enumerábanse tambien las magníficas recompensas concedidas á los Padillas y á Samuel, que desde varios puntos del reino le habian remitido tan horribles presentes.

Todo esto contribuía á aumentar el espanto del pobre Sanchez. Por último, al cabo de una permanencia, para él de-

masiado larga, en la capital de Andalucía, partieron los viajeros hácia Jerez de la Frontera. Supieron alli que el rey acababa de llegar á Sevilla, en donde, abandonándose sin freno á su natural ferocidad por tanto tiempo comprimida, se saciaba de sangre. Los judíos, cuyo aborrecimiento á los cristianos aguijoneaba entonces el insaciable ardor de la venganza, eran los encargados de señalar las víctimas. Nadie se ocultaba de sus vivísimas pesquisas; ni el rango mas elevado, ni la obscuridad de la mas humilde condicion servian de escudo contra el ciego furor de aquel pueblo implacable, y el rey entregaba á los verdugos cuantas víctimas marcaban los judíos con el sello de su reprobacion.

Júzguese del terror de Sanchez; pero al cabo, gracias al favor del cielo y al de su ingenioso disfraz, que juró no abandonar jamas, llegó sin estorbo al término de su dilatado viaje.

CAPITULO VIII.

Vivia retirado en su pequeña heredad de la Gallina el escudero Juan Cavedo con su amigo Sanchez, que pasaba en la comarca por la tia Zael, y nadie conocia á Paquita sino bajo el nombre del page Zafiro, su sobrino. Alli, como en todas partes, el supersticioso pueblo atribuía á las viejas, y particularmente á las de orígen egipcio, el poder sobrenatural de leer lo venidero en las rayas de la mano, y de curar las enfermedades de los hombres y animales con la virtud de algunas palabras misteriosas ó de ciertos brebages compuestos segun el formulario de la ciencia cabalística. No tardó en difundirse por las cercanías de la Gallina la historia de la mutilacion del escudero Juan Cavedo, y su cura maravillosa, debida á los infalibles específicos de la tia Zael, que trajo en su compañía.

Gracias á sus efectivos conocimientos

en el arte de curar, logró el barbero sostener ventajosamente la reputacion de la gitana. Venian los enfermos á tropel, y su fácil curacion estendió en poco tiempo la fama de la bruja, lo cual fue para Sanchez un manantial de recursos con que no habia contado. Esta circunstancia le dió aun mas apego al disfraz que le dió la vida, y que aun hacia necesario la creciente persecucion contra los enemigos de los judíos triunfantes.

Encantado el buen escudero con la compañía de sus huéspedes, hallaba agradable distraccion á sus penas presentes y á sus tristes recuerdos en los sabrosos coloquios de Sanchez, constituyendo la dulzura y consuelo de su vida la inocente amistad de la agraciada Paquita. Solo faltaba al complemento de su felicidad la compañía de su hermano Marcos, alcaide de la torre de Catalina, próxima al Puerto de Santa María. Aunque separados por la insignificante distancia de dos leguas escasas, nunca se veían, pues Marcos profesaba á la causa del rey y de María de

Padilla todo el apego que Juan á la de los bastardos y Blanca de Borbon. Dos años hacia que el escudero estaba inspirando á todos los habitantes de la comarca el mas tierno interes por un infortunio tan poco merecido; mas dominaba al alcaide tal espíritu de faccion, que siempre se resistia á ver y abrazar á su hermano.

Sin embargo, pasados los dos años, y calmada poco á poco la violencia del rey, comenzaron á estrecharse los vínculos de la sangre y de la amistad, debilitados, mas bien que rotos, á causa de tan funestas divisiones. Por otra parte, el comun odio á los judíos habia sido un punto de contacto siempre perenne entre los cristianos de los dos bandos opuestos. En este artículo se fundó la capitulacion de Juan y Marcos Cavedo. El alcaide dió el primer paso sorprendiendo un dia á los descuidados solitarios de la Gallina. Tendióle Juan los brazos con un grito de alegría. A vista de las mutiladas muñecas del valiente escudero no pudo Marcos contener sus lágrimas. — ¡Hermano! esclamó, ¡los pí-

caros judíos te han maltratado de ese modo, y no nuestro buen rey don Pedro, que Dios guarde muchos años! su corazon, acibarado por tantas revueltas y traiciones, cedió con mucha facilidad á los pérfidos consejos del infernal Samuel Leví, que devora todos los tesoros del estado y no nos paga el sueldo de nuestros oficios. Los judios rebosan y nadan en riquezas, y nosotros nos morimos de hambre en nuestras torres y ciudadelas, que constituyen la seguridad del reino.

— Hermano Marcos, replicó el escudero, tampoco acuso á los judíos de las desgracias que lamentas. Fue voluntad del Altísimo: no hablemos mas de ello. Déjame gozar cumplida la dicha de abrazar á un hermano querido. Ven, ven á mi pecho.

Confundieron entonces sus lágrimas en un largo y sabrosísimo abrazo.— Hermano, continuó el escudero, te digo con sinceridad que no hay odio en mi corazon ni aun para mis enemigos mas crueles. No temas, pues, que te hiera jamas

en tus inclinaciones, y te suplico la misma reciprocidad. No me aflijas ultrajando el infortunio de mis amigos. Ya sabes con cuánta ternura estimo al gran maestre de Santiago...

—¡Vive Dios! hermano, interrumpió el alcaide, pocas contiendas tendremos en ese punto. ¿No sabes que el gran maestre es ya de los nuestros?

—¡Cómo! Marcos, el señor don Fadrique...

—Ha vuelto á la gracia del rey, y se ha sometido. Ayer llegó la noticia á Jerez de la Frontera, donde yo me hallaba para ver la entrada de la reina Blanca de Borbon...

—¡Que dices! ¡grandes y escelentes nuevas! yo nada sabia.

—Facil es referírtelas, querido Juan, continuó el alcaide sentándose á su lado; y no hay que decir que no son ciertas, porque las he oido de boca de don Iñigo Ortiz de las Cuevas, gobernador de la ciudad y amigo mio. Sabrás sin duda que el conde de Trastamara con una multitud

de partidarios se han refugiado á Aragon, donde hacen grandes esfuerzos para escitar una guerra contra Castilla.

— Sí, ya lo se; y tambien decian que Francia y Navarra declararian la guerra al mismo tiempo. ¡Ah! querido Marcos, ¡cuán lejos estoy de desear esta calamidad!

— Esos sentimientos te hacen mucho honor, Juan mio, y veo con placer que estaremos siempre de acuerdo. En efecto, esta guerra seria muy de temer en el estado de debilidad y division que debe el reino al espíritu de revuelta, y el rey no puede contar con las ciudades y fortalezas que se vió obligado á entregar á los rebeldes de la *humilde demanda* por precio de la paz. Lo que mas le sobresaltaba era por una parte, el gran maestre de Santiago, que retirado á sus vastos dominios de Galicia habia hecho en ellos un tratado ofensivo y defensivo con don Fernando de Castro; y por otra el señor don Martin Gil de Alburquerque, refugiado en Portugal, que segun pública voz pretendia desnaturalizarse y ofrecer el ausi-

lio de sus inmensos tesoros y de sus numerosas ciudades y ciudadelas al infante de Portugal para apoyar sus pretensiones á la corona de Castilla. Sabia la corte que el gran maestre hacia frecuentes viajes al vecino reino para conferenciar con el señor don Martin. Esta alianza era muy de temer; pero felizmente doña María de Padilla, que es tan discreta como hermosa, entró en relaciones con el gran maestre por medio del comendador Hinestrosa; y sabiendo que está enamorado de la reina Blanca, le aseguró que respondería de la vida de la princesa y trabajaría para que se la pusiese en libertad, si él se obligaba á terminar sus ostilidades contra el rey.

El resultado de todo es, que el gran maestre no solo ha prometido lo que le exigia doña María de Padilla, sino que tambien ha salido garante de que los señores don Fernando de Castro y don Martin ajustarian la paz con el rey, si prometia enviar á doña Blanca al reino de Francia, pidiendo, mientras se resolvia

definitivamente, que la princesa saliese de Medina Sidonia, donde manda un hermano de María, hombre perverso y grande amigo de Samuel. Han concertado pues, como preliminares de esta paz tan ardientemente deseada por don Pedro, que Blanca de Borbon seria trasladada á Jerez de la Frontera, mansion muy agradable, donde permanecerá bajo la vigilancia del comendador Hinestrosa, que debe venir inmediatamente en calidad de gobernador de la ciudad y castillo, reemplazando á don Íñigo Ortiz de las Cuevas. Tambien afirman que el rey, por consejos de doña María, manifiesta mucha menos predileccion á Samuel Leví, enemigo el mas encarnizado de Blanca de Borbon. Por lo cual hay esperanzas de que, perdido enteramante el favor del rey, será echado de la corte. Nada entonces habrá que se oponga á la libertad de la reina y á la reconciliacion del rey con su hermano el gran maestre y con el señor de Alburquerque.

A estas palabras no pudo Juan Cave-

do contener un grito de júbilo que resonó en toda la casa. Acudió Paquita inmediatamente, pero detúvose asustada á vista de un estrangero, pues no habiendo hecho intencion de salir aquella mañana, estaba en trage de muger. Su interesante figura hizo en el corazon de Marcos vivísima impresion, que se aumentó estraordinariamente con el espectáculo del cariñoso esmero con que Paquita trataba al pobre mutilado. Luego que se retiró para participar á su padre las buenas nuevas que acababan de contarle, hizo Juan á su hermano una larga relacion de la conducta que hacia dos años observaba con él esta muchacha. Este relato completó el efecto de la primera entrevista, y Marcos se volvió muy pensativo á la torre de Catalina, llevando en el corazon la imágen de la linda toledana.

No pudieron ocultarse al escudero los sentimientos que agitaban á su hermano. Juan Cavedo queria á Paquita con paternal ternura, estaba viudo, no tenia hijos, y destinaba toda su hacienda á su

interesante bienhechora. Pero la reciente reconciliacion con Marcos le sugirió otra idea, porque le repugnaba despojar enteramente de su herencia á un hermano único sin mas recursos que el empleillo de que vivia estrechamente. Casándole con Paquita, y concediéndole sus bienes, quedaban conciliados los dos sentimientos que dividian su corazon: agradóle el proyecto y resolvió llevarlo á cabo.

Pero antes quiso aprovecharse de una de las habilidades de Paquita que hasta entonces no le habia llamado la atencion. Como hija de un padre regularmente instruido, escribia bastante bien: dictóle el escudero una carta muy circunstanciada para el gran maestre de Santiago, en que le daba noticia de su suerte actual, y le felicitaba por los dichosos acontecimientos que acababa de saber. Pedíale, como única recompensa de sus servicios, una memoria de su afecto para el humilde retiro donde estaba terminando en paz unos dias tan largo tiempo consagrados á su querido amo, objeto de su cons-

tante pensamiento. El comandante de una galera pronta á zarpar del Puerto de Santa María para las costas de Galicia se encargó de ir á Compostela, poner la carta en manos del gran maestre, y traer la respuesta á su amigo Juan Cavedo.

Marcos no era jóven, pero aun conservaba mucho verdor. Su aspecto marcial, su aventajada estatura, sus largos bigotes levantados hasta las cejas, y aquel aire de matasiete peculiar á los valientes de Andalucía, justificaban suficientemente á los ojos de las agraciadas hembras de Rota y del Puerto de Santa María el título de buen mozo que el alcaide de la torre conservaba tenazmente á despecho de una larga posesion. No participaba Paquita en este punto de la opinion general, pues el recuerdo de su amable y desdichado Perico vivia constante en su pecho, aunque ignoraba el trágico fin de este jóven, y tan solo sabia que era muerto. Por esto el ligero carácter de la hija del barbero, unido á su estremada juventud, escusaban el natural anhelo que sen-

tia de recibir las adoraciones de un nuevo amante digno sucesor del objeto de sus primeros suspiros. Ciertamente no era Marcos el destinado á cumplir esta mision. Pero sumisa á la voluntad de su padre y del buen escudero, que le presentaban aquel rancio galan bajo el pie de futuro esposo, guardóse muy bien Paquita de desecharle con dureza. Objetó astutamente la imposibilidad de presentarse en la iglesia para casarse antes de que su padre y ella pudiesen sin peligro recobrar sus nombres y los vestidos de su sexo. Este argumento no tuvo réplica, pues aunque la persecucion contra los enemigos de los judíos era menos ardiente, no estaba todavia revocada la sentencia capital que amagaba al pobre Sanchez.

Convinieron, pues, en que empleando Marcos su favor con el gobernador de Jerez, haria los mayores esfuerzos para obtener el perdon de un proscripto obscuro, contra el cual solo podian alegarse palabras imprudentes, pero ni una sola accion culpable. Recomendóse mucho al

mediador que no le nombrase para no comprometer imprudentemente un secreto del cual dependia la vida del mismo Juan Cavedo, porque igual sentencia de muerte alcanzaba á los que habian encubierto á los culpados.

No tardó Marcos en dar este paso. Fuése á Jerez de la Frontera; pero esta vez le costó mucho trabajo llegar hasta su amigo el señor don Íñigo Ortíz de las Cuevas, pues habian ocurrido grandes mudanzas con la llegada de la reina Blanca de Borbon. Por la especie de tratado concluido con el gran maestre habia permitido el rey que se diese mas libertad á la prisionera: podia ésta recorrer sin obstáculo toda la ciudadela, respondiendo el gobernador con su cabeza de que no entrarian en ella mas hombres que los padres predicadores del convento de Santo Domingo. Fue, pues, preciso que Marcos Cavedo aguardase mucho tiempo fuera del castillo hasta que don Íñigo Ortiz hizo que le llevasen para recibirle á una casa de la poblacion: el po-

bre señor, ya viejo, estaba abrumado de dolores reumáticos que resistian á todos los esfuerzos de los médicos de la comarca.

Entró el alcaide en materia sin tardanza; mas apenas dió á entender que se trataba de un proscripto de Toledo, cuando el gobernador le detuvo. — ¡ Vive Dios! amigo Marcos, que venís á buen tiempo, pues ahora mismo acabo de recibir orden para ahorcar en el mismo sitio donde pueda descubrirlos á todos estos, cuyos nombres reza la lista que estais mirando.

Y al mismo tiempo desarrollaba un pergamino ante los ojos de Marcos, que perdiendo su lozano color, vió el nombre de Sanchez á la cabeza de la lista fatal. — Ya veis, añadió el gobernador: todos los que no van incluidos en ella han obtenido el perdon á ruegos del alguacil mayor de Toledo.

— Esa noticia es la mejor respuesta que podeis dar á mi demanda, replicó Marcos ocultando su agitacion; aqui no veo

el nombre del individuo por quien me interesaba...

—En ese caso, bien puede volverse á Toledo, interrumpió don Íñigo, y le daré un salvoconducto. ¿Vive en esta ciudad?

—Lo ignoro, respondió Marcos: habíamelo recomendado cierta linda dama de Rota...

—¡Ah! señor Marcos, dijo el gobernador sonriéndose, siempre galan y siempre favorecido de las damas. Pero decidme, ¿no pudiérais darme indicios de cierta tia Zael?...

—¡Yo! esclamó el alcaide poniéndose como un carmin. ¿Imaginais por ventura?...

—No hay que alterarse, amigo; ya sé que es una gitana endiablada, altamente indigna de la atencion de un apuesto y amable caballero como vos. Pero os confieso, no sin rubor, que un cuarto de hora de conversacion con la tia Zael, seria para mí en este momento mas agradable y de mayor provecho que toda una no-

che de plática que se dignara conceder al pobre inválido, la mas jóven y linda hembra de Castilla.

— No os comprendo, señor don Íñigo Ortiz, respondió Marcos mortalmente turbado. Si tratais de burlaros de mí...

— De ningun modo, querido Marcos: este es el hecho. Hace mucho tiempo que estoy oyendo hablar de las maravillosas curas de esa bruja. He indicado el nombre de la vieja á los doctores, que siempre me estan prometiendo la salud sin siquiera dulcificar mis angustias, y me han asegurado que la tia Zael solo es buena para quemada en medio de la plaza de Jerez.

— Hé ahí tambien mi opinion, dijo vivamente Marcos, ya del todo tranquilizado.

— ¿Con que la conoceis?...

— He oido de ella cosas que os deben confirmar en la idea de los doctores. Guardaos de recurrir á semejante bruja, y aun será mejor que no os acordeis de ella. Tampoco os aconsejo que useis de ri-

gor con ella, pues su habilidad en curar las enfermedades de los animales es tan celebrada, que en ese punto son positivos los favores que hace á los labriegos de las cercanías de Rota. Dejémosla, pues, donde está, y no deis en la ridiculez de llamar á una criatura tan vil, que con razon ó sin ella pasa por hechicera formal con sus ribetes de ilícito comercio con el demonio.

—Ciertamente, replicó don Íñigo con despecho, temo tanto como el primero comprometer mi dignidad con semejante canalla, y acerca de esto no necesito consejos de nadie. Pero al fin y al postre, es muy duro padecer continuamente sin esperanza de mejoría.

—¿Por qué sin mejoría?

—¡Por qué! ¡por qué! repitió irritado el gobernador; bien sé lo que me digo. Todos decian que vendria el comendador Hinestrosa á tomar el gobierno de este castillo; pero por lo que me escribe veo que me quedaré á representar el papel de carcelero. Una pícara enfermedad

me encierra en la cama meses enteros; y cuando me da el ataque, no pueden sacarme del castillo, como ahora: si niegan la entrada á los hombres, habré de desesperarme, porque vive Dios que mis médicos no tienen faldas. Será forzoso carecer de todo ausilio, y morir miserablemente. Hé ahí por qué habia yo pensado en llamar á esa muger vieja ó bruja, con quien cargue el diablo cuanto antes. Pero ya que este paso ha de ridiculizarme y rebajar el concepto que gozo con ciertas personas á quienes no creí tan timoratas, no hablemos mas del asunto.

— Eso será lo mejor, dijo friamente Marcos al retirarse; y bien veo, si he de interpretar ese tonillo que tomais conmigo, que mas me valdrá abstenerme de volver á veros hasta que se calme enteramente vuestro espíritu.

— Como gusteis, respondió el gobernador algo amostazado; pero os advierto que mi espíritu no se calmará jamas.

Salió Marcos muy apesadumbrado por el mal éxito de su tentativa, cuya rela-

cion fue á hacer inmediatamente á sus amigos los habitantes de la Gallina. Juan Cavedo y Sanchez quisieron oir cien veces sus menores circunstancias. Por la noche, despues de ausentarse el alcaide, escribió Paquita otra carta muy larga al gran maestre de Santiago en nombre del escudero.

CAPITULO IX.

Seis meses hacia que Marcos se estaba desesperando de ver indefinidamente retardada la época de su matrimonio con Paquita, de quien estaba apasionado con locura, mientras que la muchacha se complacia en el obstáculo que negaba al alcaide el cumplimiento de sus deseos. Sin embargo, su corazon permanecia libre, pues en aquel retiro donde las circunstancias la obligaban á vivir, y bajo el disfraz de page que continuaba usando fuera de la casa, tan solo hablaba y veía á los habitantes de la aldea de la Gallina, reducidos á algunas familias de pobres pescadores constantemente ocupados en su trabajo fatigoso y poco lucrativo. Cuando el tiempo estaba sereno y el mar bonancible, se aventuraba á acompañarles en sus espediciones á lo largo de la bahía, y cuando Juan Cavedo descansaba, se reunia con sus mugeres é hijas, y

las ayudaba á hacer las redes nuevas y componer las viejas.

Concurria Marcos con mucha asiduidad á la casa de su hermano, y traía noticias del puerto y de Jerez, que Sanchez y Cavedo escuchaban con el mayor afan, especialmente aquellas que tenian relacion con la escelsa prisionera. Pero Paquita, importunada con la presencia y requiebros del alcaide, se aprovechaba muchas veces de la atencion que su padre y el escudero prestaban á los discurtos de su amigo, para escaparse y dar un paseo por la mar con sus queridos pescadores. La evidente indiferencia de su novia dispertó al cabo los zelos de Marcos, pues no podia convencerse de que fuera indiferente á su mérito sino tuviese el corazon comprometido en otro amor. Imaginó, pues, que entre aquellos aldeanos, de cuya compañía tanto gustaba, habria necesariamente algun mancebo favorecido con su cariño. Para salir de esta duda, que le tenia inquieto, venia directamente el alcaide de la torre

de Santa Catalina, y sin entrar en la aldea iba muchas veces á horas y sitios diferentes á ponerse en emboscada, detras de los arbustos y de las peñas, para sorprender el secreto de Paquita; mas nada pudo lograr en sus primeras escursiones, y vióla siempre con los mismos compañeros, todos ancianos y padres de familia.

A pesar de esto trató de perseverar en su idea, convencido de que tarde ó temprano daria con el robador de una prenda cada dia mas interesante para él. Pero Paquita, muy poco apesadumbrada con las penas de su fastidioso amante, continuaba entregándose á su entretenimiento favorito. Muellemente mecida en una barca, cuya vela habia aprendido á manejar con destreza, tan pronto cebaba en silencio los sedales que iba largando á las inquietas ondas, tan pronto los recojía con infantil placer, cargados de abundante pesca. Pero nunca se apartaba de la ribera, muy accesible en aquel punto de la bahía de Cádiz, y siempre temerosa se

apresuraba á recobrarla apenas comenzaba á crecer el mar.

Renació la primavera, siempre mas hermosa en los risueños campos de Andalucía que en ningun otro pais, y preparábase en la costa, desde la embocadura del Guadalquivir hasta el estremo de la bahía, la solemne pesca del atun, que en aquella estacion del año atraía un considerable concurso de curiosos y compradores. Aguardaban con impaciencia este momento los habitantes de Sevilla, para bajar á miles por el rio en galeras empavesadas y cubiertas de pabellones que ocultaban coros de regocijados músicos. Sentados junto á unas mesas abundantemente provistas, al son de laúdes, flautas y albogues, hacian en pocas horas, á favor de la marea, aquella travesía de doce leguas por entre encantados jardines.

La principal reunion era en la villa de San Lucar de Barrameda, inmediata á la embocadura del Guadalquivir. Pero como esta poblacion no podia alojar á tanta gente, la mayor parte se desparramaba

en los pueblos y aldeas de la costa, donde el espectáculo de la pesca y el concurso de los bageles estrangeros proporcionaba placeres aun mas atractivos. Acudian los portugueses en gran número desde las riberas de la provincia que riega el Guadiana, y todos los proveedores de los monasterios de los algarbes, que venian á comprar atun, artículo indispensable en la cuaresma.

Trasportada Paquita de placer, apenas salia de la mar suavemente rizada por la brisa envuelta en los esquisitos perfumes de las colinas inmediatas. Una mañana sondeaba profundamente con los ojos las trasparentes aguas como si fuesen las de un lago; acechaba el paso de los primeros atunes precursores del innumerable ejército que venia caminando hácia la costa; flotaba la tendida vela de su barca, y seguia la pescadora con el harpon en la mano el rápido movimiento de uno de aquellos peces que jugaba junto á ella. Latía su impaciente corazon, suspendíase su aliento, y veinte veces habia levantado el

dardo para lanzarlo contra la presa que se mostraba, y desaparecia con la rapidez del rayo, cuando decidiéndose por fin, lo disparó con tal fuerza que la cuerda del harpon se le enredó en los pies, la hizo tropezar y caer dentro de la barquilla.

Escuchó repentinamente una ruidosa carcajada que sonó á sus espaldas, y no tardó en ver otra navecilla que se deslizaba veloz por junto á la suya, y llevaba en su bordo una muchacha de morena tez é interesantes ojos que le gritó huyendo á toda vela: — ¡Ah! lindo page, si no eres mas diestro en el oficio de amante que en el de pescador...

—Calla, aldeana tonta, interrumpió Paquita agriamente y avergonzada de su caida.

— ¡Yo aldeana! respondió la otra en tono burlon, arriendo la vela con una mano, mientras que con la otra inclinaba el timon haciendo virar la barca, que vino á cruzarse delante de la de Paquita. ¡Yo campesina! no lo entiendes, lindo page; mírame bien, que es facil engañarse á primera vista.

—No dices mal, repuso Paquita, pues llevas el trage de una cristiana honrada, y si he de juzgar por tu desfachatez y por tu color de cobre, has de ser precisamente alguna gitanilla atraida por las fiestas que se estan preparando. Anda enhoramala, criatura despreciable, que aqui no hay nada que robar.

—¿Ni siquiera tu corazon, picarillo? Convengo en que mi cara es negra; pero mírala bien, ¿te parece fea?

—Fea y muy fea: vete, harto vista te tengo.

—¡Hola! no tienes pocos humos porque llevas á cuestas la librea de algun pobre hidalgo de capa y espada, ó acaso de algun miserable escudero.

—Calla, ó haré que te arrepientas, repuso Paquita ahuecando la voz. Sabe que el caballero á quien sirvo es el ricohombre mas poderoso del reino, y que estos colores son los del conde de Alburquerque y Cea, mi señor: yo soy Zafiro de Zael, su primer page. Con que cuidado con lo que haces...

—Perdonadme, señor don Zafiro, respondió la gitana con la mayor humildad. Confieso que cometí una imprudencia; pero habíame lisonjeado de que no desconoceríais á una amiga antigua...

—¡Cómo! ¿qué dices?

—Yo soy Paquita Sanchez, hija del barbero de Toledo...

—¡Tú!

—Yo, continuó la aventurera echándole una mirada llena de sutileza y mofa, y estoy muy arrepentida y muy apesadumbrada de haber desdeñado en otro tiempo vuestro amor, señor Zafiro, pues aunque el pobre Perico Cuellar ni era tan amable, tan buen mozo, ni tan entendido como vos, tenia mas que heredar; y mi padre, el barbero, que es un ladron antiguo, necio y charlatan como una dueña de la Solana de San Andrés, no supo apreciar vuestro mérito, señor Zafiro de Zael; pero de mí sé deciros que tengo el conocimiento necesario para comprender lo que valeis. Yo escuchaba por la noche desde mi cama las preciosas letras que cantabais

bajo mi balcon con voz melíflua al son del laud. ¡Ah! Zafiro de mi alma, ¡con cuánto gusto oía vuestros amorosos versos! ¡cuánto odiaba la estúpida barbarie de mi padre, que no queria casarme con un jóven como vos, tan lindo y digno de mi ternura! ¡Ay, Zafiro! ya lo sabes, tuyo es mi corazon.

Paquita estaba muda de asombro durante este discurso, y no tardó en reconocer al maligno page, cuyo nombre y vestidos llevaba. Mentía descaradamente jactándose del amor que su figura y sus canticios habian inspirado á la hija del barbero, la cual estuvo tentada veinte veces á interrumpir asperamente la charla del fanfaron, pero estremecida con la idea de los peligros de su padre, continuaba guardando silencio; antes de concluir su cháchara izó Zafiro la vela, presentóla á la brisa que acaba de levantarse mas fresca, y voló su navecilla hácia la ribera con direccion al Puerto de Santa María.

Apresuróse Paquita, ya repuesta de su turbacion, á imitar la maniobra del

page y á seguirle, para suplicarle que á nadie hablase de su encuentro; pero su navecilla, aunque ligera, no lo era tanto como la de Zafiro, el cual le llevaba ademas mucha ventaja. Despues de navegar una hora en la misma direccion, vió con pesar que desaparecia detras de un cabo para ella muy respetable. Sin embargo, armándose de valor continuó siguiéndole por aquellas regiones desconocidas, tan ardiente era el deseo de preguntarle la causa de su sorprendente aparicion con el femenino disfraz, y sobre todo de encargarle el secreto del escondite de Sanchez si lo habia descubierto.

Apenas hubo bordeado el promontorio que le robaba la vista del page, cuando le descubrió en tierra al fondo de una ensenada circuida de rocas y bancos de arena: la prudencia le prohibia empeñarse mas, y quiso virar de bordo. Pero como se hallaba muy cerca de la costa, y el viento, interceptado por una colina que descollaba en la ribera, no henchía ya la vela, probó á hacer uso de los remos. No sabia

manejarlos, y la marea, que comenzaba á subir muy despacio, volvia á empujarla hácia la orilla. A despecho de sus esfuerzos no se movia del pie de la colina, coronada de muchas higueras; llamó su atencion la caida de un poco de tierra desde la cima, y vió á Zafiro que se columpiaba entre las ramas de los árboles que formaban una bóveda encima del barquichuelo. Tenia en la mano una cuerda cuyo cabo le echó.— Tenla fuerte, Paquita, le gritó; voy á llevarte mas allá de la colina, donde hallarás la brisa que aqui te falta.

—Por la Vírgen Santísima, le dijo la muchacha, respondedme, señor Zafiro. ¿Vivís en esta tierra? ¿con qué objeto habeis venido? ¿sabiais que me habiais de hallar aqui? ¿qué significa ese disfraz?

—Muchas preguntas son esas, repuso el page; pero es muy tarde, Paquita, y tengo mucho que andar. Si mañana á la hora de nonas quieres venir al parage adonde voy á llevarte, te responderé satisfactoriamente y te contaré cosas

que te han de asombrar. Pero guardate de decir una sola palabra de mí, y no bables en la Gallina de nuestro encuentro, ni de la cita de mañana. Si Marcos Cavedo lo supiese no tardarian una hora en ahorcar á la tia Zael. ¿Vendrás?

—Sí, Zafiro, respondió Paquita pálida de terror. Os lo prometo.

—Basta, repuso el page, ten bien esa cuerda y échamela cuando me pare; entonces podrás largarte, y en menos de una hora llegas á la Gallina.

Bajando de la colina condujo fácilmente la barca al punto que acababa de indicar. Y despidiéndose de Paquita se lanzó ligeramente en un bosque vecino, desapareciendo de su vista.

Al entrar en su casa pensaba todavía Paquita en la singular aventura de la mañana, de modo que ni siquiera echó de ver á Marcos y su mal humor al mirarla con su vestido de page que detestaba. —Lleve el diablo la toca, la ropilla y los gregüescos, esclamó; ese pícaro disfraz es el que la induce á corretear to-

do el dia, y jamas la encuentro en casa.

— ¡Qué galan tan descortés! respondió Paquita sorprendida.

— Y ¿qué cortesía he de tener con un page atolondrado? repuso Marcos. Andad á quitaros esos arreos si quereis oir las buenas nuevas que traigo.

— Despáchate, ponte otro trage, dijo Juan Cavedo, pues estamos rabiando por saber lo que hay.

— ¡Qué capricho! esclamó Sanchez impaciente: ¿no está mucho mejor asi?

— A mi gusto no señor, interrumpió el alcaide con aspereza; todos esos colores tan chillones, esos perifollos y esas plumas me hacen mucha menos gracia que el vestido mas sencillo de aldeana andaluza; por ejemplo, el que ayer tenia puesto.

— Justamente, replicó Sanchez poniéndose colorado, ese que decís es el que le sienta peor, y para no volver á verlo se lo he dado esta mañana á una pobre.

— Bravísimo, acudió Marcos arqueando las cejas con singular espresion.

— ¿ Y qué tiene de particular? preguntó el barbero en tono avinagrado.

— No hay que incomodarse por semejante friolera, dijo Juan Cavedo con mucha calma. Vaya, Paquita, anda á ponerte el sombrerillo y el jubon encarnado, corre y vuelve pronto.

Latía con violencia el corazon de Paquita durante esta contienda, pues acababa de recordar que el trage de Zafiro era el mismo que ella tenia puesto el dia antes, y que su padre dijo haber dado á una pobre. No pudiendo ya dudar que el page habria venido á su casa, salió inmediatamente para ocultar su justa turbacion; no habia dejado de observar la esclamacion de Marcos y el gesto acompañatorio, discurriendo que acaso acababa de encontrar á Zafiro y de reconocer su disfraz. Las terribles palabras del page sobre el peligro de descubrir el misterio al alcaide de la torre no se apartaban de su imaginacion.

Cuando entró en la sala apenas podian sostenerlas las rodillas; pero las primeras

palabras de Marcos la tranquilizaron completamente. — ¡Ah! esclamó este entusiasmado de júbilo, ahora reconozco á Paquita, á mi linda novia, que dentro de ocho dias, si Dios quiere, será mi muger. Sí, amigos mios, las noticias que traigo nos ofrecen el deseado término de nuestras pesadumbres...

— ¿Y por qué tardais tanto en referirlas? preguntó el impaciente Sanchez.

— ¿Cómo quereis que hable de amores á un page? repuso Marcos acercándose á Paquita. Ven á sentarte á mi lado, ven, Paquita de mi corazon, y muestra algo de paciencia si mi relato te parece muy largo, pues te repito que el resultado ha de ser que no concluirá la semana próxima sin que seas la señora alcaidesa de la torre de Catalina.

— Acabemos, interrumpió Juan Cavedo.

— Pues señor, repuso Marcos, habeis de saber que el rey don Alfonso de Portugal ha muerto; ¡téngale Dios en descanso! Era un pícaro viejo, pero no tan

perverso como sus dos favoritos don Diego Lopez de Pacheco y don Pero Cuello, que le hicieron cometer una accion la mas villana en el momento de ir á dar cuenta de su vida al tremendo tribunal. Habeis de saber tambien que el infante su hijo amaba con estremo á una linda dama, llamada Inés de Castro...

— Ya lo sabemos, dijo Sanchez; es la hermana de doña Juana de Castro, con quien el rey de Castilla estuvo casado un dia y una noche. Tambien sabemos que el difunto rey de Portugal bramaba como un leon contra su hijo, porque su designio era matrimoniar con Inés.

— Asi lo hizo justamente, continó Marcos. Celebróse el matrimonio en la iglesia del monasterio de Santa Clara de Coimbra hoy hace un mes. Pasados ocho dias, y mientras que el infante estaba de caza con don Fernando y don Alvaro, hermanos de su esposa, presentáronse á la abadesa del monasterio dos mensageros del rey con una orden firmada por el arzobispo de Ébora, en que se le mandaba

franquearles las verjas del coro, donde se hallaba doña Inés; arrastráronla á la puerta de la iglesia, y alli la mataron á puñaladas.

—¡Cuánta sangre! ¡cuántas violencias! esclamó Juan Cavedo levantando al cielo sus brazos mutilados. ¡Oh Dios mio! ¿cuándo desviarás tu cólera de estas comarcas infelices?

—Yo creo, respondió Marcos, que ya tocamos al término de nuestros males. Dicen que el rey Alfonso no habia dado formal consentimiento para aquel asesinato, cuya orden le hicieron firmar Pacheco y Cuello durante una crisis que tuvo en la última enfermedad; y al saber el anciano que se habia consumado el crímen recayó en un acceso mas fuerte que los anteriores, que se lo llevó al otro mundo. Hé ahí, pues, al infante don Pedro en el trono. Muchas cosas cuentan acerca de la desesperacion de este príncipe, que quiere hacer desenterrar á Inés y coronarla reina en su féretro. Lo cierto es que ha enviado un embajador al rey de Castilla

para asegurarse de sus pacíficas intenciones, y los dos soberanos han firmado en Valladolid un tratado por el cual pide el nuestro que se le entreguen todos los partidarios de la *humilde demanda* refugiados en Portugal, y el nuevo rey exige en cambio los asesinos de Inés, y en especial los dos ministros de su difunto padre, que han venido á buscar asilo en el territorio de Castilla inmediatamente despues de la muerte de su señor. En consecuencia de todo, el gobernador de Jerez de la Frontera acaba de recibir y comunicarme orden para buscar y prender á don Diego Pacheco y don Pero Cuello, que han tomado el camino de esta provincia, y á quienes se supone ocultos en nuestras cercanías.

— Eso no tiene visos de probabilidad, observó Juan Cavedo. Desde la ciudad de Ébora, donde el difunto rey de Portugal habia establecido la corte, hay poquísima distancia á las fronteras de Estremadura, y alli habrán ido sus ministros.

— Y por otra parte, añadió Sanchez ¿qué bienes puede traernos esa nueva, cuando se trata de persecuciones contra los proscriptos? ¿De dónde sacais que semejante orden pueda acelerar la conclusion de vuestro matrimonio con Paquita?

— De ello depende vuestra absolucion y mi matrimonio, Maese-Sanchez, por la sencilla razon de que han ofrecido una magnífica recompensa á quien descubra á los ministros portugueses, y Marcos Cavedo será quien tenga esa fortuna.

— ¡Vos!

— Yo, y estoy muy decidido á no entregarlos si no obtengo vuestro perdon.

— ¡Entregarlos! ¿estan acaso en vuestro poder?

— Lo estarán pronto, amigo Sanchez. Por mas que mi hermano diga que se han retirado á Estremadura, yo tengo motivo para creer que los dos principales no estan lejos de aqui, si no mienten los indicios que esta mañana he recibido.

— ¿Qué indicios? preguntó Juan Cavedo algo turbado.

— En primer lugar, el gran canciller escribe al gobernador que los dos señores portugueses se metieron en la provincia de Algarbe por Beja y Castro Verde, donde perdieron sus huellas. Suponíase que acababan de embarcarse en algun punto de la costa meridional; y yo sé que dos bageles genoveses que salieron el sábado de las inmediaciones de Tavira llegaron el mismo dia al puerto de San Lucar de Barrameda, y que ayer y el domingo estaban anclados delante de la torre de la Almadraba, mas allá de Rota.

Juan Cavedo se quedó pálido como un difunto. — ¿Y no hay mas que eso? dijo Sanchez riendo. ¡Pobres indicios teneis! Hace ocho dias que no dejo de recorrer la costa, y he visto centenares de navíos portugueses, procedentes, como los que decís, de las costas del Algarbe para la pesca del atun.

— No digo portugueses, sino genoveses, replicó Marcos. A buen seguro que Pacheco y Cuello conocidos y detestados en todo el reino que tanto tiempo tirani-

zaron, no hubieran cometido la imprudencia de pedir sus barcos á los navieros del pais. Y justamente los que me han dado el hilo de tan importante descubrimiento son unos portugueses que esta misma noche han llegado al Puerto de Santa María. Ellos vieron durante una semana que los dos navíos genoveses cruzaban delante de Tavira, ciudad que pertenece á Pacheco, y que venian directamente de Lisboa sin tener la menor relacion comercial en Tavira ni en ninguna de las villas comarcanas. ¿Qué traen, pues? ¿y qué hacen ahora aqui sin pescar atun ni comprarlo? Vengo directamente de continuar mi observacion; han abandonado la torre de la Almadraba, y estan á un cuarto de legua de aqui en el grao de Rota. Los aldeanos de estas cercanías han visto desembarcar dos hombres al amanecer...

— Vaya, hermano, vaya, dijo Juan Cavedo esforzándose en sonreirse, sé que tienes buen corazon, y aun cuando fuese cierto que esos navíos genoveses hubiesen

traido á nuestras costas dos proscriptos, lo que no acierto á creer...

—Pues yo sí lo creo, hermano, y no hay buen corazon que valga cuando se trata de veinte mil maravedís. Este será el dote de mi linda Paquita.

—Os equivocais, señor Marcos, esclamó esta, si creeis agradarme haciendo el pícaro oficio de alguacil por dinero. Solo con haberos mostrado tan avaricioso y sanguinario habeis perdido mucho en mi concepto.

—¿Sí, eh? replicó Marcos ciego de cólera, ya lo entiendo Paquita. Por esto me manifestais tanta frialdad hace algunos dias, y aprovechais este pretesto para maltratarme.

—¿Qué quereis decir? preguntó Sanchez, ¿y qué es lo que entendeis, señor Marcos? Mi hija es honrada...

—¡Vive Dios! señor Sanchez, que no está bueno lo que acaba de decirme, y que es una imprudencia el esponerse á perder un marido como yo, pues os declaro que estoy muy harto de esas ausen-

cias contínuas, y si siguen como hasta aqui...

— Seguirán, interrumpió Paquita irritada, ya que con ellas salgo de un marido como vos.

— Apruebo tu resolucion, hija mia, dijo Juan Cavedo.

— ¡Cómo! esclamó Marcos pertrificado, ¿tú te pones de su parte en lugar de corregirla?

— Hermano, respondió Juan Cavedo con severidad, la has ultrajado asperamente, y no puedo vituperar su respuesta. Lo mejor que puedes hacer es dar tiempo para que se tranquilice.

— ¿Con que me echas de tu casa, hermano?

— No, querido Marcos; pero no te perjudicará una ausencia de pocos dias.

— Bien lo decia yo, esclamó Marcos trémulo de furor; ya no puedo dudarlo; amorcito tenemos en campaña. Pero ¡vive Dios! que si descubro al lindo galan le daré á entender lo que cuesta el burlarse de un hombre como yo.

Dicho esto volvió las espaldas, montó en su mula y se dirigió gruñendo á la torre de Catalina. Juan Cavedo y Sanchez se encerraron inmediatamente sin hacer á Paquita la menor reconvencion, y esta no comprendia cómo pudieron sostener su abierta rebelion contra Marcos, cuando por lo comun reprimian agriamente la menor muestra de indiferencia al rancio presumido. Salió Sanchez por la tarde en trage de gitana, dejando dicho á su hija que dormiría en Rota, adonde iba á cuidar un enfermo, lo cual no admiró á la muchacha, pues eran muy frecuentes las ausencias del barbero.

Acostóse temprano Juan Cavedo, y Paquita pasó la noche cavilando y tratando de aclarar cuanto habia visto y oido en el discurso de aquel dia.

CAPITULO X.

A fuerza de discurrir llegó Paquita á persuadirse de que los navíos genoveses de que hablaba Marcos habian traido los procriptos de Portugal, y que su padre y Juan Cavedo estaban en el secreto. Recordaba su confusion, y la prontitud con que habian aprovechado la coyuntura de despedir al alcaide de la torre. La venida de Zafiro confirmaba sus sospechas, pues podia estar sirviendo á los estrangeros, y haber salido del grao de Rota en su barquilla para avisar al escudero la llegada de sus amos, recibiendo de Sanchez el trage de muger para disfrazarse.

No cerró los ojos en toda la noche, y apenas amaneció vistióse su disfraz y salió de la casa provista con una cesta de víveres y resuelta á no volver hasta la noche, temiendo que su padre ó Juan Cavedo tuviesen la humorada de detenerla á la hora de su cita con Zafiro.

Halló Paquita á sus amigos los pescadores reunidos en la ensenada que les servia de puerto, y ocupados en echar al agua sus barcas cargadas de redes para la pesca de atun. Ayudáronla á botar la linda navecilla que habia alquilado para toda la estacion, y antes de salir el sol ya navegaba la flotilla lejos de la costa. Andaba Paquita en todas direcciones, y al cabo se acercó á la colina del dia anterior, desde la cual se veía descollar tras un bosque de encinas la torre del convento de San Pablo; aplicó el oido al son de las campanas, que anunciaban la hora de los oficios, y cuando distinguió la señal que llamaba á los religiosos al coro para cantar nonas, dirigióse al punto señalado por Zafiro, dejando su barquilla sobre la arena á favor de la marea, que iba huyendo lentamente de la costa.

No tardó el page en aparecer á la entrada del bosque en trage de aldeana, é hizo señas á Paquita para que fuese hácia él. — No perdamos tiempo, díjole llevándosela consigo, ni nos quedemos aquí.

Hace una hora que me veo perseguido por un diablo de hombre en quien ha hecho viva impresion mi lindo talle. He huido de él con astucia; pero desde la aldea de Higueras, de donde he salido, tres veces ha vuelto á aparecer detras de mí.

— ¡Ay Dios mio! dijo Paquita temblando, acaso será algun muchacho de estas cercanías que puede conocerme.

— De ningun modo; una muchacha como yo deberia avergonzarse de la conquista de un barbero aldeano, y si he de juzgar por sus vestidos y el penacho de su toca, es algun hidalgo de Jerez que habrá salido de casa.

— Zafiro, tengo miedo; no nos internemos tanto en este bosque, que cada vez es mas sombrío.

— ¿Qué temes tú, lindo page? repuso Zafiro sin dejar de empujar á Paquita por la cintura.

— Mira lo que haces, dijo Paquita, pues si no eres prudente y comedido gritaré tan fuerte que habrá de oirme el enamorado hidalgo que te persigue.

— No lo creas, Paquita de mi vida, pues antes de entrar en el bosque he logrado desorientarle de modo que ahora me anda buscando hácia el Puerto de Santa María.

— ¿Por qué temblabas poco hace?

— Para traerte hasta aqui, lindo page; pero nada temas: soy una gitana honrada, y te ofrezco la mayor discrecion si quieres sentarte á mi lado en este espeso musgo, pues tengo muchas cosas que decirte sin hablarte de mi amor.

— En hora buena, dijo Paquita colocándose al pie de una enorme encina al lado de Zafiro. Ten entendido que no quiero oir requiebros, sino saber...

— No te alborotes; traigo buenas intenciones, y solo he querido huir de los curiosos, pues mi presencia en esta costa es un misterio que no puedo descubrirte. Dentro de dos dias lo sabrás todo, y entonces...

— Harto lo sé, Zafiro, y tiemblo por tí y por tus amos. Los bageles genoveses...

— ¡Dios Eterno! esclamó el page pe-

trificado: ¿te ha dicho Sanchez...

— Nada absolutamente...

— ¿Habrá sido Juan Cavedo?...

— Tampoco; su hermano Marcos...

— ¡Demonio! dijo el page pálido de terror, ¡Marcos lo sabe!...

— Sí, Zafiro; unos portugueses le han dicho que las naves genovesas han venido desde Tavira á San Lucar; que han anclado en la torre de Almadraba, luego en el grao de Rota, donde los caballeros han desembarcado...

— ¡Todo se ha perdido! esclamó el page echándose de cara contra el suelo, como herido de un rayo, al oir estas palabras. ¡Mi amo es muerto! ¿qué haremos? ¿adónde iré? ¡y tu padre que ha ido á buscar el niño á San Lucar!... tambien le matarán...

— ¡Qué! ¿á mi padre? ¡cómo!...

— ¡Ah! Paquita, dímelo todo antes de resolver...

— ¿Está mi padre metido en todo eso? preguntó Paquita. Ya me lo figuraba yo: ¿de qué niño hablas?

-- Despáchate, Paquita, los instantes son preciosos; ¿ habló Marcos del niño de la reina?...

-- No por cierto: solo trató de los señores Pacheco y Cuello...

-- ¿ Y quién son?

-- Los ministros portugueses.

-- ¿Qué ministros? acaba, esplícame...

-- Los dos caballeros de las naves genovesas; los asesinos de Inés de Castro; tus amos...

-- ¡ Ah ! me vuelves la vida, dijo Zafiro respirando con mas libertad.

-- Y yo estoy muerta de susto, continuó Paquita haciendo un esfuerzo por levantarse á pesar del page que la sujetaba. Vóime á casa á participar á mi padre el peligro que corre. ¿ Qué niño es ese? ¿ se trata de la reina Blanca? voy á implorar á Marcos...

-- Quédate, Paquita, dijo el page en voz baja, cogiéndola del brazo fuertemente. Quédate si no quieres entregar á los suplicios mas horribles no solo á mi amo, que no es portugues como tú crees, sino

tambien á la reina Blanca de Borbon, á Juan Cavedo, á tu padre y á tí misma.

—Me estremezco, Zafiro; ¿y quién es tu amo?

—El mismo que tuve en Toledo, el señor don Martin. Tranquilízate, continuó el page sentando nuevamente á Paquita, que le escuchaba con ansiosa curiosidad: tanto te he dicho ya, que no hay motivo para ocultarte lo demas. Discurre ahora lo que importa guardar secreto.

Despues de la toma de Toledo por las armas reales llevaron á mi amo medio muerto al pueblo de Olías, donde estaban reunidas sus tropas. Escoltado con tan imponente fuerza, pudo retirarse en compañía del señor Benavides á Alburquerque, ciudadela inespugnable situada en la frontera de Estremadura y Portugal. Largo tiempo tardó en curarse de la herida que habia recibido de don Diego, y agriaba sus dolores el pesar de saber cada dia algun nuevo atentado de la venganza y barbarie del rey. Corría la sangre á mares en Castilla, y por esto huían los gran-

des señores á los reinos vecinos, resueltos á desnaturalizarse y entrar con sus villas y vasallos en el dominio de los reyes de Aragon, de Navarra ó de Portugal.

Este abandono era mas funesto á Castilla que la confederacion de la *humilde demanda.* Conocíolo el rey, hízole el temor mas prudente, y dulcificó su conducta. Mi amo vivia en Ébora, donde tambien se hallaban entonces el gran maestre de Santiago, los dos hermanos Castro, y una multitud de potentados de Leon, Galicia y Estremadura. En esta reunion podian separarse de Castilla aquellas tres provincias considerables, engrandeciendo el reino de Portugal, cuyo monarca se mostraba decidido á sostener esta empresa con todas sus fuerzas, mientras que la Francia de concierto con Aragon, donde se hallaba el conde de Trastamara, concurririan al buen éxito atacando por otro lado á Castilla.

En tan estremo peligro resolvió el rey don Pedro tratar con los señores refugiados en Ébora. Presentaron estos sus

condiciones, siendo la primera que la reina Blanca de Borbon recobrase su libertad y volviese á la corte del rey Juan. Respondió don Pedro que no se negaba á ello; mas como la libertad de la princesa debia ser objeto de una negociacion entablada con la corte de Francia, no se desprenderia de su prisionera hasta la conclusion del tratado, y dió orden de trasladarla á Jerez de la Frontera.

Estaba entonces en Galicia el gran maestre de Santiago para ciertos negocios de su orden, y poco despues volvió á Ébora y mostró á mi amo una carta de su antiguo escudero Juan Cavedo en que le manifestaba su situacion y ofrecia su servicio.

— Bien me acuerdo de esa carta, interrumpió Paquita: yo misma la escribí.

— Y yo traje la respuesta á la Gallina, replicó Zafiro; seguro mi dueño de mi fidelidad, me encargó una comision delicada, pues ni él ni el gran maestre querian escribir los secretos que intentaban comunicar á Juan Cavedo, y no ti-

tubearon en confiármelos. Participaron á don Fadrique los amigos que tenia en la corte, que al ofrecer el rey la libertad de la reina Blanca, solo habia sido su intencion el ganar tiempo. La guerra que empezó despues entre Francia é Inglaterra anunciábase con repetidas y vivísimas hostilidades entre el Poiton y la Guyena, y aguardaba don Pedro que cuando estuviese bien empeñada, tendrian el rey Juan y el de Aragon, su aliado, hartos afanes á que atender, y se olvidarian de atacarle, lo cual le daria lugar á sacar mejor partido de los descontentos refugiados en Portugal. Nadie dudaba ya que se negaria á dejar libre á la reina, y aun era de temer que exento de todo recelo, atentase, pasado algun tiempo, á la vida de aquella infeliz princesa, objeto de su aborrecimiento. En fuerza de estas consideraciones enviáronme á este pais el gran maestre y el señor don Martin, para que hablase secretamente á Juan Cavedo, y supiese de él si con la mediacion de los amigos que tenia en Jerez

de la Frontera podria proporcionar algun medio de introducirse en la prision de doña Blanca para concertar con ella los medios de libertarla.

Dióme mi dueño una carta del prior de los Dominicos de Ébora dirigida al guardian de los Franciscanos de San Lucar de Barrameda, que era su pariente y uno de los fautores mas acérrimos de la *humilde demanda.* Esta carta no contenia en la apariencia cosa alguna que pudiese comprometer el secreto de que yo era depositario; pero por medio de un lenguaje convenido de antemano entre los dos religiosos, inspiraba al guardian ilimitada confianza en favor de mi persona. Embarquéme, pues, en Tavira, y al dia siguiente llegué á San Lucar, donde no tardé en presentarme al religioso, el cual me recibió perfectamente, obligándose á dirigirme en cuantas tentativas fuese necesario hacer.

Por su consejo me presenté en casa de Juan Cavedo como demandadero del convento. Tomé yo algunas noticias pre-

liminares en la aldea de la Gallina, donde me ponderaron en estremo la rara habilidad de la tia Zael, y la piedad del page Zafiro su sobrino. Juzga de mi sorpresa, querida Paquita, cuando oí hablar de mí mismo y de mi difunta tia, la vecina de tu padre en Toledo. Entré con resolucion; pero retrocedí horrorizado á vista de la gitana; era la misma Zael, con sus arrugas, sus ojos ribeteados, su toca chata y su justillo verde; apoyaba su miserable y encorvada humanidad en el propio báculo con que tantas veces me habia sacudido, y de su desdentada boca salió la mismísima voz ronquilla que producia estraño lenguaje, con su mezcla de arábigo y sus puntas de egipcio. Creí que era una aparicion.

Leía Juan Cavedo en la Biblia, recostado en un tremendo sillon, y tú estabas ausente con tus amigos los pescadores. Repuesto de la primera sorpresa, no dudé ya que aquel mamarracho ocultaba la verdadera muger de algun proscripto de Toledo, y queriendo

aprovechar esta ventaja que la casualidad me concedia sobre el escudero para determinarle á contribuir ciegamente al proyecto de mi amo, acerquéme á la falsa gitana, y la dije: seas quien fueres, finges inútilmente; el verdadero Zafiro soy yo, y mi tia ha muerto.

Sin dejarme acabar sacó la vieja una daga que tenia debajo del guardapies, y se lanzó á mí espumando de cólera. Con igual presteza hice yo brillar á sus ojos otra mas larga que llevaba desnuda dentro de la manga. Blandía mi vigoroso brazo el arma terrible con tal destreza, que llenó de terror á mi adversario, y le hizo retroceder, pidiéndome perdon en voz natural. Entonces reconocí á Sanchez. ¡Ah! rapista, rapista, le dige riéndome, ¿eres tú? mira que soy dueño de tu vida y de la de tu hnésped. No intenteis una defensa vana, pues mi muerte no os librará del dogal: el padre guardian de San Lucar sabe que estoy aqui y á qué he venido.

— Señor Zafiro, respondióme Juan

Cavedo en suplicante tono, por el nombre de vuestro amo, que es amigo del mio...

Tranquilicele inmediatamente participándole el objeto de mi visita; pero añadí que era absolutamente indispensable que Sanchez, cuya suerte estaba en mi mano, contribuyese con su persona al buen éxito de mi proyecto, introduciéndose en el castillo de Jerez á favor de su admirable disfraz, pues por las cartas de Juan Cavedo sabia yo que no podia entrar hombre alguno.

—¡Vive Dios! me respondió Sanchez; ¿y basta eso para contentarte, amigo Zafiro? La cosa es hecha, porque de algunas semanas á esta parte entro y salgo en el castillo con toda libertad, aunque con el mayor sigilo, pues el gobernador don Íñigo Ortiz, que me mandó llamar para curarle de sus dolores reumáticos, teme hacerse ridículo si se divulga que le asiste una bruja, curandera de todos los animales de la comarca. Aun hay mas: si tienes valor te introduciré en la fortaleza, y podrás hablar con la reina

Blanca, ó al menos con doña Margarita de Lara.

— ¿Hablas de veras, compadre Sanchez? le pregunté sorprendido; ¿y de qué manera lo harás, cuando no pueden entrar hombres?

— Te repito formalmente mi proposicion, repuso Sanchez. Como don Íñigo trata de ocultar en Rota las visitas que le hago, convinimos en que yo saldria solo de la aldea, y dejaria mi mula en Higueras, á dos leguas de aqui y á una de Jerez. Andando á pie el resto del camino, cojo las yerbas necesarias para sus baños, y cargo con ellas á la primera muchachuela que encuentro. Si quieres tú representar este papel, te daré un vestido de Paquita, irás á aguardarme en el camino, y entrarás sin dificultad en la ciudadela esta misma tarde.

— Acepté al momento su oferta, y todo salió á medida de mi deseo. Cargado de un enorme haz de salvia, yerba-buena y una multitud de plantas, entré en el castillo de Jerez. Mientras que la bruja ade-

rezaba en la cocina el específico, dejáronme andar libremente de aqui para alli. Afectaba yo el encojimiento y asombro de una aldeana inocente; era mi voz flautada, mis palabras dulces como la miel, y saludaba con respeto los encanecidos bigotes de los alabarderos de la guardia, que con sus toscas manos acariciaban mis mejillas: de este modo me permitieron llegar hasta el punto mas apartado de la única puerta de la fortaleza, donde la reina Blanca y doña Margarita tienen libertad de pasearse á cualquier hora. Estaban entonces en la plataforma del castillejo rezando devotamente, única ocupacion de Blanca desde la mañana hasta la noche: aplicábase en aquel momento á sus oraciones con tanto fervor, que ya me habia reconocido doña Margarita, y hablaba conmigo en voz muy baja, sin que la reina oyese cosa alguna. Antes de anunciarle mi llegada, recomendóle con ahinco que conservase la misma postura en que se hallaba, para que si se presentaba algun testigo importuno no pudiese con-

cebir la menor sospecha. Comencé diciendo á Margarita el proyecto que traia para sacarla de alli. — ¡Ah! no quiero abandonar aqui á la reina, interrumpió con la mayor viveza. El amor de Martin constituye mi felicidad, y la esperanza de ser suya mi único consuelo; sin embargo, mas quiero morir mil veces, que salvarme dejando sola á Blanca de Borbon.

— Se trata de que salgais ambas, le repuse y le conté cuanto la importaba saber, preguntándole despues qué medios habia discurrido para conseguir el objeto que nos proponíamos. La pobre muchacha jamas habia pensado en semejante cosa. — Mira, me dijo, examina todo el castillo con cuidado, comunica tus observaciones á don Martin, y procura venir otra vez para avisarnos lo que haya resuelto; nosotras nada mas podemos hacer que emplear nuestros esfuerzos para la ejecucion.

Concertamos tambien algunas señales desde un punto del campo que teniamos á la vista. Iba yo á retirarme, y conocí

que la reina queria decirme algo y no se atrevia; vió Margarita su turbacion, y me pidió nuevas del gran maestre de Santiago. Mi larga y circunstanciada respuesta despejó el bello rostro de Blanca de Borbon, y cuando concluí clavó en el cielo sus rasgados ojos azules, con la espresion del mas esquisito placer. Separéme entonces de las prisioneras, dejándolas llenas de esperanza, y comencé á examinar con la mayor atencion los interiores del castillo. El dia siguiente, despues de haber reconocido minuciosamente sus muros esteriores, volví á embarcarme para ganar la costa de Portugal, y á los pocos dias dí cuenta de mi viaje al señor don Martin y al gran maestre de Sentiago, que me aguardaban en Ebora. Desde entonces he vuelto dos veces al castillo de Jerez, donde la tia Zael me ha introducido del mismo modo; y hemos podido concertar con la reina y Margarita un plan de evasion que con la ayuda de Dios va á ejecutarse dentro de dos dias, y es el siguiente.

— Aguarda, Zafiro, interrumpió Paquita perdiendo el color, por aqui ha sonado ruido...

— ¿Dónde? preguntó el page levantándose repentinamente y sacando una daga que traía oculta.

Señalábale Paquita con el dedo una roca que habia á poca distancia, y Zafiro se lanzó hácia ella como un sacre; reconocióla por detras, alrededor, y miró los matorrales que la cercaban; pero en vano. — No, dijo volviendo á sentarse junto á Paquita que aun temblaba, nada he visto, nada absolutamente; será el eco que repite el embate de las olas contra la colina de las higueras: la marea empieza á subir, pero aun tenemos tiempo.

— No se que te diga, repuso Paquita; pero en tu brevísima ausencia he percibido entre las hojas de ese arbusto...

— No, no, repuso el page con la mayor frescura. Te digo que lo he mirado todo con mucho esmero y acaso seria algun corzo que habrá huido al ver mi movimiento. Escuchame con atencion. Es-

te plan de fuga se ha discutido largamente entre tu padre, Juan Cavedo y yo. Adoptáronlo mi amo y el señor Benavides, su amigo, que no le ha abandonado hace tres años; y tambien se hallaba presente don Fadrique cuando quedó concertado en Ebora. En consecuencia fui á fletar dos naves genovesas que se hallaban entonces en Lisboa; y vine con ellas á cruzar delante de Tavira, junto á la embocadura del Guadiana, á veinte leguas de este punto. Era pretesto la provision de atun para el monasterio de Ebora, pues el abad envia cada año á comprar una enorme cantidad de este pescado á San Lucar de Barrameda. Permaneci una semana entera delante de Tavira sin oir hablar de mi amo; pero al cabo le vi llegar á bordo con el señor Benavides y el niño...

— ¿Pero qué niño es ese de que me has hablado ya? preguntó Paquita.

— ¡Ay! hija mia, respondió el page suspirando, mucho trabajo me cuesta decirte una cosa que hace poco honor á la

reina Blanca de Borbon. Pero no es este ningun secreto que me hayan confiado, sino que lo ha descubierto la sutileza de mi ingenio, y soy dueño de disponer de el.

— Dímelo por Dios Zafirito mio.

— ¿Tanta gana tienes de saberlo?

— Estoy muerta de curiosidad.

— Pues el tal niño, llamado Enrique, es el mismo que en Toledo tenian por hijo de Perez Cuellar y Paloma muger de Matías; pero la verdad es que debe su existencia al gran maestre de Santiago y á la reina Blanca...

— ¡Vírgen Santísima! esclamó la hija del barbero santiguándose fervorosamente.

— No lo dudes, repuso Zafiro, pues me consta positivamente. Traiamos el niño en nuestra compañía, y yo lo llevé al convento de San Francisco de San Lucar, porque creiamos que las naves genovesas permanecerian en aquel puerto, en el cual, conforme á nuestro plan, habian de embarcarse la reina y doña Margarita. Pero acudieron tantas barcas el pri-

mer dia para la pesca del atun, que temimos que las prisioneras fuesen descubiertas por algunas personas de la corte. Dejando, pues, al niño en poder del padre guardian, mandó mi amo que viniesen los navíos á la torre de Almadraba, dos leguas mas acá; pero en este punto era la concurrencia tan numerosa como en San Lucar. Entonces concebimos el proyecto de venir al grao de Rota que está mas cerca de Jerez de la Frontera. Alli desembarcaron ayer mañana mi amo y el señor Benavides, y actualmente se hallan seguros en un parage que nunca lograrán descubrir los que andan persiguiendo á los ministros portugueses. El guardian de San Lucar traerá el niño á la Gallina, al pricipio de la noche que hemos elegido para la ejecucion del proyecto y cuando hayan huido del castillo las prisioneras....

—— Pero ¿cómo han de huir? preguntó Paquita llena de zozobra.

—— El proyecto ha salido de aqui, respondió Zafiro dándose una palmada en la frente. Has de saber que el gobernador

de Jerez estaba cada dia peor de sus dolores. Era de temer que reconociendo el pobre podrigorio la inutilidad del arte de la tia Zael, se desengañase y no confiase mas en la ciencia de la falsa gitana.

Entonces concebi la idea mas famosa. Por mi consejo persuadió Sanchez al mentecato gobernador, que su enfermedad era de aquellas que ceden siempre infaliblemente á la virtud de ciertas yerbas, cogidas á la hora de la segunda víspera durante la luna nueva de abril, y aplicadas inmediatamente por siete noches consecutivas en la parte doliente, con la preparacion necesaria, y diciendo unas palabras misteriosas. Nuestro majadero, mas supersticioso que una doncella de sesenta años, tragó el cebo con la mayor sencillez. Convinimos en consecuencia, antes de mi último viage á Ebora, que la tia Zael iria al castillo en la época y á la hora convenida para comenzar el peregrino esperimento. En esto se funda nuestro plan. Tomamos las medidas convenientes para llegar aqui la víspera del dia de la luna nueva, que

era el sábado pasado. A la noche siguiente fuimos al castillo la tia Zael y yo. El gobernador dió orden al llavero de la puerta para que nos la abriese, y bajase el puente un poco antes de media noche, á fin de que pudiesemos coger á la hora prescripta las yerbas necesarias para su curacion. Todo ha sucedido mejor de lo que podiamos esperar, pues nadie ha manifestado la menor desconfianza. Hemos salido y entrado con linternas de vivísima luz, que vueltas hácia el rostro de los carceleros obscurecian estraordinariamente los nuestros, que ademas iban medio cubiertos con las mantillas; murmurabamos al mismo tiempo varias palabras de conjuro que no se atrevian á interrumpir. Esta prueba en que estriba nuestra esperanza, ha salido á las mil maravillas, y ayer la repetimos con la misma felicidad. Tambien ha permitido Dios que se calmáran sensiblemente los dolores de nuestro enfermo. Continuarémos esta noche y mañana, quedando señalada la del dia siguiente para la ejecucion de nuestro gran

proyecto. Avisada la reina de lo que estamos preparando, se queja dias hace de una calentura que la obliga á guardar cama, y el gobernador ha mandado á la tia Zael que vaya á visitarla, pues ya sabes que no puede entrar en el castillo médico alguno. Pasado mañana fingirá estar peor y casi moribunda: á la media noche, cuando nos estemos disponiendo á salir con nuestras linternas, nos llamará doña Margarita asustada por una crisis de la fingida enfermedad, é introducidos entonces en su cámara, les daremos nuestros jubones, mantillas y linternas, con cuyo ausilio saldrán del castillo sin el menor estorbo. Entretanto por unas largas cuerdas que están ya dispuestas en el castillo, nos descolgaremos nosotros al foso desde una ventana, de la cual han limado ellas un barrote para franquearnos la salida. Nos reuniremos á doscientos pasos de la puerta, donde mi amo y el señor Benavides nos aguardarán con buenos caballos, y en menos de dos horas estamos en la Gallina: encontramos alli el niño que el

padre guardian traerá al cerrar la noche á casa de Juan Cavedo: nos espera una chalupa de los bageles genoveses, entramos en ella todos, sin olvidar á mi querida Paquita; ¡y zarpa la galera!

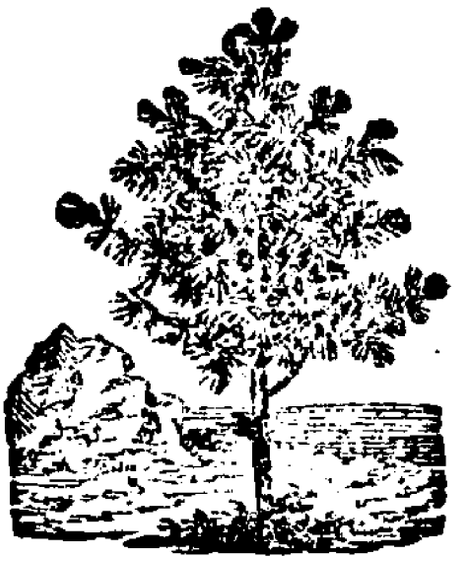
—¡Cómo! ¿tambien yo? dijo Paquita asombrada.

—Si por cierto, tú, tu padre y Juan Cavedo: llevaremos á la reina á Francia, donde irá á reunirse con ella el gran maestre de Santiago.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó Paquita cruzando las manos, ¡oh gloriosa madre del Redentor! ¡oh santos benditos del cielo! haced que ese pícaro Marcos, á quien detesto, no estorbe la ejecucion de tan hermoso proyecto!

—No te de cuidado de ese bárbaro fantasmon, respondió el page. Antes que llegue la noche le enviaremos mensages de muchos puntos á un tiempo, participándole que los ministros portugueses que busca han desembarcado al otro lado de la bahia de Cádiz, escondiéndose en Chiclana, y te aseguro que no dejará de cor-

rer allá. Tranquilizate pues, Paquita de mis ojos; voy á botar al agua tu barquichuelo; vúelvete á la Gallina y de nada te des por entendida con tu padre y Juan Cavedo. Cuenta con que pasado mañana antes que espire la noche, embarcados en los bageles genoveses bogaremos hácia Francia, en donde concediéndome tu blanca mano podras ser dichosa con el mas lindo, mas amable y mas enamorado de todos los maridos.



CAPITULO XI.

No era objeto Blanca de Borbon de activa y recelosa vigilancia. La dulce resignacion de la prisionera en el espacio de tres años, y su vida enteramente dedicada al piadoso recogimiento de la oracion, inspiraba á sus guardianes tan firme confianza, que ninguno pudo imaginar que meditase una sola vez el mas leve proyecto de evasion. El prior de los dominicos, uno de los conjurados, vino por el dia á oirla en confesion, y dijo que le parecia en peligro de muerte, y que á la mañana siguiente le administraria los sacramentos.

Todas las circunstancias concurrian, pues, á favorecer el plan descubierto por Zafiro á Paquita, dos dias antes, en el bosque inmediato á la colina de las higueras. Cierto mensage de Marcos acabó de tranquilizar completamente á los habitantes de la Gallina, con respecto á la zozobra en que los tenia. Participaba en su

carta á Juan Cavedo que iba ausentarse por algunos dias, porque los negocios de su ministerio le llamaban á Chiclana. No dudaron ya que la astucia de Zafiro habia producido el buen efecto que de ella se aguardaba, y que engañado por sus avisos, corria Marcos á perseguir á los proscriptos de Portugal.

Protegia tambien visiblemente la empresa de los amigos de Blanca, el estado de las cosas de Castilla. Dos meses hacia que el rey habia abandonado á María, viviendo en Córdoba con Aldonza Coronel. El gran maestre de Santiago, de concierto con los aliados refugiados en Ebora, habia venido á Llerena ciudadela de su maestrazgo en Estremadura, distando veinte leguas de Córdoba, y casi otras tantas de Sevilla. Desde alli continuaba con actividad las negociaciones entabladas por el comendador Hinestrosa, y cuyo objeto era la reconciliacion de los descontentos con el rey, que la deseaba ardientemente. Contando don Fadrique con el feliz éxito de la estratagema urdida por el

page Zafiro, abandonaba al parecer los intereses de la reina Blanca; y encantado el rey de esta frialdad, mostrábase tan apacible con su hermano, y tan dispuesto á adoptar los demas artículos del tratado, que la conclusion de este no sufria por su parte retardo alguno. Insistia, sin embargo, en que el gran maestre viniese á Córdoba á ratificarlo y firmarlo de su propio puño. Pero don Fadrique, tanto para escusarse como para ganar tiempo, mientras llegaban las noticias de Jerez de la Frontera, alegaba la enemistad de Aldonza Coronel, dueña entonces del corazon de don Pedro; porque esta muger de carácter violento y arrebatado, y cuyo amor despreció en otro tiempo el gran maestre de Santiago, no perdia ocasion de manifestarle su implacable aborrecimiento.

Enteramente ocupado el rey en este negocio, solo aguardaba su próxima terminacion para volver á Toledo, donde los diputados de las córtes, por él convocadas, empezaban á reunirse. Por consi-

guiente no llamaba su atencion el lejano punto donde don Martin desconocido de todos, y escudado con el misterio mas sutil, procedia sin ruido, con cautela y prevision á la libertad de la reina y Margarita. El impenetrable retiro, donde con su amigo Benavides burlaba todas las pesquisas de las autoridades de la comarca, era un grupo de cabañas, una especie de campamento situado á mil pasos de la aldea de Higueras, en medio de un campo estéril y rodeado de peñascos.

Alli vivia separada del resto del mundo una horda de gitanos, cuyo oficio, detestado por los castellanos, era la cria de mulas y su educacion. Tenian tambien jumentos de estraordinaria talla originarios de Egipto y de la Siria, á los cuales traian de muchas leguas á la redonda las yeguas andaluzas, destinadas á procrear las lindas mulas que usaban entonces generalmente las señoras de alto rango. Fuera de los casos particulares en que los habitantes vecinos necesitaban recurrir á la ignoble industria de los gitanos de Hi-

gueras, nadie se acercaba á su rancho; pues era tan fuerte la aversion mezclada de temor supersticioso que inspiraban, que jamas se hubiera sospechado encontrar entre ellos á un cristiano.

Estas causas decidieron al guardian de los franciscos de San Lucar á señalar al page aquel retiro para que en el se ocultasen con seguridad su amo y Benavides. La horda de los gitanos pagaba un tributo á aquel convento que poseia el señorío de Higueras, distante una legua de Jerez de la Frontera. Vivian aquellos foragidos impunemente bajo la poderosa proteccion de sus señores, y Zafiro, provisto de una carta para Faraon, su gefe, entró sin dificultad en relacion con los gitanos cuya lengua sabia hablar, porque descendia de su raza por parte de su madre y de su tia Zael.

Cuatro dias hacia ya que don Martin y Benavides habitaban en medio de este campo una casita limpia y abundantemente provista de todo lo necesario. Habian elegido y pagado generosamente á Fa-

raon los mejores caballos de la yeguada de los gitanos, en suficiente número para trasportar rápidamente con ellos á la Gallina á la reina, á Margarita, al page y Sanchez. Nada se oponia al parecer al buen éxito de un plan tan bien combinado. Acercábase en fin el momento de intentar el último esfuerzo. Ya habia desaparecido el sol por detras de un espeso grupo de nubes que se elevaban hácia el oeste y amenazaban estenderse en todo el cielo; la luna nueva iba inclinándose al ocaso; y los dos amigos contemplaban silenciosos el imponente espectáculo. Todo les prometia una noche muy obscura, cuyos progresos observaban con el mayor interes.

—Benavides, dijo don Martin suspirando profundamente, tocamos ya al término de nuestra empresa; su éxito está asegurado, gracias al cielo. Voy por fin á restituir la libertad á la inocente Blanca; voy á ver á la dulce Margarita, y unido á ella prontamente con el santo nudo de himeneo, ¡podré descansar en su

seno mi cabeza abrumada con el peso de tantos infortunios, y fatigada hasta aqui de tantos pensamientos dolorosos! Preséntase á mi vista el porvenir enteramente risueño, y colmado de dichas y placeres... Y sin embargo está tan triste mi corazon, como si la muerte estuviera ante mis ojos terrible y amenazadora.

—Hijo mio, respondió el anciano con dolorido acento, leo en vuestro corazon y lo conozco tanto como vos mismo. ¿Por qué no me hablais francamente de la verdadera causa del pesar que lo consume? La imágen de María de Padilla está grabada en él profundamente.

—¿Y qué pudieran contra este pesar los consejos de vuestra sábia esperiencia y de vuestra amistad paternal? el tiempo no lo debilita y no serán mas poderosos los esfuerzos de la razon. Aqui hay un encanto indestructible.

—¡Qué locura! ¡qué infantil cavilacion! María fue tu primer amor. El golpe que cortó vuestros lazos fue para entrambos una desgracia esenta de remor-

dimiento: espiró en vuestros labios el rencor á las primeras palabras de una esplicacion franca y sencilla. Alli, donde cada uno de vosotros creia hallar un delincuente, solo ha visto una víctima, y la dulce compasion ha sucedido al desprecio, á la injusta cólera, á las injurias del odio. Desde entonces, lejos de repeler unos recuerdos seductores, te has complacido en nutrirlos imprudentemente, y la continua presencia del hijo de tu amante, les prestaba siempre nuevo encanto. De todo esto ha procedido esa triste y meditabunda languidez, manantial y pábulo de las pasiones profundas en las almas tiernas, y á la cual abandonaste la tuya en tal estremo, que ya tiraniza tu pensamiento, como si fuera una demencia. Hé ahí todo el hechizo que con poco esfuerzo puede destruirse.

— ¿Y dónde encontraré ese esfuerzo contra tan gratas memorias, cuando vos mismo convenís en que María era inocente?

— Para contigo lo fue: no lo niego,

don Martin. Engañada por un artificio infame, te creía infiel á tus juramentos; padre desnaturalizado, caballero desleal; tu familia la habia ultrajado cruelmente, y apetecia la venganza. Noble fue la de María; cautivó á un rey, le obligó á darle la mano, y le encargó el castigo de los que la humillaron. Su grandeza de alma fue todavia mayor cuando se vió segura en la elevada posicion que su espíritu varonil acababa de conquistar: como verdadera reina hizo de la victoria un uso generoso; no manchó el brillo de su triunfo el menor acto de violencia: encaminó al rey por el buen sendero, y hasta entonces no solo fue inocente para contigo, sino tambien digna del público cariño y de la admiracion general.

—¿Y acaso ha dejado de serlo? preguntó con orgullo don Martin.

—¡Ah! respondió Benavides en tono firme, ya no merece mas que el desprecio de un hombre honrado.

—¡Cómo! ¿qué decís, Benavides? ¡María despreciable!

—Lo repito, amigo mio; ella ha olvidado que era reina para la felicidad de todos, esposa y madre para la de un marido á quien por medio de un ascendiente poderoso, le era fácil contener en la senda del honor. No, no puedo estimar á María cuando huella todas las grandezas, para no ser mas que la desconsolada amante del seductor de su juventud; cuando se abandona á viles recuerdos, cuando niega á su marido el lecho conyugal, cuando lo echa en los brazos de la infame Aldonza Coronel, verdadero genio de la desgracia...

—¡Cómo! repuso don Martin pintándose en sus ojos la alegría mas escesiva, ¿no ha sido indiferencia el último desvío del rey? creéis que el amor de María...

—Lo sé. Yo mismo, ignorando vuestra recíproca pasion, hice la desgracia del reino, permitiendo que os vierais. La débil María no pudo sostener este embate. Exaltóse su imaginacion, y el rey, á quien con tanta imprudencia repelía, concluyó

con doña Juana aquel sacrílego matrimonio que alejó de su trono la familia de los Castros y acabó de sublebar el reino. Desde entonces perdió María el imperio bienhechor con que avasallaba á su marido y que pasó á perversas manos.

El mismo enagenamiento de esta esposa culpable, ha producido ahora igual efecto. Apenas vió que la negociacion entablada con el gran maestre habia de producir tu regreso á la corte, se esforzó en paralizarla. El rey, que deseaba con ardor la engañosa paz para la ejecucion de una perfidia abominable, se irritó contra la resistencia de María. En lugar de hacer frente á la borrasca, en lugar de proteger al gran maestre contra la traicion que se preparaba, lo abandonó todo, y descarriada otra vez por su insensata pasion, se ha separado del rey, y se ha encerrado en su vivienda negándose obstinadamente á franquearle la puerta. El indomable don Pedro ha recurrido al único medio que en Toledo le salió bien; la ha despreciado, y sacando á Aldonza Co-

ronel de un convento donde estaba retirada, la ha llevado en triunfo á Córdoba.

--¡Y quereis que vitupere á María! esclamó don Martin con entusiasmo: ¡que deje de amar á María, cuya pasion no menos constante que la de mi pecho, resiste por tanto tiempo á pruebas tan crueles! ¡como no puedo no adorarla! ¡y vos la despreciais, Benavides!

--Sí, la desprecio don Martin, y con justicia; pues esa criminal debilidad que tu admiras, ha degradado hasta tal punto su carácter, que no podrias hoy hallar en ella el menor rastro de aquella nobleza y elevacion de alma que en otro tiempo cautivó mi estimacion. El guardian de San Lucar, que me ha dado estas noticias por muy ciertas, ignora los motivos secretos de la conducta de María, que solos tu y yo conocemos; pero segun lo que me ha referido, no hay duda en que afligida ahora del abandono del rey, y temblando que recaigan en sus hijos las consecuencias de la imprudencia que cometió, trabaja con celoso

ardor en reconquistar á don Pedro, y en perder á su rival. Ella habia roto estrepitosamente con Samuel Leví, á causa del sanguinario furor de este perverso contra la reina Blanca y el gran maestre; pero hoy es su mejor amigo, y se asocia á sus intrigas para reconciliarse con el rey. El guardian me ha dicho tambien que en San Lucar corria la voz de que èl judío acababa de llegar á Sevilla, y vivia con María en la mayor intimidad. ¿No es evidente que para conquistar la alianza de ese réprobo vil, ha debido profesar los mismos sentimientos, y los mismos proyectos de venganza contra Blanca de Borbon?...

—No, Benavides, interrumpió don Martin con calor, no, María de Padilla no ha descendido á tal grado de envilecimiento. Yo la conozco desde su infancia, y sé que su corazon nunca dejará de ser digno del mio. Si el cielo no hubiese querido coronar nuestra empresa con el éxito mas feliz, mi última esperanza para salvar á la inocente Blanca, hu-

biera estrivado en la bondad generosa y en la grandeza de alma de María de Padilla...

Hizo Benavides un rápido movimiento para imponer silencio á don Martin, y oyeron que alguno se acercaba á la casita. Aplicaron el oido con la mayor inquietud, pues no podia ser ni Sanchez ni Zafiro que estaban encerrados en el castillo de Jerez hasta media noche, y aun habian de pasar tres horas antes de ir al punto convenido para aguardar á la reina y Margarita.

Llegaba á su rancho de vuelta de una larga espedicion el gefe de los jitanos, que ignoraba los nombres, proyectos y condicion de sus huéspedes; y solo sabia por la carta que recibió del guardian de San Francisco que aquellos dos señores eran amigos suyos y querian pasar algunos dias escondidos en su retiro. Faraon no se manifestaba deseoso de penetrar su secreto, bastándole la generosidad conque favorecian á los suyos. — Señores, dijo al entrar, grandes noticias traigo; el rey ha llegado á Sevilla.

—¡A Sevilla! esclamó don Martin estremeciéndose. ¿Estais seguro?

—Os refiero lo que he visto. No he salido de la ciudad hasta tres horas despues de su llegada, y no he tardado seis en ponerme aqui. Hallábame en el alcázar cuando el rey se apeó, pues tengo varios amigos en palacio, y sin vanagloria, yo he vendido los caballos mas nobles de la real caballeriza. Soy muy conocido de todos los palaciegos, y puedo decir que las camaristas de doña María de Padilla son unas muchachas de discrecion y buen gusto.

—Ya que teneis en la corte tantas amistades, dijo Benavides, es fuerza que sepais, amigo Faraon, el motivo de este precipitado viage del rey á Sevilla.

—¡Oh venerable señor mio! respondió Faraon riéndose, si tuvieseis cuarenta años menos no me hicierais esa pregunta; ¿á que adivina el motivo de este viage vuestro amigo sin necesidad de decírselo? La misma causa que tantas veces atrae á este pobrete al alcázar de

Sevilla es la que acaba de llevar á él al gran rey de Castilla y de Leon. ¿No lo entendeis? Pues es el amor. ¿De dónde venís que no teneis noticia de la ardiente pasion de don Pedro á María de Padilla?

—Bien haceis, amigo Faraon, en burlaros de mi poca curiosidad para esta clase de negocios; pero no dejan de tener mucho interes para mi compañero; y oiremos con placer lo que de ello sepais.

—Lo sé todo, repuso el jitano; mas para deciros como el rey ha venido tan pronto á Sevilla, es preciso que os diga que antes de ayer, martes, dos horas despues de haber cerrado las puertas de la ciudad, se presentó en la que llaman de Jerez un mensagero que pidió que le abriesen inmediatamente para entregar á doña María un despacho de la mayor importancia. Mandó esta que le introdujesen inmediatamente en su cámara, donde se hallaba con Samuel Leví...

—¡Con Samuel! repitió admirado don Martin. Estais equivocado, Faraon; pues

Samuel estaba en Córdoba con el rey, y ademas doña María y el judío son enemigos mortales.

—Lo eran, repuso Faraon, y acaso lo son todavia; pero al cabo Samuel estaba en la cámara de doña María hablando al parecer muy amigablemente, y yo en la de las camaristas alli juntito. Media hora despues de la entrada del mensagero, salió el judío con una carta en la mano, y dirigiéndose á uno de los escuderos que estaban de servicio, le dijo: —José Castillo, toma el caballo mas veloz de la caballeriza del rey, y sal inmediatamente para Córdoba, donde le entregarás esta en manos propias de parte de la señora doña María de Padilla. ¿Cuánto tiempo necesitas para ir á Osuna?

—Cuatro horas respondió el escudero, si me dan el último caballo árabe que vendió Faraon.

—Buen correr es replicó Samuel: toma ese caballo; en Osuna encontrarás mi comitiva y te darán otro con que llegues

á Córdoba en tres horas; y mañana antes de ponerse el sol estarás de vuelta con la respuesta. Parte inmediatamente. Ya podeis discurrir, señores, que esta orden estraordinaria escitó en el alcázar vivísima curiosidad, y no quise yo salir hasta la vuelta de Jose Castillo, el cnal no dejó de presentarse á la hora convenida y nos contó lo siguiente. El rey despues de leer la carta de doña María se mostró locamente alegre; llamó en seguida á don Diego Garcia, encerróse con él, y al cuarto de hora dió orden á su dama Aldonza Coronel para que saliese de palacio y se retirase al monasterio de Santa Madalena. Luego que obedeció llorando y bramando de furor, presentóse el rey en el salon, donde estaba reunida toda la corte. Llamó á su alferez mayor, y puso en sus manos un despacho. — Corre al momento á Llerena, lleva á mi querido hermano, el gran maestre de Santiago, esta urgente invitacion para que venga á Sevilla á firmar nuestro tratado de paz y buena amistad, bajo los auspicios de Ma-

ría de Padilla, que no le estima menos que yo, y se lo ruega en un billete escrito de su mano que he recibido junto con otra carta. Quiero que todo el mundo sepa que estoy reconciliado con ella, y que la amo mas que nunca. Y para que mi querido hermano don Fadrique no lo dude dile que has visto salir de mi palacio á su enemiga Aldonza Coronel, y que está encerrada en un convento de esta ciudad, de donde voy á salir esta misma noche para Sevilla.

Hallábase presente el escudero José Castillo, señores mios, y yo refiero exactamente lo que él oyó y me ha repetido.

— Pero bien, preguntó don Martin con impaciencia, ¿nada os ha dicho del misterioso mensage que llevaron antes de ayer á María de Padilla?...

— ¿Misterioso decis, cuando todos saben que se trataba del descubrimiento de los ministros del difunto rey de Portugal, asesinos de doña Inés de Castro y refugiados en las inmediaciones de Jerez de la Frontera? Esta nueva ha producido

vivísima alegría, pues dicen que en cambio de estos prisioneros admitirá el príncipe portugues todas las condiciones que han de asegurar la paz de ambos paises. Tambien hablan mucho en el alcazar de lo que está sucediendo en Francia, y corre por muy válido que el rey Juan, que en la batalla de Poitiers fue hecho prisionero por el príncipe Negro, ha sido llevado á Londres; que el delfin su hijo, regente del reino, se halla en el mayor compromiso, pues los aldeanos de las provincias próximas á la capital se han sublevado contra la nobleza, y París ha imitado su ejemplo. Los ingleses de la Guyena se aprovechan de estas turbulencias y abanzan hácia interior del reino con numerosas huestes. El conde de Trastamara ha entrado tambien á la cabeza de infinitas compañías aragonesas para ausiliar al delfin, al cual envia tambien el rey de aragon una gran flota que ha de pasar mañana por estas costas. Por esto queda Castilla libre de todos sus enemigos, y ya podeis dicurrir cuanto se habla-

rá de esto en la ciudad; sin embargo, no todos estan contentos, pues al comtemplar el júbilo de Samuel Leví, cuando repite que el rey nada tiene que temer de la Francia, se sospecha que corre gran riesgo la vida de la reina Blanca y tambien la del gran maestre de Santiago...

—¿Y quién ha de imaginar, dijo vivamente don Martin, que don Fadrique se presentará en Sevilla á pesar de la invitacion del rey?

—¿Pues no se ha de presentar? mañana mismo le aguardan en el alcazar. La carta de María le ha convencido de que no corria peligro alguno.

—¿Y acaso le ha escrito María? interrumpió don Martin; es imposible...

—Le ha escrito, no lo dudeis; José Castillo vió su carta, y yo estaba allí esta misma tarde cuando llegó la respuesta de don Fadrique. Ya os dije que María y el judío están ahora tan unidos como si fueran los mejores amigos del mundo. Mis noticias son fidedignas; pero se hace tarde y querreis descansar, mañana os contaré.

—No, no, ahora mismo Faraon, yo te lo ruego, dijo don Martin: tu relato nos interesa estraordinariamente, acaba.

—Pues señor, diré cuanto me han comunicado los amigos que tengo en el alcázar, y lo que yo propio he visto. Hace un año, y aun, mas que doña María logró abrir los ojos al rey acerca de las abominables concusiones del judío, que le han valido inmensos tesoros. El rey, codicioso de las riquezas de Samuel, estaba muy dispuesto á declararle culpado, y toda la corte le creia perdido. Pero un dia, mientras que don Pedro estaba de caza, entró el judío inopinadamente en el aposento de doña María que siempre le trataba con desprecio, y le habia prohibido presentarse á su vista. Todos creian que iba á llamar los ballesteros de la guardia para que le echasen fuera ignominiosamente; pero nada de esto sucedió; porque apenas le dijo él una palabra al oido, quedó María sin color, le respondió con la mayor sumision, y despidió al momen-

to á sus camaristas, mandándolas que vigilasen en la puerta para que nadie entrase á interrumpir su conferencia con el señor tesorero.

Hablaron de este modo y sin testigos mas de una hora, y desde entonces mostróse doña María enteramente mudada con respecto á Samuel. Continuaba el rey maltratándole y manifestándole su enemistad; pero ella le defendia vigorosamente, y tomaba su partido con un calor que admiraba á todo el mundo. Desde aquel punto tambien era muy diferente el carácter de María: no se mezclaba en los negocios públicos, ni tomaba la palabra en el consejo sino para apoyar las proposiciones del judío, aunque fuesen escandalosas; y su visible terror al menor fruncimiento de las cejas de este hombre daba muchísimo que pensar. Algun tiempo despues sobrevinieron entre ella y el rey ciertas contiendas, cuya causa no se supo en el alcázar; mas de ellas resultó el abandono de María á quien el rey dejó en Sevilla una mañana, llevándose con-

sigo á Córdova á su antigua dama Aldonza Coronel.

Siguióles toda la corte; y bien podeis discurrir que Samuel no seria de los últimos; contaba con el favor de la nueva querida de don Pedro; pero á mas de que esta queria venderle su proteccion demasiado cara; conoció, como todo el mundo, que si el rey prodigaba entonces los fastuosos regalos, las magníficas fiestas y los caballerescos torneos á la bella Aldonza, no era tanto por aficion á ella, como por mortificar á María de Padilla y escitar su despecho.

Samuel conoce demasiado bien el carácter de su amo, y sabe que el amor de María y el odio contra la reina Blanca y don Fadrique, son dos pasiones que le dominan enteramente, y mucho mas aun que su estremada codicia. Echaba de ver tambien que el rey se mostraba cada vez mas ansioso de los inmensos tesoros que ha sabido amontonar, y que perdiendo el apoyo de María, no le quedaba medio alguno de sostenerse en la corte, ni de re-

tirarse sin peligro. Por último, todos pensaban que iba á prenderle y á cortarle la cabeza, porque el rey necesita de su muerte para la confiscacion que desea.

En tales circunstancias, llegó el judío pocos dias hace al alcázar de Sevila, donde insensible María á los desprecios del rey, continuaba encerrada en su habitacion sin recibir visita alguna. Sin embargo, asi que Samuel quiso hablar con ella, se abrieron las puertas sin la menor tardanza. Ya sabeis, señores mios, que en los palacios hay pocos secretos que no penetren los criados favoritos; y aunque las camaristas de María no se hallaban presentes á sus misteriosas conferencias con el judío, adivinaron por los indicios cual podia ser su objeto. El violento dolor que al parecer sintió luego que él se hubo retirado, las espresiones obscuras que en su presencia dirigia á sus hijos, dieron motivo á suponer que cansado el rey de su frialdad habia decidido abandonarla enteramente, como tambien á los cuatro hijos que ha tenido de ella, y que iba á

encerrarlos con su madre en un convento de Aragon. Díjole tambien Samuel que el rey pensaba casarse públicamente con Aldonza, y que en Córdoba se preparaban ya las fiestas de la coronacion. Y esto era cierto, señores mios, pues José Castillo vió con sus propios ojos inmensos preparativos.

Espantosa fue la desesperacion de María, que toda la noche estuvo agitada y en contínuo delirio. Unas veces gritaba: "No, nunca, nunca pediré su muerte. ¿Por qué sacrificarla?... que la envien á Francia: asi lo exigen el honor del rey y el bien de su servicio." Otras veces preguntaba por sus hijos y besándolos ardientemente les prometia no abandonar sus derechos, su libertad y aun su misma existencia, por un sentimiento de compasion que no merecian ni la culpada ni su cómplice. Y adoptando luego otras ideas y lenguage, creia ver al judio Samuel y le pedia la vida de sus hijos, la de la reina y la del gran maestre. Dijo aquella noche tantas cosas que las camaristas sospecha-

ron con fundamento que el judío habia descubierto algun secreto que le hacia dueño de la vida de María y de sus hijos, y que amenazándola con descubrirselo al rey, queria obligarla á favorecer sus proyectos de venganza contra la reina y don Fadrique. En efecto, señores mios, este era el mejor medio para volver al rey á los brazos de María y el judío estaba perdido sino se verificaba la reconciliacion.

—¿Y cuál puede ser ese secreto terrible? preguntó don Martin esforzándose inútilmente en ocultar su angustioso sobresalto.

—¿Qué nos importa? dijo Benavides con serenidad.

—El tal secreto, continuó el gitano, da mucho que pensar á las camaristas. Por el terror que el pícaro judío inspira á la favorita, calculan que habrá descubierto alguna intriguilla de amor; y siendo el rey tan zeloso y tan arrebatado, no hay duda que la mataría con su propia mano y abandonaría á sus hijos, si llegasen á probarle una infidelidad de María.

— Dejemos eso, interrumpió Benavides con sombrío acento. Mas vale que Faraon nos diga donde han sido sorprendidos los ministros portugueses asesinos de Inés de Castro.

— En el alcázar no se sabia positivamente; pero ayer hizo Samuel que doña María firmase dos órdenes que esta mañana se han enviado una á San Lucar de Barrameda y otra á Jerez.

— Me parece muy estraño, observó don Martin cada vez mas turbado.

— A mi no, dijo Benavides haciéndole señas para que se contuviese. Eso prueba únicamente que los asesinos de Inés se hallarían en uno de aquellos dos puntos, ó acaso en los dos, pues era facil que se hubiesen separado.

— No lo creo yo asi repuso el gitano, á quien en aquel punto llamaban desde afuera. Lo mas probable es que estarían los dos en San Lucar de Barrameda, pues á Jerez solo han enviado dos ballesteros de la guardia, mientras que para San Lucar salieron mas de doce ar-

cheros y alguaciles en una barca que en pocas horas habrá corrido todo el Guadalquivir, favorecida por la fuerte marea de estos dias. Y precisamente, añadió el gitano levantándose para salir, el encargado de mandar la espedicion es el mismo que la noche antes fue á dar parte del importante descubrimiento, y sino me engaño ha de llamarse Marcos Cavedo.

Al nombre de Marcos, miráronse rápidamente don Martin y Benavides con una espresion que descubria las angustias de su pecho. Pero ya se habia levantado Faraon y volviéndose hácia lá puerta los dejó solos.

—— Amigo, dijo don Martin en voz baja, ya veo ahora que María es la envilecida muger, cuyo desprecio me aconsejabais: miradla cobardemente sometida al infame Samuel: ¡cómo tiemblo por la vida de don Fadrique á quien atrae á Sevilla con tan pérfidos amaños! Pero precipitemos la ejecucion de nuestro proyecto, pues es harto probable que Marcos

haya descubierto nuestro retiro y nos tome por los hombres que busca.

—No, dijo Benavides, cada vez mas preocupado con sus tristes reflexiones; no, mas temo yo esas órdenes espedidas á un tiempo á San Lucar y al castillo de Jerez... Cuanto mas discurro menos alcanzo de donde puede venir la traicion...

Interrumpióle el barbero Sanchez que entraba precipitadamente en la cabaña. La escasa luz de la lámpara daba de lleno en su rostro; y los dos amigos se estremecieron á vista del terror impreso en sus facciones, y de la fatiga que le impedia respirar. —¡Todo se ha perdido! esclamó cayendo sin aliento sobre un banco.

—Habla, dijo don Martin con impaciencia, ¿qué ha pasado?

—Señor, respondió el barbero con voz trémula; Zafiro y yo salimos de la Gallina dos horas despues de ponerse el sol, y bien seguros de que las naves genovesas estaban prontas á zarpar. Al llegar al cortijo donde acostumbrabamos dejar las mulas, hemos encon-

trado al gobernador don Íñigo Ortiz...

—¡A don Íñigo! esclamó el heredero de Alburquerque con la mayor sorpresa. Si no puede moverse, ¿cómo estaba allí? ¿con qué objeto venia?

—Lleváronle medio muerto, respondió el barbero, y nos ha dicho que esta tarde habia recibido una orden firmada por María de Padilla.

—¿Qué orden era esta? ¿qué le mandaban en ella?

—Que encerrase estrechamente á la reina Blanca en una habitacion segura en lo mas alto del castillejo; que la separasen de doña Margarita, y que la tuviesen sin comunicacion. El portador de la orden ha sido Miguel de Rebolledo...

—¡Rebolledo! dijo Benavides, ¡nombre siniestro y de trite agüero! ese es el teniente del tártaro Zurdo.

—¡Y le envia la Padilla! replicó don Martin con la espresion del horror.

—Si, repuso Sanchez, don Íñigo se ha negado á obedecer, manifestando las órdenes del rey que le prescribian tratar

con la mayor dulzura á doña Blanca, y dejarla enteramente libre en lo interior del castillo; pero el mensagero ha reunido á los hombres de armas de la guarnicion y les ha hablado algun tiempo en secreto; despues de esta conferencia han proclamado á Rebolledo governador del castillo gritando: *Castilla por el rey don Pedro y viva doña María de Padilla.* Don Íñigo Ortiz á quien han dado cuenta de esta mudanza, les ha declarado que no queriendo tomar parte alguna en la rebelion ni en las consecuencias que pudiera tener, y contra las cuales protestaba abiertamente, les rogaba que le trasladasen á la ciudad. Pero temiendo Rebolledo que los habitantes tuviesen noticia de su llegada, solo ha consentido en que don Íñigo saliese del castillo; y el pobre hombre ha venido en hombros de sus criados al cortijo, sabiendo que nosotros estariamos alli para coger las yerbas que cree necesarias para su curacion.

—¡Santo Dios! murmuró Benavides petrificado. Este golpe destruye nuestras es-

peranzas; es fuerza que nos hayan vendido.

— ¡Oh! María, María, esclamó don Martin con un movimiento de furor, hoy se descubre todo entero tu perverso corazon. ¡Oprimir á una muger, á una reina! ¡enviarle por carcelero un malvado siempre dispuesto á empapar sus manos en sangre!... ¿Y la pobre Margarita? la han separado de su amiga?...

— Si señor, respondió Sanchez, perdonadme, pues me olvidé de deciros que doña Margarita ha salido del castillo con don Íñigo Ortiz...

— ¿Y dónde está? preguntó vivamente don Martin.

— En el cortijo; Zafiro la acompaña... Su desesperacion es horrible...

— Partamos, Benavides, repuso el caballero, salvemos al menos á Margarita, llevemosla á los bageles genoveses, y cuando la veamos completamente segura...

— Escuchad, interrumpió Benavides.

Oíase hácia el camino de San Lucar el ruido de los cascabeles de una mula que venia á todo correr.

—¿Qué es esto? dijo Sanchez saliendo de la cabaña con la daga en la mano: alerta, señores.

—Si amenazan nuestra vida, repuso don Martin desnudando su espada, preparémonos á defenderlas.

—No, observó friamente Benavides, es un caballero solo y ese rumor no indica designios de sorprender: será algun mensagero del guardian de San Francisco. Ya se acerca.

—Traerá alguna nueva desgracia, añadió don Martin; la convulsiva opresion de mi pecho me lo está diciendo...

—¡Dios nos asista! esclamó Sanchez al entrar acompañado del guardian de San Lucar. Han robado al niño.

—¡Robado! repitió don Martin cuyos cabellos se erizaron instantáneamente. ¿Quién lo ha robado?

—Los ballesteros de la guardia y los alguaciles de palacio dijo el guardian. La barca en que llegaron permaneció oculta hasta el fin del dia y confundida entre las

inumerables que se hallan en el puerto para la pesca del atun.

Los hombres se habian esparcido por la villa como los demas curiosos, y correteaban al rededor del convento sin que nadie reparase en ellos. Apenas he salido en mi mula con el niño, cuando me he visto en medio de ellos, y Marcos Cavedo, su gefe, me ha presentado una órden firmada por María de Padilla, en la cual me mandaba en nombre del rey que entregase al momento el niño llamado Enrique, desembarcado en San Lucar el sabado anterior de uno de los navíos genoveses procedentes de Tavira.

—¡Traicion! ¡traicion! esclamó don Martin fuera de sí. No hay duda, desde aqui ha recibido Maria la nueva de nuestra tentativa y la ha comunicado al rey inmediatamente. No hay duda, Benavides, Marcos ha sorprendido nuestro secreto, ó bien se lo han descubierto... Sanchez, respóndeme como si estuvieras en presencia de Dios; sabia tu hija...

—Antes la hubiera muerto, respon-

dió el barbero con ferocidad; en ello me iba la cabeza.

—Yo me confundo... mis ideas se atropellan... ¡Y el niño! porque apoderarse de él antes que de nosotros...

— Todos ignoraban el lugar de vuestro retiro, respondió el religioso; Marcos Cavedo me lo ha preguntado con la mayor ansiedad, pero he fingido no saberlo y me he refugiado á nuestra iglesia adonde no se han atrevido á perseguirme. Algunas palabras que han soltado los alguaciles, me han dado á entender que María de Padilla está convencida de que Enrique es hijo de la reina Blanca y del gran maestre de Santiago.

—¿Y adónde se lo llevan? preguntó don Martín estremeciéndose.

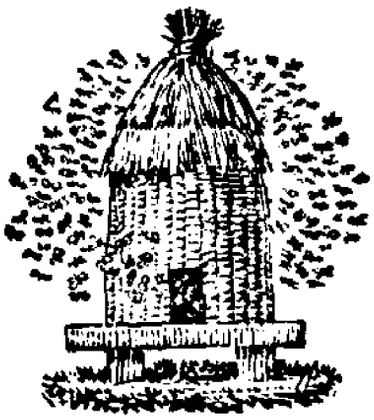
—A Sevilla, y llegarán antes del dia favorecidos por la estraordinaria marea.

Al oir esto lanzó don Martin un grito penetrante corriendo hácia el parage donde estaban preparando los caballos para la espedicion de Jerez.

—Yo te sigo, dijo Benavides.

—No, replicó el angustiado jóven; volad todos hácia Margarita, protegedla, respondedme de su vida; conducidla á los bajeles, y si no he vuelto mañana á esta hora, partid con ella para Francia. ¡Ampárela el cielo! Y rogad á Dios por mí.

Al mismo tiempo montó ligeramente don Martin en el caballo mas vigoroso, clavóle en los hijares sus agudas espuelas y desapareció como un relámpago por el camino de Sevilla.



CAPITULO XII.

DORABA el sol con sus primeros rayos la magestuosa torre de la iglesia mayor de Sevilla, y el jubiloso repique de las campanas le saludaba armoniosamente, llamando á los canónigos al coro para cantar el oficio de prima. Al oirlo el rey, repetido en los ecos del vasto alcázar, salió del pavellon llamado el *caracol*, que habitaba María de Padilla, y tomó el camino de aquella parte del palacio nombrada el *yeso*, acompañado del Zurdo y de dos maceros.

Era lento el paso de don Pedro, afeminada su vestimenta, lánguidas sus miradas y brillaba en sus labios la acostumbrada sonrisa. Despues de haber corrido las inmensas galerías del magnífico edificio, detúvose en la que descansaba sobre el peristilo del patio de *las Aguas*; nombre que se daba á una fuente de mármol blanco, de donde brotaban vistosos

canastillos de abundantes y puras aguas. Ocupaba este honorífico puesto una compañía de ginetes, única guardia que la precipitacion de su viage le permitió sacar de Córdoba. Dormían algunos al pie de la escalera que desde el patio subia al regio aposento; pulian otros su armadura, ó jugaban á los dados, sentados en los zócalos de los jarrones que adornaban la fuente y las esquinas de la columnata.

Despues de haberlos contemplado por un momento con satisfaccion, preguntó el rey á su tártaro: — ¿Cuántos?

— Ciento y veinte, señor, respondió el Zurdo: todos escogidos, vigorosos y obedientes.

— Que acaben de armarse, repuso don Pedro, y que se escondan en la sala de los *azulejos*. Cuida de que no hagan movimiento alguno que pueda descubrirlos; pero que esten prontos á comparecer contigo al primer acento de mi voz. Anda; ¿tienes presente?...

— Basta, señor,

Desapareció el tártaro con sus dos hombres. Al entrar don Pedro en su cámara, donde halló reunidos á todos los oficiales de la casa real, turbóse á vista de Samuel Leví á quien miró con inquietud. Pero sosegado al momento por la espresion de júbilo que se leia en el rostro del judío, desapareció la nube que oscurecia su frente. — ¿Va todo en buen orden? preguntó.

— Perfectamente, respondió Samuel, señalando con el dedo la puerta de un gabinete, donde un criado suyo acababa de dejar un saco. Luego dirigió los ojos á Rebolledo que se enderezó con ademan de triunfo. Estremecióse el rey al mirar á aquel hombre.

— Al cabo, al cabo, dijo palideciendo. Y de la otra parte, Samuel, ¿que noticias?

— Las mejores del mundo, señor; ya llega.

La palidez del rey adquirió un tinte amarillento. Dió órden para que trajesen una tabla de ajedrez, y se sentó para jugar con su alferez mayor; hizo luego seña

á Samuel y á los Padillas para que se retirasen, y entraron en el gabinete. Jugaba sin aficion: tétrico silencio reinaba entre los cortesanos que leían con espanto en el rostro de su amo una estraña agitacion, presagio de algun acontecimiento estraordinario; y tanto los rumores que corrian en el alcázar, como el aire triunfal del judío y de don Diego, pronosticaban siniestro desenlace á la escena, cuyos preparativos estaban viendo.

Llamó la atencion del rey un ruido estrepitoso de mulas y caballos, levantóse y corrió á la galería que daba al pàtio de las aguas; y volviendo luego á su lugar con no menor rapidez, prosiguió jugando con aparente tranquilidad. Pero sus megillas estaban lívidas, y de sus trémulos labios salió entre otras palabras inarticuladas esta eselamacion: — ¡Tantos con él!

Poco despues entró un ugier anunciando la llegada del gran maestre de Santiago. — ¿Eres tú, mi querido hermano? esclamó don Pedro sonriéndose con jovialidad.

— Yo soy, señor y hermano mio, respondió don Fadrique doblando la rodilla y besándole la mano: vengo como leal vasallo á recibir vuestras órdenes.

— Ya se acerca la ocasion de servirme, repuso el rey francamente; vamos á sacar la espada; pero esta vez no será contra nuestros amigos naturales ni contra nuestros vasallos. Libres ya de tantas impias guerras contra cristianos, iremos juntos á combatir con los moros de Granada y de Africa. María te habrá escrito algo de esto en su carta, pero no pudo decir que tengo intencion de confiarte el mando general de mis compañías. ¿Lo sabes, hermano gran maestre?

— Señor, respondió don Fadrique mientras sus ojos brillaban con el ardor de las batallas, en cualquier rango que os digneis ponerme, como gefe ó como simple caballero, siempre podreis contar con mi celo en favor de vuestro servicio y del de Dios.

— Con él cuento, Fadrique, y quiero mostrarte que te amo y que descanso en

tu fidelidad. ¿De dónde saliste esta mañana? ¿has elegido ya en Sevilla buen alojamiento?

— Todavia no. He dormido algunas horas en Cantillana y no he dejado de andar toda la noche...

— ¡Toda la noche! ¡sin dormir! esclamó el rey con el acento de la compasion. Eso es demasiado, y necesitarás descansar. Anda, toma un alojamiento lo mas cerca que puedas del alcázar, y vayan tus caballeros á las mejores casas del cuartel; esta es mi voluntad y ninguno se atreverá a resistirla. Cuida tú mismo de todo, y cuando hayas descansado vuelve al alcázar, pues tenemos que tratar juntos de negocios importantes y secretos.

Retiróse don Fadrique encantado de tan cordial recibimiento. Su franco y sencillo corazon nada habia visto en el rey, que pudiera descubrir artificio ó mala fé. Al llegar á la galería, sintió no haberse aprovechado de la ocasion que se le proporcionaba al hablar de María, de manifestar sus benévolas disposiciones para

con ella; y no quiso salir del alcázar sin verla, con cuyo objeto se dirigió hácia el aposento del caracol. Las puertas estaban abiertas, y sin guardias. Contemplaba María en mudo éstasis las facciones de un niño de cuatro ó cinco años que una de sus camaristas tenia en los brazos. Era tan profunda su atencion que ni siquiera echó de ver al gran maestre. Vivamente agitada, apartaba con mano tímida la negra cabellera, cuyos rizos cubrian la frente del hermoso niño.

Ya estaba don Fadrique junto á ella, cuando volvió la cabeza, le vió, lanzó un grito de horror é hizo señas á la camarista para que se llevase el niño.

— ¡Vos aquí! señor gran maestre, le dijo con trémula voz. ¿A que venis?

— ¿Vos me lo preguntais? repuso él no poco sorprendido. Vuestra carta...

— ¿Y la disteis crédito? interrumpió María vivamente. Nunca lo imaginára. Salid del funesto palacio...

— ¿Qué significa esa turbacion? ¿qué ese terror, María? acabo de ver al rey, me

ha recibido como amigo, como hermano...

— Huid, huid, don Fadrique.

— María, volved en vos. ¿Qué puedo temer?...

— Os amenaza la muerte...

— ¡Cómo! ¿en este palacio lleno de mis caballeros, de mis hombres de armas, donde el rey no tiene guardia?...

— ¡Ah! huid por Dios, os amenaza la muerte, os lo repito, reunios con vuestros caballeros, salid del alcázar y no volvais jamas.

Y diciendo estas palabras empujaba al gran maestre y le señalaba con el dedo la galería por donde habia entrado, pero al mismo tiempo cerraron una puerta que le interceptó aquel paso. Abrió Maria inmediatamente la de la escalerilla que bajaba al patio del caracol, y con palabras balbucientes le indicó un paso para llegar á las caballerizas, desde donde podria salir sin obstáculo del palacio por una poterna que siempre estaba abierta. — Tomad ese camino, que aun está libre. Idos, idos, corred...

Dichas estas palabras volvió rápidamente María á su aposento. La poterna que acababa de señalar al gran maestre, era la misma por la cual huyeron el rey y don Martin la noche de su llegada á Sevilla, para ir á consultar al moro Fez-Alhamar, mientras que Zafiro les aguardaba velando. Conocíala don Fadrique, y al momento se dirigió hácia ella. Pero á una confianza ilimitada sucedió un recelo mucho mayor, y temiendo una asechanza discurrió que estaria mas seguro en el patio de las aguas, donde sus caballeros y hombres de armas se hallaban reunidos en gran número.

Acababa de tomar la última direccion, cuando oyó resonar en la oscura bóveda de la poterna las pisadas de un hombre que venia en pos de él aceleradamente. Redobló el paso y se introdujo en un estrecho y sombrió pasadizo, cuyas revueltas conocia bien. Seguíale tenazmente el desconocido; y no tardó don Fadrique en entrar en el patio de las Aguas. Encontrólo desierto; la puerta principal y todas las

demas salidas estaban cerradas, y retumbó inmediatamente el lúgubre rumor de los cerrojos de la propia verja por donde habia penetrado. Llamó su atencion el estrépito, y estonces se mostró el hombre que le perseguia al otro lado de la reja. — ¿Eres tú, Martin? esclamó petrificado, ¿y la reina?...

— Todo se ha descubierto, respondió su amigo haciendo vanos esfuerzos para abrir la verja. Voy á ver á María.

— Nada esperes de ella, mi vida está en peligro; y María es quien me ha tendido este lazo.

— Tambien ha robado á mi hijo, repuso don Martin sollozando... Pero esta puerta... esta puerta maldita se resiste,.. Aguarda Fadrique... tiembla separarte de mí... ven...

— No puedo aunque quisiera, respondió el gran maestre con la mayor angustia... si hubiese otra salida... ¡qué soledad!... ¡qué horrible silencio!

Adelantóse hasta el centro del patio. — ¡Nadie, nadie parece! dijo,

¡no hay ningun paso abierto!

Levantó los ojos hácia la parte del *yeso* y vió que el rey estaba de pechos sobre la barandilla; Samuel permaneció de pie á su lado. Don Martin no podia verlos, pero al observar el estremecimiento del gran maestre, quedó inmóvil escuchando con ansiedad. — Señor y hermano mio, preguntó don Fadrique en tono de afliccion, ¿disteis vos orden para que me encerrasen aquí?

— Sí, hermano gran maestre, respondió el rey sonriéndose.

— ¿Y qué destino me aguarda?

— La muerte.

— ¡La muerte!... hermano mio, ¿por qué?...

— ¿Y me lo preguntas, traidor? ¿me lo preguntas á mí, infame adúltero? Toma, continuó don Pedro levantando por sus largos cabellos rubios una cabeza sangrienta que le presentó Samuel, toma Fadrique, pregúntaselo á tu cómplice.

En esto arrojó al patio la cabeza, que vino rodando hasta los pies del gran maes-

tre. — ¡Blanca! esclamó el infeliz temblando de horror. ¡Blanca de Borbon!

— ¡Oh furor! gritó don Martin, que apenas podia sostenerse en los barrotes de la verja.

La esplosion de una aguda carcajada resonó entonces bajo las bóvedas de la columnata: era la horrible alegría de Samuel. — Blanca, repetia don Fadrique con desolado acento. ¡Ha muerto!... ya no quiero la vida... ¡Blanca!... ¡pobre Blanca! ¡la han degollado! ¡abominables asesinos! esta inocente sangre recaerá en vuestras cabezas... ¿Tomad la mia, bárbaros, por qué tardais?

— Sufre mas, aborrecido bastardo, replicó don Pedro rechinando los dientes. Sufre en una hora si es posible todos los dolores con que me has atormentado tantos años.

Habiáse arrodillado don Fadrique delante de la cabeza de Blanca, y la contemplaba derramando amargo llanto; dirigiéla delirando amorosas palabras, interrumpidas por sus sollozos convulsivos y por

las espantosas risotadas de Samuel. Muellemente sentado don Pedro y recostado en un sedoso tapiz que encubria el mármol de la balaustrada, agitaba ante su frente un abanico de perfumadas plumas. Continuó por algun tiempo cebándose en aquel espectáculo de muerte y desesperacion, que su ferocidad saboreaba con delicia. Y cuando se sació dijo levantando la voz: -- Fadrique: recuerda tus delitos; tu sedugiste á la esposa de tu hermano, tu hiciste traicion á tu rey, tu te rebelaste contra mi. Los ultrajes con que me abrumó en Toro el infame carcelero á quien me entregaste, están aun en mi corazon y le devoran con el ardor de la venganza, que no puede apagar toda tu sangre derramada gota á gota. Yo te aborrezco vivo y execraré tu memoria cuando mueras. Yo he sabido tus últimas maquinaciones; el hermano de tu escudero, el alcaide Marcos las ha descubierto. Tu querias robar del castillo de Jerez á la adúltera Blanca; querias llevarla á Francia con intencion de unirte á mis ene-

migos. Tu formabas este designio, vil impostor, en el mismo instante en que me estabas ofreciendo el ausilio de tu espada, con la amistad en los labios y la mas negra perfidia en el corazon. Tiempo es ya de que recibas la justa recompesa de tantos crímenes. Ya te he castigado con la muerte de tu cómplice; llevate, al espirar, la certeza de que al momento que me entreguen el fruto del incesto, que estoy aguardando de San Lucar, morirá al golpe del mismo brazo que va á dar el justo pago á tu abominable traicion.— ¡Acá Zurdo!

Nada habia oido don Fadrique de este largo rugido del rey. Con los ojos clavados en la cabeza de Blanca, la hablaba, imploraba la muerte y gemia sin descanso. Abrióse la puerta de la sala de los *azulejos* y compareció el tártaro. Mientras que blandiendo una enorme hacha de armas se adelantaba hácia el gran maestre, á la cabeza de cuatro maceros, salian los ginetes de la guardia repartiéndose á derecha é izquierda bajo la co-

lumnata formando un impenetrable muro de acero, que robó á los ojos de don Martin el término de la sangrienta escena.

—Señor, preguntó el tártaro al rey, ¿qué mandais?

—Mata al gran maestre, ahulló don Pedro.

Como un leon á quien acaba de dispertar el dolor de profunda herida, levantóse de repente don Fadrique, desnudó la espada, y los maceros retrocedieron asustados. — Traidores, les gritó el Zurdo, ¿qué haceis? no habeis oido al rey que os manda matarle.

Aun hablaba cuando un choque irresistible derribó el gran maestre aquel coloso; clavóle el acero en el corazon y sacándolo teñido de negra sangre, se precipitó sobre los maceros. Pero ya los ginetes habian abierto calle á los fugitivos, y rehechas inmediatamente sus filas, presentaban por todos lados un bosque de lanzas. Iba estrechándose su círculo en torno de don Fadrique que en vano luchaba aun contra el funesto destino; á

cualquier parte que se volviese, la muerte, la inexorable muerte se acercaba cada vez mas, é iba á arrebatar su víctima. Vióse el infeliz vencido sin poder lidiar, y doblando la rodilla, levantó al cielo sus ojos anegados en lágrimas, y acercó á sus labios el puño de la espada, cuya cruz figuraba el *signo de la redencion*. Deslizóse por detras de él atravesando el espeso muro de lanzas el gigantesco Rebolledo, uno de los cuatro maceros, y antes de que concluyese su ardiente oracion, reuniendo el verdugo todas sus fuerzas, descargó en la cimera del gran maestre el golpe mas terrible que dió jamas su pesada maza: *voló el casco en mil pedazos*, cayó don Fadrique con el cráneo hendido cogieron sus palpitantes manos la ensangrentada cabeza de Blanca, y espiró estrechándola contra su corazon.

Don Martin no habia soltado la reja que inútilmente se esforzaba en desquiciar, lanzando desesperados gritos confundidos por los de los maceros y ginetes. Vió por encima de sus cabezas la maza

levantada, oyó el golpe y la estrepitosa risa de Samuel, que sobresalia agudamente por entre aquel horrible tumulto. Sintió que el corazon se le partia y cayó sin sentido sobre el mármol del pavimento.

Alli estuvo algun tiempo, hasta que le sacudió ásperamente y le levantó un escudero que la casualidad guió á aquel sitio. — Venid, señor, le dijo este hombre en voz muy baja tirándole del brazo. Venid, que todos vuestros amigos los caballeros del gran maestre, perecen degollados sin piedad en el recinto del alcázar... ¿Pero qué veo? ¡Dios bondadoso! ¡sois vos señor don Martin!

— Amigo, respondió este reconociendo á José Castillo que le amaba desde la niñez, amigo llévame á la cámara de doña María...

— Líbreos Dios de semejante furia, respondió el escudero; ella es quien hizo todo el mal. Esa indigna criatura me dió la carta que atrajo al gran maestre á este pérfido lazo.

— He de verla José...

—No señor, replicó vivamente el escudero; todos los criados han abandonado los patios de las caballerizas; venid, os daré un caballo; franca está la poterna...

—Por piedad, interrumpió don Martin, ¿dónde está María? El rey acaba de decir que aun no ha llegado el niño que aguarda de San Lucar.

—Ya está aqui, señor, y lo han introducido en el aposento de la Padilla, poco despues de salir el rey esta mañana.

—¿En qué aposento? ¿hácia que lado?

—En el *caracól*...

Recobró don Martin todas sus fuerzas, y se dirigió rápidamente con el escudero á aquella parte del palacio que estada cerca de la poterna; entraba ya en el patio de las caballerizas, cuando se presentó Zafiro repentinamente. — ¿Donde está Margarita? le preguntó.

—Fuera de la poterna...

—¡Qué no entre!...

—El señor Benavides no puede contenerla.

—Vuelve allá, Zafiro;... protégelos

buen José. Pronto estaré con vosotros.

Corrió don Martin hácia el caracól y presentóse de improviso á María como una vision sobrenatural. Siempre ocupada de su imágen, tiranizada por su funesto amor, habiále visto en sueños pálido, flaco, con los ojos desencajados, con aspecto amenazador, como entonces se presentaba á su vista. Sobrecogida de supersticioso espanto, lanzó un lúgubre alarido y se le erizaron los cabellos. Acudieron las camaristas; una de ellas traia á Enrique de la mano. Cogiólo don Martin é iba á llevarselo consigo... Entró el rey acompañado de Samuel, y detúvose al hallar un estrangero. — ¿Qué hombre es este? gritó. ¡Acá Rebolledo!

Presentóse el macero con sus tres satelites.

—¡Cómo! ¿es Martin? ¡el traidor Martin! Le han descubierto, ¡le han prendido!... ¿Pero por qué le introduces aqui, María?

— No señor, respondió esta temblando y mirando á Samuel llena de susto; no, no le he introducido yo...

— ¿Pues cómo ha entrado?

— Lo ignoro, asi me salve.

— ¿Qué niño es ese que trae? ¿Es el que yo aguardaba?

— Si señor.

— ¡Y tú se lo das! esclamó el rey con furia: ¿cuál es tu designio? ¿tambien me vendes?

— Este niño es mio, dijo don Martin resueltamente.

— A que viene esa mentira, hombre sin ley, cuando los dos criminales acaban de espiar su delito con una muerte infame...

— Ya lo se, ya lo he visto: la reina y don Fadrique han sido asesinados, estaban inocentes: este es mi hijo.

— ¡Te atreves á repetirlo! ¿no es este el que llamaban Enrique, el que estaba en poder de Perez Cuellar?

— El mismo. Yo soy su padre.

A estas palabras se estremeció Samuel, y descubrió su rostro la mortal angustia que le oprimia.

— Mientes, rebelde, dijo el rey á don

Martin. María, ¿eres tú cómplice de esta insigne superchería?

—Yo, ¡señor! ¡yo que he mandado traer á este bastardo!...

—¡Dios de justicia! esclamó don Martin. ¡Vos María, vos!...

—¿Y de qué nace vuestra admiracion? replicó María como fascinada por las penetrantes miradas del rey. La suerte de mis hijos, la defensa de sus derechos, la de su existencia, me imponian la ley de apoderarme del fruto de un amor culpable. ¿Qué madre no hubiera hecho lo mismo en este lugar?

—¿Y vuestras entrañas maternas, repuso exasperado don Martin, no se conmovian á vista de la inocente criatura que entregabais á la muerte?

—Responde tu mismo, gritó el rey con nueva furia.

—Responded, señor don Martin, y calmad la cólera de mi señor. ¿De qué nace esa enemistad con que me estais persiguiendo? ¿Qué mal os he hecho? ¿Qué poderoso motivo fue el que os atrajo al

partido de la infame adúltera y su hijo, contra mí y los del rey?

—Este es mio, replicó com ímpetu don Martin: es mio; ¿lo oyes bien? es mio. ¿Y nada te dice el corazon?

—¿Y qué pudiera decirme? respondió María llena de turbacion y mirando alternativamente á don Pedro y al judío. ¿Qué tengo yo con el? Que salga... que salga de este aposento donde nunca debió haber entrado...

—He venido á buscar lo que me pertenece, dijo don Martin señalando á Enrique.

—¡Inútil fingimiento!... esclamó irritada doña María.

—¡Superchería criminal! añadió el rey. Rebolledo, apoderate del infame bastardo...

—Antes me arrancará la vida, grító don Martin echando mano á la espada.

—¡Martin! replicó el rey deteniendo á Rebolledo y poniéndose entre los mamaceros: si sacas el acero, pronuncias la sentencia de tu muerte.

— Pronunciadla vos, Pedro... ¡y recordad la prediccion de Fez-Alhamar! ya está cumplida una parte de ella, pues el hermano ha perecido asesinado por el hermano. Muera ahora el amigo á manos del amigo... Despreciad el sagrado juramento, la fé que prometisteis en esta misma cámara el primer dia de vuestro reinado, sobre el fragmento de la verdadera cruz, que descansa aun en vuestro pecho... y pronto se cumplirá la terrible prediccion: mezclado con los torrentes de sangre que hayais derramado, correrá toda la vuestra...

— Basta, Martin, bastá... sal de este palacio, sal, rebelde y no vuelvas jamas á mi presencia... Pero yo no he prometido perdonar á este execrable niño...

— Es mi hijo... os lo repito...

— Tu quieres impacientarme...

— He dicho la verdad...

— Pruébala: ¿quién es su madre?

— No puedo nombrarla... Nunca venderé el secreto de una muger.

— ¡Ah! ¡que diga su nombre!... gri-

tó María arrebatada de zelos; que hable al instante. Señor, que le quiten ese niño...

—¿Qué dices, María? replicó don Martin fuera de sí.

—Habla, perjuro, nómbrala.

—Jamas, jamas...

—Mucho la amas, Martin... prosigió María con el acento del furor. ¡Ah! esto es demasiado... Rebolledo, obedece á tu señor, toma ese niño; y que el puñal levantado contra su seno obligue á ese traidor á revelar el secreto de esa muger odiosa... Su nombre, Martin... ¿cuál es su nombre?...

—María de Padilla: respondió una voz de trueno, y todos los circunstantes volvieron sus ojos hácia la puerta.

—Si; prosiguió Benavides apareciendo en el salon: esa muger eres tú, María de Padilla. El niño se llama Alfonso; descubre su brazo derecho y lee en él este nombre que tu misma grabaste con indelebles caracteres.

—No, no,... ¡ya ha muerto!... gritó María precipitándose sobre el niño y

descubriéndo la marca de su brazo. ¡Alfonso!... ¡Qué, Martin!... ¡nuestro Alfonso!...

Volvióse en esto hácia el rey, y observando sus ardientes miradas, su agitacion y el puñal que brilla en su diestra, lanza un alarido penetrante y cae sin sentido.

—¡Con que es verdad, infame!... esclamó el rey corriendo hácia ella.

—Deteneos: replicó Benavides cogiéndole del brazo. Ya se amaban antes de que llegáseis á Sahagun. Alfonso habia nacido... Sabíalo Samuel...

—¿Y lo sabias tú, raza de judas?

—Sí; continuó Benavides: todo se lo dige en Toledo el dia de la muerte de Perez Cuellar. El sabia que la víspera del dia en que llegasteis á Sahagun, encargó don Martin al gran maestre que diese á aquel anciano el niño de María, traido desde Leon al castillo de Cea.

—¡Tu lo sabias, mónstruo de perfidia! gritó el rey encarándose con Samuel: ¡y eras tu el que me impelías al

asesinato de Blanca y de mi hermano!... ¡Eran inocentes! ¡tú lo sabias! ¡Ah, traidor maldito! en tí recaerá su sangre, tu morirás tambien, pero en los horrores de un largo y espantoso suplicio. El fuego consumirá lentamente la carne de tus miembros... allí estaré yo... allí gozaré de tus lágrimas, de tus desesperados gritos.... Todos tus tesoros estan escondidos en las entrañas de la tierra, ya lo sé; pero te arrancaré este secreto á fuerza de dolores; tu entregarás hasta el último doblon antes de recibir el postrer golpe... Rebolledo, apoderate de ese malvado, que le carguen de cadenas... y tú, María, á quien aborrezco ahora tanto como te amé antes...

Ya habian traido las camaristas los cuatro niños de María, y se los presentaban al rey lanzando gemidos lamentables. Colocó una de ellas el mas pequeño en el seno de la desmayada, haciendo de él un escudo contra la furia del rey, que venia con el puñal levantado.

—Señor, le gritó, ya no respira.

—¡Ojalá¡ pues no puedo asesinar á la madre de estos niños!... dijo el rey con voz sofocada por las lágrimas, y arrojando el puñal con un movimiento de furor. No, no la mataré... pero su suplicio será mas cruel, mas horrible su muerte... Que la sepulten en el mas oscuro calabozo del alcázar, y que abrumada bajo el peso de los hierros, muera de desesperacion deseando siempre y no consiguiendo jamás la vista de sus hijos... Sígueme, Rebolledo; arrastra al execrable judío; ven, entreguémosle á los verdugos... despedácenle á mis ojos hasta que haya vomitado todo el oro que devoró.

Y dicho esto, salió con precipitacion, seguido de los maceros que llevaban arrastrando á Samuel Leví, el cual imploraba con tristes gemidos la real clemencia.

—Huyamos sin tardanza, que aun es tiempo: dijo Benavides á don Martin.

—Amigo, ya no me queda mas que compasion á su desgracia, respondió el caballero mirando á María con interes. Ya se desvaneció el encanto, ya veo que

no era digna de mi amor. Venid, vamos á buscar á Margarita.

Pero ya entraba esta por la puerta con el cabello suelto y en el mayor desorden: al descubrir á su amante corrió á él lanzando un gritó de placer. María que habia vuelto ya de su desmayo, la miraba con ojos desencajados; y don Martin esclamó: ¡Margarita! ¡amada mia!

—¡Amada! repitió María desesperadamente.

—Margarita, proseguia don Martin, ¡vuelvo á verte! ¡pero en qué lugar! ¿á qué vienes?

—A morir contigo.

—¡Ah! no esperaba yo menos de tu valor. Tu alma generosa se eleva y engrandece en el peligro... En el peligro, escollo de los corazones cobardes y envilecidos.

—¡Ah, Martin! si leyeses en el mio... dijo María lanzando un grito lastimero.

—He leido la bajeza, la crueldad...

—¡Martin! prosiguió María deshecha en lágrimas, disculpa el terror de

una madre, disculpa los delirios de un zeloso frenesí...

—Implora al cielo, María, respondió don Martin enternecido. La sangre de tus nobles y puras víctimas pide venganza contra tí. ¡Consagra á la penitencia el resto de tus dias, y perdónete Dios! yo te perdono tambien, pero no te amo. Esta, continuó poniendo sobre el corazon la mano de Margarita; esta es la que adoro, esta mi digna esposa. Ella tiene todo mi amor; el suyo será hasta la muerte el consuelo y placer de mi existencia. A Dios, María, á Dios... para siempre...

Dicho esto salió llevándose á Margarita y al niño Alfonso y acompañado de Benavides.

El escudero José Castillo guiaba á Margarita, á Benavides y Zafiro á las caballerizas del alcázar, donde se proponia darles caballos frescos para favorecer su fuga y la de don Martin, cuando volviendo repentinamente en sí, se acordó de que la barca llegada de San Lucar,

media hora antes, les ofrecia un recurso mas fácil y seguro. La poterna presentaba un paso muy corto hasta la torre del embarcadero, en el cual debia hallarse aun la chalupa. Corrió José Castillo á asegurarse de ello, y entonces fue cuando inquieto Benavides por la tardanza de su amigo, subió al *caracol* adonde poco despues le habia seguido Margarita, desoyendo los ruegos de Zafiro, que no pudo contenerla. Cuando bajaron los cuatro con el niño, entraba el escudero en el patio de las caballerizas y los guió precipitadamente á la orilla del rio, donde se embarcaron sin pérdida de tiempo.

Impelíalos la rápida corriente. El movimiento mas vivo de la marea y la brisa fresca del éste, aceleraban el curso de su pequeña nave, que ausiliada por cuatro remeros vigorosos, volaba por la superficie de las aguas.

En tanto, deleitábase el rey en los tormentos de Samuel Leví, cuya violencia moderaba ó aumentaba á medida que

le iba arrancando el secreto de alguno de sus tesoros ocultos. Olvidando en el primer delirio que no habia traido de Córdoba sino una parte muy pequeña de su guardia, y persuadido de que todas las salidas del alcázar estaban cerradas, como de costumbre, no reflexionó que don Martin y Benavides podian salir sin estorbo por la misma poterna que les franqueó la entrada. Creíalos á todos prisioneros en el palacio; y á no haber muerto el Zurdo, que era en estremo vigilante, no les hubiera quedado efectivamente el recurso de la fuga. En tal persuasion abandonó por un momento el rey aquella presa segura, desplomándose sobre la que mas irritaba su sed de oro y de sangre.

Pero al fin, despues de dos horas de atroces tormentos, iba á espirar Samuel sin haber revelado aun todos los secretos de su inmensa riqueza. Mandó el rey que diesen al paciente algun descanso. Fatigado, pero no harto de matanza, dijo á Rebolledo que fuese á buscar el niño de don Martin, cuya memoria se

presentó repentinamente á su imaginacion, y solo entonces supo que aquella víctima huía de su furor. Noticioso del embarco de los fugitivos, partió sin demora de Sevilla á la cabeza de su caballería ligera de ginetes, confiando llegar por tierra antes que aquellos á la embocadura del Guadalquivir.

Favorecida por el viento y la marea, continuaba la barca de don Martin bogando con rápidez, y llegó á San Lucar de Barrameda antes de la hora del reflujo. Los viageros tomaron tierra y fueron al convento de San Francisco, donde se reunieron con Sanchez, Juan Cavedo y Paquita refugiados en aquel sagrado asilo. Un acontecimiento imprevisto habia obligado á las naves generosas á separarse del grao de Rota, antes de la vuelta del barbero. Varios pescadores acababan de avisar al patron de entrambos buques, que habia entrado aquella noche en la bahía de Cádiz la flota que el rey de Aragon enviaba al delfin de Francia; y como la república

de Génova habia declarado la guerra á este soberano, temió el capitan con fundamento que el almirante aragonés apresaría sus naves.

Pareció muy fundado este recelo, cuando al amanacer descubrió muchas galeras enemigas que cruzaban á lo lejos para cortarle el paso. Vióse, pues, el genoves en la precision de acercarse mas á la costa, y vino á echar el ancla ante la torre de Chipiona, no lejos de la embocadura del Guadalquivir, á legua y media de San Lucar. Avisado de esta circunstancia el guardian del convento, indujo á don Martin y á sus amigos á que se aprovechasen de ella para embarcarse. El riesgo de verse prisioneros del capitan aragonés, era en su situacion muy prefible al de caer nuevamente en manos del rey de Castilla. Adoptaron el consejo; mas apenas llegaron á bordo de una de las naves genovesas, cuando se vieron amagados de dos peligros á la vez. Por un lado apareció en el horizonte la flote entera del rey de Aragon, maniobrando pa-

ra acercarse á la torre de Chipiona; y por el otro vieron en la pradera de San Lucar los ginetes de la guardia, que corrian á rienda suelta.

Mandó don Martin al patron que se alejase un poco de la costa y aguardase en el mar el resultado. Salieron inmediatamente del Guadalquivir muchas galeras, dirigiéronse á las genovesas que iban alcanzando ya, cuando un enorme bagel aragonés, forzando los remos y las velas, logró alcanzarlas antes y apoderarse de ellas. Era este bagel el que llevaba al almirante de la flota el señor Empero Lopez. Dióse á conocer don Martin, y trató generosamente con él del rescate de los genoveses, del suyo, del de Margarita y del de Benavides. Las galeras castellanas llegaron despues de concluido el trato, y reclamaron á los fugitivos en nombre del monarca. — Andad y decid al señor don Pedro, respondió el capitan, que el rey mi amo tiene guerra con los genoveses, y que los navíos de esta república que caen en mi poder son

de buena presa, como tambien todo lo que llevan. No cedo cosa alguna.

Exasperado de esta respuessa el rey don Pedro, se adelantó hasta la orilla del mar que empezaba á subir con violencia, y pidió á gritos la chalupa de una de sus galeras, en la cual se hizo llevar junto al bagel de Empero Lopez. Renovó alli su demanda, declarando que miraria como un ultrage personal la captura de las naves genovesas en las costas de su reino, y á su propia vista, y exigiendo que se las restituyesen al momento.

Negóselo con firmeza el capitan. Descendió luego á suplicarle, pero fue en vano. Sus amenazas no produgeron mejor efecto. Para colmo de humillacion, contemplaba junto á él, y en el puente de una de las naves á la dulce Margarita, que tenia en sus brazos el niño, objeto de su furor. A sus dos lados estaban don Martin y Benavides, cuyo sereno continente y despreciadoras miradas exaltaban mas y mas su cólera. Deshízose en arrebatadas injurias y en atroces impreca-

ciones; pero desdeñándose de responderle, le volvieron las espaldas.

El viento henchia ya las velas; á una seña del capitan viraron de bordo todos los bageles, y continuó la inmensa flota su magestuoso vuelo, dejando alli al tirano entregado á las convulsiones de una rabia impotente, arrancándose los cabellos, y llenando el aire de gritos y espantosos alaridos.

CONCLUSION.

La negativa del capitan Empero Lopez de entregar á don Pedro los dos navíos genoveses apresados á su vista, fue orígen de aquella larga y sangrienta guerra entre Castilla y Aragon, que preparó la caida y el castigo del perverso Monarca. Pero antes que la justicia del cielo, cansada de sus delitos, vengase con su muerte la tierra que habia empapado en sangre, le hizo sufrir largos y crueles tormentos.

Al verle en Sevilla de vuelta de su vana escursion hasta San Lucar, creian todos que todo el peso de su ciego furor recaeria sobre María de Padilla. Pero sucedió todo lo contrario; esclavo mas que nunca de su pasion indómita, presentóse á ella humillado, trémulo, é implorando su perdon. Horrorizóse María á su aspecto, y reclamó la ejecucion de las promesas que le habia hecho, declaran-

do que preferia las cadenas y la soledad del calabozo, al insoportable suplicio de verle. La misma muerte nada tenia que la espantase, y era la única que podia romper los vínculos que la ligaban á un monstruo aborrecido. Pedíasela con ardor, y para alcanzar mas pronto el término de sus angustias, se negó obstinadamente á tomar alimento.

Pero en vano le abrumaba con amargas quejas, en vano le provocaba á la venganza: don Pedro no se enfurecia ya, sino que gemia como un niño al lado de aquel lecho donde María de Padilla, tan jóven aun y tan hermosa, se empeñaba en morir del odio que le tenia, siendo la única criatura humana que su corazon de tigre hubiese amado.

Observaba con ansiedad siempre mayor los progresos de la languidez de aquella muger adorada. Huía el sueño de sus ojos inundados de lágrimas, invocaba de rodillas á todos los santos, conjurándola á que viviese al menos para sus hijos, que le presentaba á menudo; ponia al mas

tierno sobre su seno suplicándola que le mirase; pero ella apartaba los ojos lanzando lastimeros gritos, y maldiciendo á aquellos inocentes por causa de su padre, á quien llamaba asesino de Alfonso, del único hijo digno de su amor. En su delirio veía la infeliz teñidas con la sangre de su niño, las propias manos que el rey tendia ahora hácia ella en ademan suplicante.

Y cuando pasados algunos dias en convulsiva angustia, espiró la desdichada llamando sobre su cabeza la maldicion de Dios, abrazó don Pedro el inanimado cadáver con el ardor de una pasion impaciente, largo tiempo privada de las caricias del amor, y cubrió de ardorosos ósculos su boca fria y descolorida. Fue necesario que los robustos maceros empleasen todas sus fuerzas para arrancarle del cadáver, al cual el insensato se aferraba, como si hubiese querido devorarle. Fue tan violenta su desesperacion, que renunció al placer de asistir al suplicio de Samuel, el cual, segun la espresion

del candorosa historiador de tan infeliz reinado, pereció de una muerte *asaz fea de contar.*

Don Pedro mandó enterrar á María con toda la pompa regia, y que todos sus vasallos se vistiesen de luto. Convocó las cortes en Sevilla, y declaró solemnemente su secreto enlace con María, produciendo el testimonio del comendador Hinestrosa, del Abad de Santander, de don Diego García y del canciller de la puridad.

Entretanto la flota aragonesa bogaba á velas desplegadas hácia la costa de Francia, donde el capitan don Empero Lopez desembarcó á don Martin y á doña Margarita de Lara con toda su comitiva. Recibiéronlos en la corte con el honor debido á su clase, y á los servicios que habian prestado á la causa y persona de la desdichada reina Blanca de Borbon. Pero solo residieron en París el tiempo necesario para la celebracion de su matrimonio, cuya ceremonia se verificó en la capilla real.

Retiráronse los recien casados con Benavides al castillo de Monluzon, patrimonio de Margarita. Siguiéronles allá Juan Cavedo, Sanchez, como tambien Zafiro, esposo ya de la linda Paquita. Desimpresionado don Martin de su amor á María, solo esperimentó un pesar muy pasagero á la nueva de su muerte. Satisfecho con la ternura de Margarita, á quien la felicidad habia embellecido, y cuya alma pura y noble carácter admiraba, aprendia á apreciar cada vez mas sus virtudes é inalterable apacibilidad, tesoros de la vida doméstica.

En esta época despedazaba la Francia los males de las discordias intestinas; pero don Martin no tomó parte alguna en la contienda. Limitándose á proteger á sus vasallos contra las incursiones de las bandas indisciplinadas que asolaban el reino, y de los ingleses de la Guyena y del Poitou, mantuvo el señor de Monluzon sus vastos dominios en paz con todos sus vecinos, y gozó por muchos años las dulzuras de un descanso lleno

de placeres entre su querida esposa y su mejor amigo el venerable Benavides. Esmerábanse los tres en la educacion del niño Alfonso, á quien la buena Margarita quiso servir de madre.

Mas tarde, cuando reuniendo Bertrando Duquesclin las grandes compañías, los malandrines, los ladrones, los rezagados y todos los demas bribones, azote de la Francia, entró en Castilla con Trastamara para derribar á Pedro el Cruel que habia deshonrado la corona, no quiso seguirle don Martin, pues le repugnaba estraordinariamente llevar la guerra y la devastacion á su país, bajo el estandarte de un estrangero. Y aun cuando la victoria coronó al dichoso Trastamara en el campo de batalla, negóse á tratarle como soberano.

Pero asi que los representantes de la nacion castellana reunidos en cortes, declararon en Burgos la caducidad del tirano violador de las leyes, desheredando á sus descendientes del cetro que dieron á Trastamara, no vaciló don Martin en

reconocer sus derechos procedentes de legítimo orígen, y volvió á Castilla á prestar al electo rey el juramento de fidelidad, á que no faltó jamas.

Sin embargo, como habia aprendido á detestar la corrupcion de la corte, cuyos peligros no temia menos Margarita, prefirieron la tranquila mansion de la casa paterna, y fueron á vivir en el castillo de Alburquerque. Alli, como esposos amantes, y rodeados de bella y numerosa posteridad, gozaron completamente la mayor dicha que puede el cielo conceder á nuestra imperfecta naturaleza humana, que es la de contentarse con la propia suerte, sin anhelar jamas otra mejor.

FIN DE LA NOVELA.

CATÁLOGO

de varias obras que se hallan de venta en Madrid en la libreria de Escamilla, *y en las provincias donde se suscribe á esta Coleccion.*

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.				
Edipo, tragedia. .	5	1	5	8 rs.
Morayma.	5	3	4	8
Aben Humeya, drama.	3	4	12	8
La conjuracion de Venecia.	5	3	23	8
Los Zelos infundados, ó el Marido en la chimenea, comedia.	2	2	4	8
Epístola de Horacio á los Pisones. . .	«	«	«	8
DE DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.				
Contigo pan y cebolla, comedia. . .	4	3	4	6
DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.				
Marcela, ó ¿A cuál de los tres?, comedia.	3	2	4	6
Engañar con la verdad.	3	3	6	4
Los Primeros Amores.	1	1	4	3

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
A la Zorra candilazo.	1	1	1	3
El Amante prestado	1	2	4	3
Un Paseo á Bedlam.	1	1	4	3
Mi tio el jorobado.	1	3	3	3
La familia del boticario.	1	3	3	3
El segundo año, ó ¿quién tiene la culpa?	1	1	3	3
No mas muchachos, ó el solteron y la niña.	1	2	3	3
La loca fingida, drama.	1	2	5	3
Coleccion de Poesías, un tomo en octavo.	cc	cc	cc	10
El Carnaval, sátira.	cc	cc	cc	2
Id. contra el furor filarmónico. . . .	cc	cc	cc	3
Id. en defensa de las mugeres	cc	cc	cc	4
Id. contra la manía de escribir. . . .	cc	cc	cc	2
DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.				
No mas mostrador, comedia.	5	2	8	6
Felipe.	2	2	4	4
Roberto Dillon, ó el Católico de Irlanda, drama. .	3	3	12	5

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
Pobrecito hablador, sátira: 15 núms.	«	«	«	30
DE DON VENTURA DE LA VEGA.				
El Tasso, drama. .	5	4	6	4
El Testamento. . .	1	1	4	3
El cambio de diligencia, comedia.	3	4	8	4
Hacerse amar con peluca.	2	3	9	4
Las Capas.	2	2	3	4
Shakespeare enamorado.	1	2	1	3
La Máscara Reconciliadora.	1	3	2	3
El Gastrónomo sin dinero.	1	1	8	3
Miguel y Cristina.	1	1	3	3
La vuelta de Estanislao, ó continuacion de Miguel y Cristina. .	1	2	2	3
DE DON JOSÉ MARÍA DE CARNERERO.				
El afan de figurar. comedia.	5	2	4	4
La Cuarentena. . .	1	1	4	3
El Peluquero de Antaño y el de Ogaño.	1	2	4	3
El Pobre Pretendiente.	1	2	6	3
DE DON JUAN DE GRIMALDI.				
La Pata de Cabra.	3	2	15	4

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
DE DON ANTONIO GIL Y ZÁRATE.				
El dia mas feliz de la vida, comedia.	1	3	6	3
DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.				
El Conde de Candespina, novela histórica: dos tomos en 16.° prolongado.	"	"	"	16
DE DON JOSÉ MARÍA ALVAREZ.				
Derecho Real de España, dos tomos en 4.°. . . .	"	"	"	44

NOTA. En las provincias se aumenta un real á los precios señalados por razon de porte, escepto el *Edipo*, *Los Zelos infundados*, *No mas mostrador*, *Felipe*, *Roberto Dillon*, *Hacerse amar con peluca* y *Las Capas*.